

FRAY MOCHO



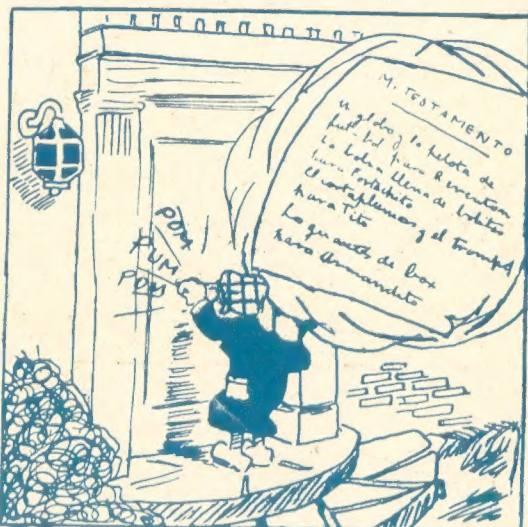
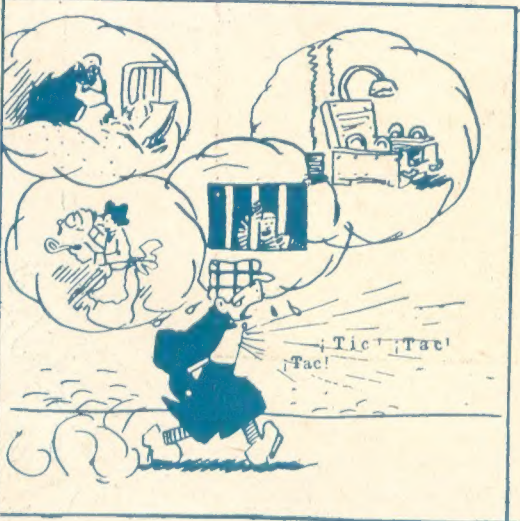
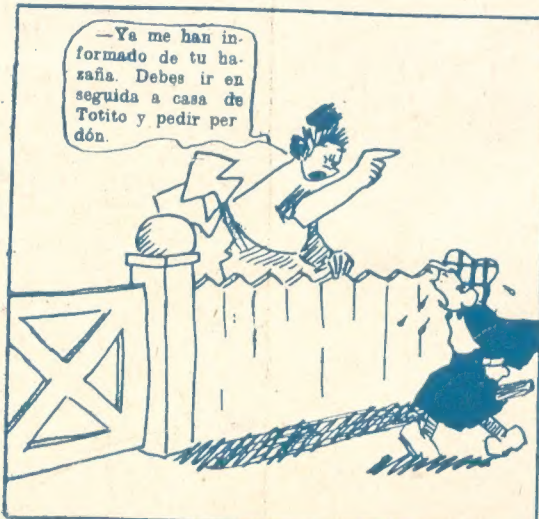
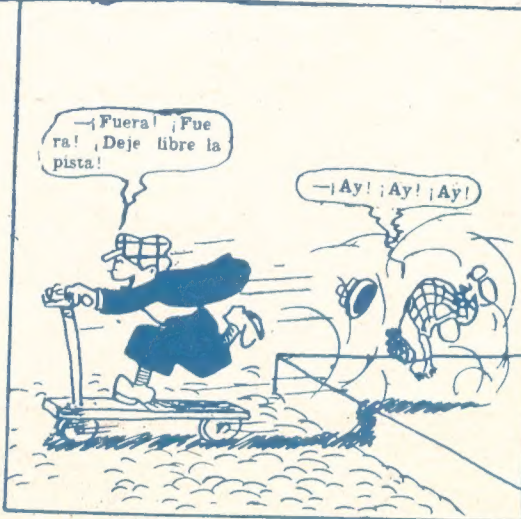
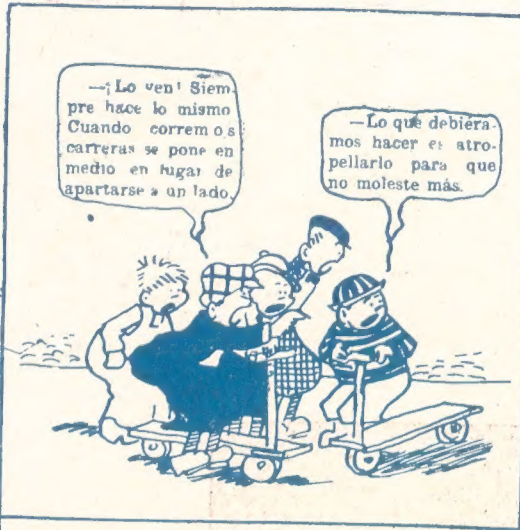
"La final del campeonato"

Por S. BRITO

N.º 759

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI





FRAY MOCHO



Año XV

Buenos Aires, 9 de noviembre de 1926



N.º 759

¡MUSSOLINI, AVANTI!, por Rojas



—¿Qué me dice usted del linchamiento del autor del atentado contra Mussolini, cuando el "Duce" salía del Congreso pro adelanto de la Ciencia?
—Que "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad".

—¡Quince años nada más, tenía el autor del atentado contra Mussolini!
—¡Ha sido una lástima que el pueblo linchara a ese joven tan adelantado! ¿Qué no hubiera hecho ese angelito si lo dejan cumplir treinta?

—Yo creo que si Zamboni en vez de querer matar al dictador frente al palacio comunal de Bolonia, lo hubiera hecho frente a la Porta Pia, Mussolini muere sin decir ni "pio".

—Papito: ¿por qué el Papa dice que Mussolini tiene la protección de Dios y no se acuerda de la de la Virgen?
—Porque si se fía de la Virgen y no corre, se la dan el día menos pensado.

—¡Mussolini ha demostrado ser un hombre como yo!
—¿Y usted qué es?
—Serenio.



EL NAUFRAGIO

Por F. Nacle

El órgano lanzaba sus últimas notas triunfantes: la portalada inmensa de la Magdalena se abrió, y la recién casada apareció del brazo de su marido.

Radiante de belleza, detúvose algunos instantes, y después de contemplar el panorama que se desplegaba ante ella, tratando quizás de descubrir en él el secreto de su porvenir, descendió acompasadamente las gradas en medio de la multitud que se apretujaba para admirarla, y subió a un automóvil que se la llevó rápidamente.

Estaba a solas con su esposo y con él partía para el misterioso viaje de la vida.

—¿De modo que conoce usted a mis Hopkins? — dijo el viejo Moriers dando un golpecito en el hombro de un joven alto, delgado, esbelto, que llevaba sujeta con un cordel una linda perrita de largo y sedoso pelo, y permanecía oculto detrás de una columna. — Pero ahora caigo, — añadió sin dar tiempo a que su interlocutor respondiera a su pregunta, — en que debe usted haberla encontrado en Australia. ¿Cuánto tiempo hace que regresó usted de allí?

Quido Nelval, a quien estas preguntas iban dirigidas, sólo contestó a la última.

—Estoy en París desde hace dos meses, — dijo desatando su perra que, sintiéndose dichosa al verse libre, bajó ligeramente y a saltos las gradas de la iglesia.

—Cómo, ¿desde hace dos meses y no ha ido usted a verme?

—Perdóneme usted; he estado ocupadísimo, y además debo confesarle que actualmente no estoy de buen humor y vivo muy retirado.

—Qué, ¿tiene usted alguna pena? — preguntóle Morieres amigablemente, con esa familiaridad algo protectora que da la diferencia de edades. Es preciso que me cuente usted esto, querido Nelval, a menos que tenga usted un motivo para mostrarse reservado. Créame usted, el dolor se domina no permaneciendo a solas con él; cuando se le deja desbordarse, se evapora.

—Es verdad, — asintió el joven; — usted es mi más antiguo y mejor amigo, y será para mí un consuelo confiar a usted mis cuitas, explicándole por qué he venido a presenciar casi ocultamente las bodas de miss Hopkins y por qué estoy aquí con Nanita...

—¿De modo que la perra representa un papel en esa historia?

—Desgraciadamente, sí; pero aguarde usted, que voy a contárselo todo. Mas, antes es menester que le diga que a esa joven a quien haces unos momentos hemos admirado, la encontré en Sydney, en casa de una familia originaria de Nueva Orleans; que desde los primeros días sedújome la belleza de miss Hopkins y más aún el encanto que toda su persona emana, y que inmediatamente me alisté en el escuadrón de pretendientes cuyas alas de mariposa se quemaban en el fuego ardiente de sus grandes ojos negros.

—¡Ah! — exclamó Morieres, interrumpiéndole, — bien se ve que es usted hijo legítimo de nuestra

Francia, en donde la gente se exalta tan pronto y concede al amor el primer puesto de su existencia. ¿Pero qué demonios iba usted a buscar allí?

—Esto es lo que ahora me pregunto. Naturalmente, para verla y hablarle hícime presentar en todas las reuniones que ella frecuentaba; y sucedió lo que había de suceder, que no tardé enamorarme perdidamente de mi hermosa australiana, sin hallar ocasión de decírselo claramente.

—¿No se atrevía a descubrir sus baterías y a tomar la ofensiva?

—No; la amaba y su presencia me intimidaba; por otra parte, aun-

y por ello sentíme dichoso. Miss Hopkins habíame alargado graciosamente su mano y parecía muy contenta de hacer el viaje conmigo. Ya sabe usted la intimidad que se establece en seguida a bordo de un vapor; apenas me separaba mi compañera de travesía, cuyo ingenio y cuya gracia me transportaban al mundo ideal del ensueño.

—Y se le declaró usted, por supuesto.

—No; saboreaba yo mi felicidad y quería poner mi vida a sus pies cuando estuviéramos a la vista de la tierra francesa.

—Prosiga usted, amigo mío; su relato me interesa.

NIGROMANCIA

Como guarda el relicario
los hilos de seda y oro
de la casulla de un santo,
guardada está la princesa,
pálida, divina, triste,
como las almas en pena.

¡Sombra, que en sombra te escondes,
yo romperé de tu alcázar
la dura puerta de bronce!

¡Así la velen y guarden
un dragón y los enanos
de los cuentos orientales!

Yo sé la fórmula mágica
que de la carne mortal
logra desprender el ánima.

Por la oración de un conjuro
se deshojarán tus lirios;
en tus sueños seré incubo.

Y mordida del pecado
dejaré tu boca, y un
sabor de sangre en tus labios.

En tu palacio de ensueño
dejaré abierta la rosa
roja del remordimiento.

Por un espejo empañado
vió el brujo pasar tu sombra
y mi sombra de un abrazo.

RAMON DEL VALLE-INCLAN.

que se mostraba muy afectuosa conmigo, no me daba pie para que le abriese mi corazón. Un día, supe por casualidad que iba a partir para Europa; me enteré de la fecha de su embarque y averigüé que había tomado pasaje en un hermoso vapor de la línea alemana.

—Y por supuesto, usted se embarcó también.

—Efectivamente, y en el momento en que el vapor abandonaba el muelle y se lanzaba fuera del puerto, presentéme ante miss Hopkins, que se sonrojó al verme.

—¿Se sonrojó? Luego usted no le era indiferente.

—Esto mismo se me ocurrió a mí

—Nos acercamos a las costas de Francia, cuando el vigía señaló a lo lejos una embarcación que me parecía abandonada. Esta noticia pareció disgustar al capitán, tan empeñado entonces en pasar delante de un vapor inglés que seguía nuestro mismo camino; esto no obstante, no quiso continuar su ruta e hizo rumbo hacia la embarcación. Cuando estuvimos cerca de ella, que era una canoa o mejor una armadía, nuestro buque hizo alto y echamos al agua una lancha, y mientras los marineros remaban vigorosamente, miss Hopkins y yo contemplábamos ansiosos la operación.

—¿Llegóse a tiempo a salvar a

los naufragos? — preguntó Morieres.

—En la embarcación no había ningún ser humano, y sin embargo algo se movía en ella. También lo habían visto los marineros de la lancha, quienes nos gritaron: "No hay más que un perro". Y sin preocuparse del pobre animal, regresaron a bordo.

—¡Vaya una novedad!

—Tanto mayor cuanto que la perra, horriblemente flaca, era madre y tenía junto a ella un cachorro que, colgado a su pecho seco, buscaba en vano una gota de leche. ¡Oh, si hubiese usted oído el aullido quejumbroso, la invocación desesperada de aquel pobre animal al comprender que le abandonaban! Lamía a su pequeñuelo como si quisiera embellecerlo para que inspirase compasión a los que muy pronto iban a desaparecer, dejándola a merced de las implacables olas. De pronto, con los ojos desmesuradamente abiertos, cogió su cachorro y se colocó al borde de la armadía; pero los marineros no se ocupaban de la infeliz bestia, y ya se disponía a izar la plancha a bordo cuando miss Hopkins se precipitó hacia el capitán, suplicándole que recogiese a la pobre perra. ¡Qué hermosa estaba en aquel momento! ¡Cómo me entusiasmaron sus palabras para enternecer al marino! Pero éste, con brutal obtinación, negóse a acceder a sus ruegos, diciendo que no quería retrasarse.

—¿De modo que abandonaron ustedes a la perra y a su cachorro? — dijo Morieres emocionado a pesar suyo.

—No amigo mío; por piedad y sobre todo por amor, realicé un acto de verdadera locura; me arrojé al mar y salvé a Nanita.

—¡Nanita! ¿Esa hermosa perra que acompaña a usted?

—La misma.

—¡Bravo! Lo que usted hizo es muy francés. ¿Y cómo salió de la aventura?

—Bastante bien. Cuando nos izaron a mí y a la perra, fuimos aclamados; pero lo que más me sorprendió fué la palidez de miss Hopkins.

—¿Había comprendido el significado de la acción llevada a cabo por usted?

—Sí, y una hora después, cuando volví a subir a cubierta, díjome tomándome las manos: "Amigo mío, porque lo será usted siempre en mi corazón, en memoria de lo que acaba de hacer, le debo a usted una confidencia". Y con los ojos llenos de lágrimas, adivinando la pena que iba a causarme, añadió bajando la voz: "Estoy comprometida hace dos años y regreso a Francia para casarme".

El joven calló unos instantes y luego con acento nervioso, gritó:

—¡Nanita aquí!

Y atando de nuevo a la perra, como si teniéndola junto a él quisiera revivir aquellas horas inolvidables, añadió con voz entrecortada:

—Por eso me ha encontrado usted aquí, en el pórtico de la Magdalena... He querido verla por última vez.





SINTÉTICAS

NUESTRAS COSAS

Los que suponen que las estadísticas de los negocios, las informaciones mercantiles o las cotizaciones comerciales, constituyen una literatura árida e indigesta, están equivocados. A veces, una ligera ojeada sobre tales tópicos suele depararnos revelaciones tan interesantes, fenómenos tan curiosos, que sobra materia, no sólo para distraer el ánimo o regocijar el espíritu, sino también para beneficiarnos con las enseñanzas del diario vivir.

Recorriendo, al azar, las noticias referentes a los llamados "quebrantos comerciales", o sea los negocios que dejan de existir por muerte real o fingida, pueden advertirse "pasivos" tan gigantes al lado de "activos" tan pigmeos, que el hecho movería a risa, si ello no significara que la moralidad comercial ha llegado a convertirse en una simple concepción mitológica.

El lector no puede menos de quedar sorprendido al advertir, en numerosas declaraciones de quiebra, la facilidad con que algunos comerciantes e industriales consiguen abrir enormes brechas en los bancos, parapetándose detrás de establecimientos de irrisoria importancia efectiva.

Una simple peluquería, por ejemplo, obtuvo más de 600.000 pesos de una institución bancaria; pero hay que reconocer que este caso concreto, tiene su explicación lógica. En efecto; la profusión de espejos adosados a las paredes, multiplicando al infinito la refracción de las imágenes, han podido inducir a error a la entidad prestamista, presentando ante sus ojos un estupendo y maravilloso establecimiento, de valor incalculable por su extensión asombrosa.

Por lo demás, los vulgares asaltantes que a tiro limpio suelen desvalijar las cajas de los bancos, comprenderán ahora que su lamentable ignorancia que les hizo equivocarse en la elección de los métodos.

OTRA Y VAN...

Mussolini, cuya personalidad parece aferrarse a la actualidad sensacional por un designio de la suerte, acaba de ser objeto de un nuevo atentado criminal. Primero, una bala se contenta con rozarle la nariz; después, los cascotes de una bomba acribillan su coche, respetando la integridad de su persona, y ahora, el plomo homicida es desviado en su trayectoria, por la banda de una condecoración que se opone en su camino, conservando ileso al "Duce". Dijérase que estas insistentes casualidades, son las estratagemas de que se vale el destino para defender la vida de un hombre contra aquellos que se empeñan en anticipar su hora final.

No obstante, los antifascistas persisten en su propósito de valerse de la violencia, en lugar de las ideas, para eliminar a Mussolini; pero, a su vez, los partidarios del "Duce", que son los más, han resuelto acudir a sangrientas represalias, empleando el sistema expeditivo de linchar a los agresores del jefe de gobierno de Italia, como acaba de suceder con el autor del último atentado.

A juzgar por la forma en que se ha planteado este partido de ajedrez, nos parece que las negras (las camisas), son invencibles.

COMO EN LA U. T.

Nadie ignora que los sabios son, en su inmensa mayoría, unos señores graves y solemnes; pero suele haber no pocos que, tras la envoltura de su serio continente, esconden un espíritu chacotón y bromista, del que acostumbran a hacer víctimas al resto de los mortales.

La circunstancia de que coincidieran el afelio de esta jaula terrestre que habitamos, con el perihelio del bizarro Marte, constituyó un excelente motivo para que aquellos señores decidieran embromarnos, anunciando a la boquiabierta humanidad, su estupendo propósito de entablar conversación con los habitantes de nuestro vecino planeta, salvando la bicoca de los 56 millones de kilómetros que nos separan de él.

La circunstancia de que coincidiera el afelio de esta jaula terrestre supremo entre miriadas de mundos siderales, lanzóse a las regiones del infinito insondable el "tic tac" vibrante de la llamada etérea. Aguardóse unos momentos de ansiosa expectativa y, ante el profundo asombro de los operadores, el aparato receptor registró esta respuesta: "Número ocupado".



HISTORIA DE CIRCO

Por Jorge Le Faure

Era la última noche que se debía pasar a bordo. Al día siguiente, al asomar el día, se perfilarían en el horizonte los altos acantilados que rodean a la ciudad del Cabo. Reinaba alegría: todos, reclamados ya por sus familiares, ya por sus negocios, tenían prisa por pisar tierra firme. Y, sin embargo, no hubo travesía que fuera tan corta. En efecto, además del conjunto de distracciones que comporta la permanencia de algunas semanas en esa ciudad flotante, que es un gran barco de pasajeros moderno, el "Oceanic", ofrecía a sus pasajeros una atracción sensacional: la presencia del famoso Circo Universal.

Hay pocas regiones en uno y otro hemisferio que no haya visitado el célebre empresario Fred Jonathan Patrick Sunther, que se titula rey de los circos ambulantes.

Biznieto de Bob Alexander, el fundador de la dinastía que en tres generaciones dió a los fanáticos de acrobacia y de la alta escuela una pléyade de gimnastas y de "ecuyers" de ambos sexos, Fred Jonathan había llevado al apogeo la reputación mundial que le legaron sus antepasados.

Y, ¡cuán lejos estaba el Circo Universal del vulgar armazón de tablas y lonas, vestigio de tiempos casi prehistóricos, cuyo mísero material anticuado, y sus artistas de pacotilla llevan hoy todavía de aldea en aldea, pesadas carretas desvencijadas!

El Circo Universal era, en su género, una verdadera maravilla, especie de teatro desmontable con sus butacas de platea, sus palcos tapizados de terciopelo y seda, y sus camarines provistos de cuarto de baño.

Para transportar ese material necesitaba no menos de cincuenta camiones automóbiles, pues el Rey de los Circos, maniático de independencia, demostraba un profundo desprecio de las vías férreas...

Comparado con lo que ganaban sus artistas eran una insignificancia los emolumentos de un ministro.

Entre las estrellas de primera magnitud, cuyos nombres figuraban en letras de metro y medio en los colosales carteles del Circo Universal, dos sobre todo, habían adquirido en ambos hemisferios una reputación sin igual: Jack Lockley, el clown músico, y Jenny Bard, la mujer atleta.

Dignísimos por sus ejercicios, lo eran mucho más por su porte y su lenguaje.

Así como Jack Lockley se imponía a la atención por la esbeltez aristocrática de su silueta, Jenny Bard delataba, con su estructura maciza, su origen vulgar. Era una criatura de alta talla y de imponente armazón óseo: cuando sin esfuerzo aparente alzaba con el brazo extendido pesos inverosímiles, sus músculos resaltaban como cuerdas bajo la piel seca. En su cara de facciones angulosas, iluminada por ojos grises muy hundidos, no se revelaba edad cierta alguna. Aunque parecía haber alcanzado los cuarenta años, nadie se sorprendía de que ella pretendiera contar sólo veinticinco: era un detalle que a nadie preocupaba.

A pesar de la semejanza física, Jack y ella eran excelentes compañeros, siempre prontos a prestarse un servicio cuando lo exigían las circunstancias. Pero mientras en ella había humildad en la solicitud con que acudía a su primer llamamiento, en él se notaba siempre la

condescendencia del gran señor que acuerda un favor cuando pide un servicio. Por lo demás, no existía entre ellos la menor relación excepto en las horas de representación. Fuera de ellas, Jack ignoraba la existencia de Jenny.

El clown músico pasaba en el camarote, dedicado a su violín, todo

liciosas o solemnes, se olvida al artista que pendía en el vacío colgado de los pies o de la nuca.

En cada representación, en el momento en que el clown aparecía en la pista, Jenny Bard — sin duda melómana convencida, — salía de su camarín, se deslizaba en un corredor que daba a la pista y allí

¡CUALQUIER TIEMPO PASADO...!



— ¡La verdad es que con estos vestidos van las mujeres apetitosas!
— ¡Vamos, hombre! ¡Tú ya no te acuerdas de aquellos con mangas de jamón!

el tiempo que le dejaban libre los ensayos. Artista refinado, en él el sentimiento musical se unía a una "virtuosidad" asombrosa, y probablemente los espectadores que cada noche se agolpaban en el Circo Universal, admiraban en él más al músico prestigioso que al equilibrista desconcertante.

Al oír descender, de treinta pies de altura una lluvia de notas de

permanecía como alucinada, fijos los ojos en el acróbata, seducida por la melodía grave y la "virtuosidad" caprichosa que arrancaba a las cuerdas el arco triunfante de Jack Yockley.

Los camaradas no dejaron de observar esa asiduidad y al principio se burlaron de ella, discretamente, porque los biceps de la atleta aconsejaban prudencia. Por fin, conclu-

La falta de carácter

Se ha dicho de Sheridan que, si hubiera poseído seguridad de carácter, habría podido gobernar el mundo; en tanto que, faltándole esa cualidad, fueron relativamente inútiles sus magníficas facultades. Seducía y encantaba; pero no tenía ni peso ni influencia en la vida pública, ni en la vida privada. Hasta el pobre payaso de Drury Lane se creyó superior a él. Un día que Delpini apuraba al director con motivo de un atraso de salarios, le contestó Sheridan con dureza, diciéndole que olvidaba sus posiciones respectivas.

— De ningún modo, señor Sheridan — replicó Delpini. Nada he olvidado: sé perfectamente la diferencia que existe entre nosotros. Por el nacimiento, la familia y la educación, reconozco que sois superior a mí; pero en el vivir, el carácter y la conducta soy superior a vos.

SAMUEL SMILES.

yeron por no hacer caso y Jenny Bard podía deleitarse a sus anchas del arte divino de Jack Lockley, sin que nadie se preocupara, ni siquiera el artista.

Esa noche había, como de costumbre, desde la partida de Liverpool, representación del Circo Universal en la cubierta de popa.

Excepcionalmente, el capitán había consentido a una infracción del reglamento y los viajeros de tercera clase habían sido autorizados a abandonar el entrepuente para que aplaudieron el brillante programa de esa última representación de a bordo.

Eran cerca de las diez. Jack Lockley, terminado su número, fumaba la pipa en el camarote de Harry Welpool, teniente del "Oceanic".

Gran amante de la música y pianista de mérito, el oficial había reconocido en Jack un temperamento de artista y había buscado su amistad. Casi todas las noches los dos hombres se reunían, ya en el camarote de uno de ellos, ya en el del otro, para descifrar juntos una sonata, o para comentar un libro interesante leído en el curso del día.

Fumaban en silencio desde hacía algunos instantes, cuando Harry Welpool preguntó:

— ¿No ha notado usted, entre las pasajeras de primera, una joven alta, delgada, rubia, de ojos extraños, que no falta a ninguna representación o, por lo menos, asiste todas las noches a su número con una fidelidad sorprendente?...

El clown pareció, durante algunos segundos, un poco confundido por la pregunta. Luego, encogiéndose de hombros, se limitó a murmurar, sin quitarse la pipa de entre los dientes:

— Las mujeres lindas aman las emociones. Probablemente esa joven piensa que una noche de estas me aplastaré en el suelo.

— Me parece que usted la calumnia. ¿Por qué no suponer que admira, como yo, el hermoso talento de usted?

— ...Y mis cabriolos en el aire — dijo con sorna Jack Lockley.

— ¿Qué le pasa, amigo, esta noche? — preguntó Harry Welpool mirándole con curiosidad. — Me parece más nervioso que de costumbre y, para serle franco, le diré que le encuentro una amargura que no le conocía.

Como si no le hubiera oído, el clown, apoyado un codo en la rodilla y la barba en la mano, parecía absorberse en la contemplación de los ondulantes círculos que el humo de su pipa dibujaba en el espacio.

El oficial se levantó, aproximóse al artista y le puso familiarmente la mano en el hombro. Con voz que quiso hacer firme, a pesar de que un afecto solícito y sincero la hacía temblar levemente, le dijo:

— Por suerte, Lockley, mañana llegamos al Cabo... De lo contrario, temería verle caer en una de estas noches de su trapecio y verle romperse la cabeza.

— Lo que sería una lástima por mi violín. Un stradivarius admirable, como usted sabe — contestó burlesco el clown; y agregó: — ¿De dónde le vienen presentimientos tan sombríos?

— De la reflexión que para entregarse a pruebas tan vertiginosas como las que usted realiza es preciso hallarse en plena posesión de sí mismo... y no se puede decir que usted se encuentra en esa condición... esta noche.



—¡Ah! ¿Usted ha descubierto eso esta noche, señor psicólogo? — bromó Jack Lockley.

—Miss Edith Duncan le ha causado una impresión más profunda que la que usted quiere confesar...

—¿Qué ocurrencias tiene usted! — exclamó el clown.

—Le he observado mientras usted está allá arriba colgado del trapecio, amigo Jack, y más de una vez, en estos días, he temblado por usted... La presencia de esa joven le causa distracciones peligrosas, que podrían ser fatales, si usted no logra dominarlas.

Jack Lockley se limitó a contestar con un leve silbido burlón; tomó el violín, colocado sobre la mesa, y se puso a ejecutar a la sordina, casi maquinalmente, la conocida romanza sin palabras de Tschai-kowski...

Desde las primeras notas el teniente quedó como bajo un encantamiento, arrobado en el sentimiento musical.

De pronto una mano brusca cayó en el picaporte de la puerta, que se abrió con violencia y apareció un contramaestre. Sorprendido de no encontrar solo al oficial, se cuadró en el umbral, llevándose la mano a la visera.

—Mi teniente—balbuceó con voz turbada por la emoción,—el comandante le llama.

Y agregó:

—Con mucha urgencia.

—¿Qué le pasa? — dijo el oficial con tono de broma. — ¿Por qué adopta un aire tan trágico? ¿Nos vamos a pique?

El otro se aproximó y murmuró al oído del oficial:

—Usted lo ha dicho, mi teniente...

—¡Diablo! ¿Pierde usted la razón, amigo?

—¡Ojalá fuera así!... Hace un momento se descubrió la cosa... El oficial de guardia, al efectuar la ronda, comprobó que hay en la cala quince pies de agua. Provenía de una grieta producida en la quilla no se sabe cómo... O, mejor dicho, se supone... — Y agregó apretando los dientes. — Una de esas malditas máquinas infernales, que los huelguistas seguramente pusieron a bordo en el momento de estibar... y que ha realizado su obra silenciosamente, royendo la quilla... y de pronto...

No terminó la frase: cesó súbitamente el ruido de los pistones que roncaban en la nave, y sucedió un gran silencio, al mismo tiempo que, bajo los pies de los tres hombres, el piso continuamente vibrante, se estabilizó.

Las máquinas habían dejado de funcionar.

—El comandante — prosiguió el contramaestre — piensa bajar los botes al mar, pero teme un movimiento de pánico que comprometa el salvamento...

—Sí — comentó el oficial — como a bordo del "Canterbury"...

Jack Lockley se estremeció. Acababa de evocar en un segundo, con una intensidad espantosa, el recuerdo aterrador de la catástrofe que meses antes había horrorizado al mundo entero.

Y al mismo tiempo se erguía ante sus ojos una adorable silueta de mujer, a la que veía, en su imaginación angustiada, debatiéndose con la muerte.

Pero, ¡prodigioso milagro!, fué precisamente esa visión aterradora la que devolvió instantáneamente al clown toda su sangre fría: con el violín en la mano salió precipi-

¡COMO LAS NUBES...!

(Del libro "Llama Interior", recientemente aparecido).

Miro por mi ventana que un jazminero adorna, las nubes que tapizan el espacio sin fin, mientras mi pensamiento se hunde en el recuerdo de todo lo pasado, de aquello que viví.

¡Nacen las nubes blancas! Son cual copos de espuma, bellones impalpables, ensueños del azul... Yo sé que el viento, el músico eterno, inimitable, juega con su plumaje bajo la santa luz

del Sol... ¡Oh! si estuviera con algún alma digna de interpretar el mundo sideral, con pasión, cuántos proyectos locos hubiésemos formado contemplando esas blancas alondras del Señor!

De seguro que habríale dicho: Yo quisiera ser viento un solo instante, para volar, volar por el campo celeste y luego entre mis manos traer ese plumaje de las nubes que van

sin rumbo... De seguro que mis pobres palabras hubieran recobrado más aliento y mi ser ebrio de una ventura nueva, hubiese sentido, besos de la esperanza, caricias de la fe.

AMBICIÓN

Siempre que miro el río con sus embarcaciones que esperan la partida, siento en mí un gran vacío, como si se alejaran todas mis ilusiones tras las ondas del río!

Y me invaden las ansias de navegar, un loco deseo de dejar mi ciudad, lo que anhele, y libre como un barco perderme poco a poco entre brumas y cielo!

Conocer el secreto de las estrellas, el por qué dé esa vía-láctea enorme que rubrica el firmamento, aquella caricia dulce y fiel de la ola que al casco de la nave salpica de espumas... Contemplar en las noches serenas el guiño de la luna, sobre el gran río en calma, y preguntarle, luego, si en él palpita un alma y la muestra en el cuerpo grácil de sus sirenas.

Siempre que miro el río, quisiera huir distante, lejos de mis hermanos, lejos de este concierto mundanal... ¡Ser un pobre y alegre navegante que va en busca de un puerto!...

FELIX B. VISILLAC.

El hombre y el criado negro

Tomó cierto sujeto un criado negro, y como era la primera vez que veía a un hombre de tal color, creyó que aquel tinte era efecto de la falta de limpieza.

—Metedlo en una cuba de agua — dijo el amo a otros criados, — y lavadle y restregadle hasta que se ponga blanco.

Los domésticos pusieron manos a la obra. Enjabonaron y frotaron fuertemente más de mil veces al negro; mas todo fué en vano. El desgraciado acabó por adquirir una enfermedad que lo llevó al otro mundo.

La ignorancia nos hace intentar disparates.

Esopo.

tadamente tras el teniente y el contramaestre.

El comandante, en la pasarela, deliberaba en voz baja con sus oficiales.

—Acabo de enterarme — le dijo Jack — de la situación. ¿Es realmente tan desesperada?

—Hasta este momento, señor, sólo es grave; pero no le oculto que, si no ocurre un milagro, llegará el instante de dar la alarma.

—Si fuera posible — observó el teniente Welpool — retardar cinco minutos ese momento, se podría quizás proceder ordenadamente al embarco de las mujeres y de los niños...

—No sé... si no ocurre un milagro... — murmuró el comandante.

Dando una palmada en su violín, Jack Lockley declaró con voz extrañamente vibrante:

—¡El milagro está aquí!

Y sin esperar más, se deslizó sin ruido hasta la cubierta de popa. Allí, en un deslumbramiento de luz funcionaba el Circo Universal; la orquesta ejecutaba una música triunfal, estallaban los aplausos, las risas hendían el aire tibio, acogiendo las ocurrencias de los payasos, las gracias de los "ecuyers", y la audacia de los acróbatas.

Jack se estremeció al pensar que sobre toda esa alegría gravitaba la muerte.

Empinándose, vió salir de la pista, saludando al público con aire majestuoso, a Jenny Bard, la atleta, despedida, como de costumbre, por una salva de aplausos frenéticos.

La alcanzó y tomándola de la muñeca, la llevó a un lado:

—Oiga bien, y guarde para usted sola lo que voy a decirle: el barco está perdido... Dentro de un cuarto de hora se irá a pique. No hay más tiempo que el de botar las canoas de salvamento... Pero no hay sitio para todos. Corra, pues, a su camarote, y tome lo que para usted sea más preciso...

La mujer estuvo a punto de lanzar una exclamación de terror. Le puso la mano en la boca y continuó:

—¡Cállese y escuche!... ¿Ve desde aquí, en las localidades reservadas, a aquella pasajera de vestido blanco y una gran cabellera rubia?...

Jenny Bard se sobresaltó y repuso:

—La veo... sí... ¿y qué hay con ella? — murmuró sordamente.

—¡Júreme... que irá a buscarla... que la llevará con usted... Júreme que la salvará...

—¡Yo! — exclamó la atleta febrilándose. — Usted quiere que yo...

—Que la salve, sí... yo lo quiero...

—¡Ah! ¡Usted la ama, Jack! ¡Ah! ¡Jack!

—Si usted no me lo jura inmediatamente — repuso él con calma, — gritaré la verdad... y será la muerte... para usted... para todos...

Jenny le dirigió una mirada desesperada, mientras con voz lamentable repetía:

—¡Para todos!... Y usted... Jack... ¿Y usted?

—No se trata de mí. ¿Lo jura? — insistió él, trágico.

Jenny, dominada, extendió la mano. Entonces él la empujó fuera del corredor, se lanzó hacia la pista, aferró la escala de alambre, fina como una telaraña, que daba acceso a sus aparatos allá arriba y una vez llegado a su vertiginoso trapecio, a unos treinta pies sobre cu-

bierta, lanzó de pronto el grito gutural que le era familiar.

La orquesta, sorprendida, dejó de tocar y todos los rostros se volvieron hacia él.

Podían las máquinas interrumpir su ronroneo e inmovilizarse el barco en medio del mar: nadie lo notaba. Toda la atención se concentraba entera y exclusiva en Jack Lockley. Los oídos, indiferentes al gran silencio que subía de las profundidades de la nave, acechaban el primer acorde que iba a volar del instrumento encantado.

El clown, mientras ajustaba el violín, vigilaba lo que ocurría debajo de él. En la pista, los "ecuyers" daban señales de agitación por la sorpresa que les causaba ese número imprevisto; el empresario se entregaba a una mímica desordenada para invitar a su artista a bajar inmediatamente y darle explicaciones.

Jack Lockley no se preocupaba de esa emoción. Mientras la atención de los espectadores, que eran casi la totalidad de los pasajeros y gran parte de la tripulación, se concentraba en él, en el otro lado de la cubierta oscura se movían sin ruido siluetas oscuras.

Los marinos de guardia, dirigidos por los oficiales, preparaban la botadura de las canoas de salvamentos. En pocos instantes iba a ejecutarse el plan concebido por Jack Lockley.

Vió a Jenny Bard, envuelta en una amplia capa de lana, deslizarse hasta el palco ocupado por Miss Duncan, inclinarse hacia ella y llevarse la tomándola de un brazo.

Un suspiro de alivio partió del pecho de Jack. La atleta cumplía su promesa. Tocábale a él proceder.

Apoyó el violín en el hombro, lanzó por segunda vez el grito de advertencia, y trabados los pies en las anillas de terciopelo fijas al trapecio, se dejó balancear en el vacío a un desgarrador acorde de su instrumento.

Luego, cabeza abajo, inició con brío magistral la "Habanera".

Jamás había puesto tanta alma en la ejecución, pues no tocaba, como todas las noches, con el solo objeto de captarse la simpatía de un alma... se trataba de salvar la vida de la amada!

Si: el teniente Welpool había acertado. Desde la primera noche en que el clown había dividido a miss Duncan, serena y majestuosa en su palco, se sintió herido en pleno pecho como por agudo puñal.

—¡Locura!... ¡Ese acróbata de caña enharinada cuyas cabriolas en el aire excitaban la hilaridad de la multitud, ese clown quien fuera de la pista todos miraban con una curiosidad desdefiosa, amar a miss Edith Duncan, la riquísima hija del rey del algodón!...

Bien sabía él que era locura, pero cada hora que transcurría aumentaba la locura, y bajo el aguijón de ese sentimiento insensato, desde hacía algunos días su "virtuosidad" se había multiplicado al punto de alcanzar un grado sólo conocido por los grandes maestros del violín.

Y al mismo tiempo, su audacia acrobática superaba a todo lo que hasta ese día habían inventado los reyes del trapecio...

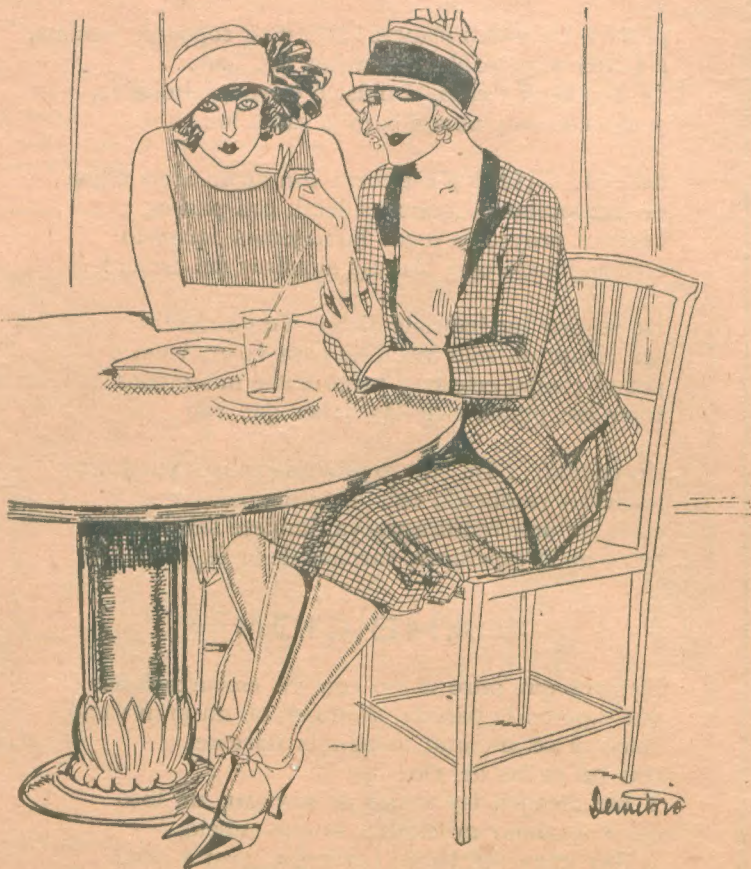
Precisamente esa virtuosidad y esa audacia delataban su pasión: el teniente Welpool no se había equivocado. Como no se había equivocado Jenny Bard...

Pero, ¿qué le importaba? Lo que no quería era que la interesada sos-

pechara el sentimiento que su sola presencia había inspirado en un misero clown. Lo que quería era que ella viviera, salvada por él y que ignorara que su vida había sido la muerte para él.

El bote de salvamento en el que iba miss Duncan y la atleta, se balanceaba en el vacío, pronto para

descender a las aguas tranquilas. Y he aquí que con sorpresa Jack vió que bruscamente Jenny Bard se aferraba a la borda y con la agilidad que le era propia saltaba a cubierta y se resistía a embarcar nuevamente en el bote, a pesar de las incitaciones que le hacía un marinero.



—¿Por qué odia tanto tu tía a los hombres, si nunca le han hecho nada?

—Precisamente por eso.

La amada que calla

(Especial para FRAY MOCHO).

Al tañer la zampoña del tiempo,
de mi amor se repite la danza,
cabalgando las tímidas brisas
el pregón de mi dulce palabra;
y en las grupas del eco suspira
como Werther, la amada que calla.

Al morir en los brazos violados
de una tarde, la negra borrasca,
en mis manos sus manos febriles,
impaciente, rogué que me hablara.
Providencia divina: el milagro
predispuso a la amada que calla.

Un exordio de vagos temores,
un torrente de cosas pasadas,
un secreto cariño, inundaron
sus mejillas de suave escarlata;
temblorosa, la flor de sus labios,
las pupilas acaso empañadas.

Inclinando su busto cenceño
miróme de frente, miróme a la cara,
y me dijo con voz alfeñique:
"tengo miedo, querido del alma"...

MOISES M. COHEN.

Pero ¿qué le importaba al clown? Unos instantes más y la embarcación se alejaría a fuerza de remos, del enorme remolino que, al hundirse, iba a provocar el navío.

¡Unos acordes más de su violín y su idolo se salvaría!

Entretanto, fijas las miradas en el acróbata, vibrante el corazón a los sonidos maravillosos que desgranaba en la noche serena, los espectadores estaban lejos de sospechar el drama terrible que se desarrollaba cerca de ellos.

Una a una las mujeres habían sido invitadas discretamente a abandonar el circo; apenas trasponían la salida de ésta eran conducidas, o, más bien, transportadas a los botes, que una vez llenos eran bajados al mar y se alejaban en seguida, velozmente.

Y Jack Lockley continuaba tocando como en un éxtasis. Resignado a morir, enviaba, en las vibraciones del arco, su último adiós a la elegida de su corazón.

Embarcadas las mujeres y los niños, llegaba el turno a los hombres; se les prevenía de que había ocurrido un incidente en las máquinas y que era prudente buscar refugio en las canoas de salvamento, pero muchos de ellos, suponiendo un exceso de prudencia de parte del capitán, se quedaban en sus asientos, como magnetizados por la onda de armonías que les llegaba de las alturas.

De pronto el puente se estremeció y levantado por la violencia de una explosión interior, proyectó en el espacio a los infelices, que caían al mar como muñecos barridos...

Las calderas acababan de explotar.

Hubo, en seguida, un gran silencio de estupor y de horror, seguido por un múltiple estallido de gritos y de lamentos... En presencia del peligro inmediato, frente a la muerte, todos los infortunados clamaban auxilio.

Allá arriba, en su trapecio, Jack Lockley no había cesado un solo instante de manejar su arco, pero como obedeciendo a una inspiración superior, inició con lenta majestad un preludio de Bach.

Poco a poco, bañado en esa armonía serenadora, se calmó la desesperación de esos infelices a quienes esperaba una muerte casi segura y de rodillas, juntas las manos, parecían esperar un trágico destino con una resignación impresionante.

La nave comenzaba a hundirse por la popa, y, levantada la proa, daba la impresión de un caballo que se encabrita. Meticulosamente, con imperturbable sangre fría, los oficiales organizaban el salvamento, utilizando los últimos botes e improvisando balsas para tratar de arrancar al abismo algunas víctimas más.

Y Jack, entretanto, continuaba arrancando a su violín acordes de una inspiración solemne.

De pronto una voz, la de Jenny Bard, se elevó:

—¡Pronto, Jack! ¡Hay una balsa en la que tiene sitio!

Y agregó, para decidirlo:

—Ahora, ella está fuera de peligro... Piense en usted?

—Para compartir su suerte.

—Quiero morir.

—Bien; moriremos juntos — y suplicante, añadió: — Es una satisfacción que no puede negarme...

Terminaba esas palabras cuando, bruscamente, el barco se hundió como una piedra en el mar.

Jack Lockley podía morir; había cumplido con su deber. Con el violín en la mano cayó entre las olas, el alma en éxtasis, lleno del pensamiento de Edith Duncan, cuya silueta adorable se erguía magníficamente ante sus pupilas ya veladas por la muerte.

De pronto se sintió aferrado y levantado del abismo: la mano de Jenny Bard le había tomado de las ropas y multiplicadas sus fuerzas por la voluntad desesperada, la atleta había logrado arrancarle a la muerte inmediata.

Con el brazo libre nadaba en dirección a los botes que, a varios centenares de metros eran ya manchas negras en el espejo del mar.

Mas se fatigaba rápidamente y comprendió que le era preciso recurrir al empleo de los dos brazos.

—Jack — dijo con voz ruda. — Agárrese de mis hombros. Así no correrá peligro y yo podré nadar más fácilmente.

—Déjeme, Jenny; quiero morir — balbuceó Jack.

—Pero yo quiero que usted viva — repitió ella con energía.

—¿Vivir...? ¿Para qué...?

—Si tanto le disgusta la vida, ¿la amaba acaso tanto como parecía? — murmuró ella con voz angustiada.

Jack nada dijo, pero sus pupilas fulgurantes de pasión respondieron más elocuentemente que las palabras.

—Es preciso vivir — repitió ella.

—Hace un momento, cuando se embarcaba, la hablé de su insensato ensueño y de la abnegación sublime con que iba usted a la muerte para salvarle la vida... Y vi lágrimas en sus ojos...

—Lágrimas de piedad...

—Lágrimas de admiración y de gratitud... ¿Cree usted que ella pudo permanecer indiferente al sortilegio de su arco...? Si una mujer ignorante como yo ha sentido florecer en su corazón, sólo al oírle, la florecilla azul que hasta entonces ignoraba, y se ha embriagado

de armonía al punto de esperar que algún día usted le dirigiría una mirada, ¿cómo pudo permanecer indiferente un ser tan delicado como ella?

Al hablar así la ahogaban los sollozos, sollozos de desesperación y

de amor.

Dominando bruscamente su emoción, dijo con energía:

—¡Apóyese en mis hombros y valdrá!

Nadaba vigorosamente en dirección a una de las embarcaciones,

que más cargada que las otras o de remeros menos hábiles, se había quedado rezagada.

Cuando los creyó al alcance de su voz, llamó a gritos a los remeros. Pero éstos, estimando sin duda suficiente el número de las personas que llevaban a bordo, fingían no oír y proseguían su ruta hacia la costa, distante unas quince millas al Este.

Sin desanimarse, Jenny continuaba nadando, y agotaba sus últimas fuerzas, pero los miembros helados apenas respondían a su voluntad.

De pronto sintió que se aflojaba la presión de los dedos de Jack, crispados en su hombro: entumecido por el frío, el clown se abandonaba.

Lo aferró de nuevo y continuó avanzando con un solo brazo.

En un supremo esfuerzo, las últimas brazadas la llevaron hasta el bote. Se aferró a la borda y suplicó jadeante:

—¡El los ha salvado...! ¡Por amor de Dios: sálvenle!

Pero ya se alzaban los remos para pegarle en las manos a fin de que soltaran la borda.

Entonces, percibiendo a miss Duncan, la atleta imploró:

—¡Miss! ¡Miss! Por usted ha ido a la muerte!

La joven se incorporó en el asiento donde se había desplomado y gritó a los remeros:

—¡Cinco mil dólares a cada uno de ustedes para izarlo a bordo!

—La barca tiene exceso de carga — gruñó uno de ellos.

—¿Y tú, atleta, — dijo otra voz con sorna cruel — crees que no pesas más que una pluma?

—¡Oh, si es por mí...! — repuso Jenny Bard. Con un brazo alzó el cuerpo inerte del clown, al que ya alzaban los marineros, seducidos por la prima ofrecida.

Cuando lo vió en salvo, la atleta soltó la borda, murmurando:

—“¡All right!”

Y se dejó caer en el abismo.



Pruebe y Verá

Nos atrevemos a asegurar que una vez que su paladar haya saboreado este producto nacional, será un propagandista de nuestro vino.

BEBA VINO TORO

Se vende en botellas de litro y en cascos

BODEGAS Y VIÑEDOS GIOL, Soc. An.

Cangallo 434

Buenos Aires

El amor y la muerte

Por Vicente Blasco Ibáñez

Una noche en Florencia, asomado a un balcón de Lungarno, escuché a unos cantores populares, de los que amenizan con sus romanzas la digestión de la muchedumbre cosmopolita, albergada en los hoteles inmediatos al río.

“¡Morir!”, cantaba el tenor, con lamento prolongado, rasgando el silencio de la fresca noche.

“¡Morir vichino a te!”, respondía con voz grave, con reconcentrada pasión; y las arpas lloraban en la oscuridad sus lágrimas armoniosas, como perlas sonoras.

Junto a mí, unas inglesas jóvenes, suspiraban emocionadas por la dulzura melancólica de la música y de la noche, sintiendo ablandarse sus almas bajo un soplo de amor;

y viendo yo la corona de luces del “Viali del Colli”, que rasgaba la oscuridad en lo alto de un cerro, y a sus pies el Arno rumoroso y temblón, reflejando las rojas serpentinas de los faroles, por debajo de los arcos del “Ponte Vecchio”, sentíame igualmente conmovido por la romanza, tocado por la emoción poética de los más bellos momentos de la vida, creyéndome por un instante más ligero, en un mundo extraordinario, de atmósfera sutil y perfumada, donde los cuerpos tuviesen la fluidez de las almas. “¡Morir!”, repetía el lamento musical, abajo, en las orillas del río, y yo me enternecía sin saber por qué, hasta que mi corazón sacudió este encanto, con repentina protesta.

¡Morir! ¡Qué disparate...! Vi-

vir; la vida es la única belleza digna de ser cantada. Y en plena frialdad, sonreí de la materia que, temiéndome a la muerte, finge desearla, para dar el excitante del peligro, a sus alegrías y tristezas, que juega con ella a mentirijillas, amándola como aman los niños los juguetes guerreros, remedo de armas mortíferas que no pueden causarles daño. ¡Morir!, cantaban aquellos hombres con un apasionamiento meridional, que ponía lágrimas en su voz; y poco después, cuando ya no cayesen las monedas de los balcones, irían a la “trattoria” a considerar su vida como el mejor de los bienes ante un frasco

“¡Morir!”, repetían con los ojos de “Chianti” y un plato de macarrones.

húmedos, siguiendo el canto, aquellas vírgenes rubias de pecho plano, y en el fondo de sus pensamientos permanecía intacto el poderoso deseo de verse, en un día lejano, más enjutas aún, con la nariz enrojecida por los años y rodeadas de unas cuantas cabecitas de color de cáñamo.

“¡Morir!”, susurraban los ecos de la noche con misterioso estremecimiento, y dentro de algunas horas se colorearían de violeta los montes de enfrente, y el sol doraría el verde oscuro de los pinos y de los cipreses del paisaje toscano.

Entonces reí de es sentimentalismo, que invoca a la muerte para proporcionar una emoción nueva y dulce a sus ansias de vida.





LA PROVIDENCIA

Por José de Siles

Venía encorvada bajo el largo costal gris, bien repleto de ropa lavada, cuyas blancuras se delataban por la mal cerrada abertura del burdo lienzo. Dejóle caer al suelo, apenas estuvo delante de un zaquizami, de bajo techo, embutido en un rincón del patio. Con mano experta, que no disimulaba afanosas emociones de cariño, apartó a un lado la destrenzada y polvorienta esterilla de junco que, a manera de telón teatral, se descolgaba, sujeta de clavos, sobre la puerta. Este movimiento fué respondido por rebullido y gritería de seres vivos.

Un perro salió enredado entre los pies de un niño. Uno y otro igualmente regocijados por la presencia de la lavandera, parecían disputarse el placer de los primeros saludos. El niño se abrazó a la ancha y maternal cintura de la mujer; el perro le puso las manos hasta muy cerca del seno. Risas y aullidos, palabras tiernas y caricias apretadas se mezclaron en aquel encuentro, que reunía en corto trecho un grupo interesantísimo de dos personas y una bestezuela, enlazadas por energías corrientes de afecto.

—Ea, Toñete, ten juicio, — dijo la mujer al niño, que seguía agarrado a sus enaguas, sin permitirle dar un paso.

El perro había ya recorrido cien veces el patio, en galopes disparatados, agachadas las orejas, alto el hocico, tendido el rabo, con cuatro dedos fuera de la boca, la roja cinta de su lengua.

—¿Qué traes? — preguntó el niño, más formalizado, a la mujer.

Esta, dejando revolotear en sus labios una sonrisa de satisfacción, desdobló un medio periódico, mostrando al rapaz, suspensivo, jadeante y atentísimo, varias cosas de comer. Eran mendrugos de pan, salchichas, patatas como puños. Saltó de gozo el chico, paró en sus locas carreras el perro, y la mujer penetró en la covacha con el placidísimo contoneo de un general pasando bajo un arco de triunfo. Apareció en seguida, escudada de una cazuela y armada de un cuchillo. Hizo una excursión por el patio, recogiendo aquí y allá palitos y pajas que el viento rociara, en sus caprichosas revueltas, por el suelo. Formó un haz, se ocultó nuevamente en su misera morada, y a poco, por un tubo de leprosa chapa, que agureaba el techo, brotó leve, negruzca, intermitente humareda, que difundió por la atmósfera resinoso olor de madera quemada.

¡Empezaba a funcionar la cocina! Ya debía haberse colocado la cazuela sobre los dos calcinados peñascos que servían de hornilla. El aceite, que principiaba a calentarse, despedía las partículas de agua con estrepitosos chasquidos. Retorcidas túrdigas de pellejo de patatas eran lanzadas al patio, mientras que la carne dorada que envolvían se zambullía, cortada en rodajas, en el líquido hirviente. El niño y el perro danzaban a esta música como caníbales que se preparan a un festín, entre furiosas y gimnásticas cabriolas. De pronto desaparecían las madejitas de humo y se oían angustiosos resoplidos de fuelle, exhalados por garganta humana. Durante esta faena lo demás quedaba interrumpido, juegos y fritanga, saltos y carcajadas. Una inmensa pena parecía desplomarse con sus negras alas abiertas, sobre el patio, oscureciendo y entristeciéndolo todo. Pero volvía a coronarse de vapor la chimenea, y renacía la vida.

¡Drama conmovedor era aquél en que la alegría de una familia dependía de un soplo de humo!

—Vamos, venid, — gritó finalmente la mujer, presentándose al aire libre con la humeante cazuela

hay que decir que éste era hijo de la lavandera, de aquella mujer que, todavía joven, con rasgos bellos en el rostro, soportaba los estragos de un trabajo rudo, bajo todas las ofensas del tiempo, para ganar la

Exilio espiritual

En la tarde, sereno sueño de primavera, vaga el rumor lejano del mar y en la ribera, distante, nebulosa, como a través de un velo se ilumina la unión de la tierra y el cielo. Acrecienta el encanto de la luz indecisa fresco aroma de tilos que desmaya en la brisa. En la leve penumbra la inmóvil arboleda perfila sus contornos. Es el aire de seda. El moribundo sol, supremo colorista, decora los cipreses con fulgor de amatista y oculto entre los árboles canta un zorzal.

Sonríó...

Reconozco el paisaje familiar. El hastío me abandona. Revive mi dulce adolescencia porque vuelvo nostálgico después de larga ausencia.

En el jardín cerrado verdea el alto césped. Me detengo un instante como furtivo huésped; abro y cruzo la verja del solar que fué mío: Los plátanos ya grandes, lo han tornado sombrío tiembla en las altas cúpulas la luz opalescente; la verdinegra ninfa se ha dormido en la fuente; entornan su corola, misterioso incensario; los últimos nenúfares del jardín solitario; se borran los senderos entre áspera maleza y sale a recibirme la fúnebre tristeza.

Sueños, falaces sueños, mortal melancolía, viriles rebeliones, ansias de lejanía... ¡Oh, soledad doliente! Mi alma soñadora que se abrió a la caricia rosada de la aurora, deambuló suspirante por la desierta vida y en su jardín nocturno se quedará dormida.

AUGUSTO CORTINA ARAVENA.

de patatas y salchichas, pringosas e incitantes.

La mujer sentóse en el suelo, tomó al niño en sus brazos, y la primera sopa y la tajada primera fueron embauladas por Antofñete. No

comida de un niño. Otros más fáciles hallaría si olvidara que era madre. Mas, aquella criaturilla, siempre sucia, mal vestida de un chaquetón raído, arrastrando por el polvo, desgarrada y raquítica, casi

tan salvaje como el perro con quien vivía, le ablandaba las entrañas, le hacía brincar el corazón a la idea sólo de abandono.

¡Vaya! No le habían faltado proporciones a Sebastiana. Todas las noches, cuando regresaba renqueando con su fardo, en las esquinas oía ofertas de señores que la hubieran hecho una media señora. La tentación era grande. Las fatigas del lavado, terribles. Las promesas sabían a delicias celestes. Pero, ¿y Toñete? ¿Dónde lo metería? ¿Quién sufriría sino ella, que le había parido, a un mocoso tal?... Cerraba los ojos, bajaba la cabeza, rechinaba los dientes, apresuraba el paso, y escapaba como de una visión infernal.

No comprendía su enorme heroísmo. Su mismo trabajo creíalo cosa natural. Para ella, el autor de todas sus dichas, era la Providencia.

La escena anterior era repetida todos los días entre las sombras crepusculares de la tarde, al fin del trabajo y al principiar el reposo. Era un espectáculo vulgar, rutinario, desarrollado en sencillas peripecias, que no lograba nunca fijar la atención de las criadas que tendían en las ventanas los paños de cocina para secarse. Necesitaba, en verdad, otros espectadores menos familiarizados con la vida común.

Unos ojos, no acostumbrados a llorar, no iluminados por los oscuros resplandores de la miseria, fijáronse una vez, con más curiosidad que compasión, en el triste trajín culinario de Sebastiana. Los velillos de una de las ventanas del piso principal fueron descorridos por la mano de una dama. Era joven. Su rostro, que se inclinó sobre los cristales, vióse a la mortecina luz del día blanquísimo y hermoso. En él, durante el tráfigo de la lavandera, se dibujaron sonrisas y pensamientos, reflexiones y tristezas, algo de lo que se reflejaría en un espejo ante el cual desfilaban las rápidas visiones de los sueños.

Largo rato estuvo mirando al patio la dama; súbitamente echóse aquella vez la noche sobre la tierra. La lluvia, que no dejó de caer mientras el sol brilló turbiamente en el horizonte, parece como que había sostenido un combate con el astro, del cual salió finalmente vencedora. Hubiérase dicho que, con sus interminables madejas de agua, fué tejiendo un velo densísimo de sombras con que dar pronto sepultura al día. El guisote de patatas y salchichas terminóse en la oscuridad de la noche. La dama siguió entre las tinieblas el desenlace de aquella escena de la vida miserable.

—¡Pobre gente! — dijo, separándose de la ventana.

Aquel espectáculo le había interesado algún tiempo, y le tributaba un aplauso. Luego, como se pregunta el nombre de un artista, averiguó por su doncella detalles generales sobre aquella familia. Supo no sin sorpresa grande, que aquel mezquino rancho, que cabía holgadamente en una cazuela, era el resultado de una labor sin tregua, ejecutado con todas las fuerzas del cuerpo, acompañada de sudores, de ahogos, seguida de privaciones, de enfermedades, sin esperanzas de bienestar, no conociendo otro término que el último ronquido de la agonía.

No creyó posible esto la dama. Siempre había pensado que el tra-

¿Quién es el que amo?

No lo sabréis jamás. Me miraréis a los ojos para descubrirlo y no veréis más que el fulgor del éxtasis. Yo lo encerraré para que nunca imaginéis quién es dentro de mi corazón, y lo meceré allí, silenciosamente, hora a hora, día a día, año a año. Os daré mis cantos, pero no os daré su nombre.

El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.

ALFONSINA STORNI.

bajar era cosa gustosa. Ella misma, no obligada a emplear su actividad, merced a su riqueza, en ningún oficio útil, experimentaba placer vivísimo en sus labores de aguja. Cada bordado, cada cifra de pafuelo, cada primor suyo, producía una satisfacción que no pagaría con nada. ¡Ah, sí!... Verdad es que meses enteros transcurrían a veces entre puntada y puntada. Luego aquellas obras no obedecían sino al capricho de su autora, cuya mano corría libremente, sin estorbos de voluntades ajenas, no paralizadas por el frío desmayo de la maligna chusma, sin la indignación por las torpezas que opone una ignorancia que manda.

Aun sin apreciar las diferencias de su trabajo y el de Sebastiana, sintióse la dama movida a caridad. No era tan ignorante de las desigualdades del mundo que no adivinara, por lo menos, que era ella quien debía protección a la lavandera.

—Que suban y coman con nosotros, — dijo a una de sus criadas, que salía a comprar en aquel momento.

La improvisada protectora de Tofete y su madre era dueña y señora de su casa. Casada a los diez y seis años con un hombre que le triplicaba en edad, quedó a los veinte viuda, poseedora absoluta de la fortuna bastante crecida, que su esposo puso por pedestal de su hermosura. Vivía sola la viuda regenteando larga servidumbre. Habíase rodeado de todos los goces materiales que para la vida del hogar pueden adquirirse por dinero. Ni faltaba en su salón el mueble lujoso, ni el traje de moda en su "boudoir", ni el manjar más exquisito en su mesa. No imaginaba que hubiera más allá nada que inspirase deseos.

Su corazón carecía de emociones. A lo sumo, sólo tenía latidos extraordinarios para la novela últimamente leída o el drama visto la noche antes.

El cuadro de pobreza que había mirado en el patio, pareció causarle como una sensación nueva.

Cuando oyó entrar a Sebastiana, salió a su encuentro.

La pobre mujer no podía hablar sino poniendo en cada palabra una disculpa. Había venido restregando los pies, mojados del lodo de la lluvia, desde la calle, temiendo manchar la casa de aquella divina señora que la invitaba a comer.

Traía a Tofete medio suspenso de un brazo, para que se mantuviera tieso, para que no tropezara con las paredes, cubiertas de ricas telas, de papeles dorados. Habíale fregado cara y manos.

Venía descalzo, sin los sucios y agujereados zapatos de su uso.

Sebastiana no encontró al fin mejor modo de manifestar su gratitud que arrodillarse delante de la señora y cubrirla las manos de besos.

—¡Ah! no sabe usted... — decía sollozando.

En efecto, la dama no sabía que la comida de aquellos infelices no había servido. La lluvia penetró por la chimenea, arrastrando el barro de las tejas. Quisieron probar un bocado; pero el estómago se resistía... Tuvieron que echar toda la cazuela al perro.

Cuando Sebastiana escuchó a la criada que subieran a cenar con su señora, creyó más que nunca en la Providencia.

* * *

Casi todas las tardes, apenas entraba en el patio, veía la lavandera una mano de nieve que, desde una ventana del piso principal, le hacía

rimimiento taciturno se despejaba un momento con las alegres sonrisas de la lavandera y de Tofete.

Este, en particular, parecía otro desde que comía las ricas cosas que se guisaban allí. Transparencias ro-

manos, de dedos más llenos, se habían acortado. Redondeáronse sus rodillas, y en sus muslos se diseñaban ya las graciosas curvas que hacen de un rapazuelo el modelo de un angelillo.

Sebastiana disponía de dos vestidos. El suyo, de indiana cenicienta, de delantal azul rayado, y cuerpo de bayeta encarnada a cuadros negros, quedaba para los embates del trabajo. Para el lucimiento del día de fiesta, ensayábase un traje de lana, arreglado de uno de la viuda, de tela señorial, de corte alroso, en los bordes del cual todavía se descubrían los puntos huecos donde estuvieron pegados los adornos, suprimidos en su transformación plebeya.

La lavandera no sabía qué hacer con la viuda.

Un día que la encontró de pie sobre una mesa, descolgando el retrato de su marido muerto, quiso ponerle un ramo de flores y encenderle dos velas.

Pero, al día siguiente, que tenía preparados los adornos del altar de una santa, halló a la viuda al lado de un hombre. Era primo suyo, su novio de niño, que volvía de América dispuesto a buscar esposa.

Desde entonces no volvió a ver la lavandera la mano de su protectora llamándola a su casa. Entraba en el patio, dando casi con la frente en las rodillas, agobiada por la balumba de ropa lavada. Dejaba en tierra el saco, miraba la ventana, siempre cerrada e inmóvil, suspiraba, y fijaba luego la vista como atontada, como pidiendo una explicación a aquel montón de ropa, que, en virtud de su trabajo, gotaba largas perlas de cristalino ópalo, redoblando con son alegre en el suelo.

Miraba la obra de sus manos sin comprenderla... Y allí, allí estaba su verdadera Providencia.

Los Jipijapas o Panamás

Esos sombreros de ancha ala, tejido compacto, paja finísima, impermeables al agua, reciben su nombre por los lugares donde tiene más importancia su fabricación y exportación: Jipijapa, cantón de la provincia de Manabí, Ecuador, y de Panamá, hasta hace poco Estado de la República de Colombia.

Estos sombreros están hechos por tiras trenzadas continuas de una paja sumamente fina y ligera, obtenida de las hojas de una palmera llamada *dombonaje*, la *Carludovica palmata* de los botánicos.

Críase esta planta en Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, América Central y Venezuela, y en todos estos lugares y en las Antillas fabrican sombreros jipijapa.

En su fabricación se ocupan mujeres especialmente.

Es un trabajo de suma paciencia, y según el tejido sea más o menos fino, según se haya hecho al aire libre o sin sacar las fibras del agua, así varía el precio.

Se dice que el que regaló Guzmán Blanco, siendo presidente de Venezuela, a su yerno el duque de Morny, estaba valorado en 7.000 pesos.

Pianos

DESDE \$44

Entre los compradores se sorteará un automóvil "GRAY", doble faeton.

Pídanos datos

al contado sin otro desembolso y pagando el resto por cuotas mensuales del mismo importe

Con una comodidad semejante, cualquiera puede obtener uno de nuestros famosos y acreditados pianos de celebrada reputación mundial, cuyas marcas son una perfecta garantía para el comprador:

PLEYEL - GAVEAU - GUNTHER - STEINGRAEBER
NOESKE - KRAUSE - SCHWARZ - ROSENBERG

Tenemos infinidad de modelos terminados en todas las maderas de moda

Existencia permanente de rollos de música
Solicite Catálogo Ilustrado o visítenos

OBIGLIO Hijos

señas cariñosas.

—Ya, ya vamos — contestaba Sebastiana, reventando de gozo.

Y madre e hijo, y hasta el perro últimamente, subían a la casa de la bella y caritativa viuda, cuyo abu-

sáceas brillaban en sus mejillas, antes secas y terrosas. Su piel toda había adquirido cierto lustre grasiento, que recordaba el del tocino. Casi, casi, había crecido. Desde luego, estaba más gordo. Las

EL CARÁCTER

No debe edificarse sobre terreno movedizo. Quien no haya preparado bien la base se expone a ver derruido su palacio. Sin alma, el capricho puede erigirse en rey. En tal caso, el hombre puede convertirse en bestia. Una cosa es imponer la sombra; otra cosa es imponer la luz. Quien pueda alumbrar que alumbre y no desmaye. El dominio y toda forma de tutela debe rechazarse; pero a condición de saberse regir y gobernar. De todas suertes, tan plebeyo es el que se deja dominar por flojedad como el que se impone por malas artes. Quien no haya hecho la conquista de sí propio no tiene facultades para conquistar el mundo. El hombre que supo cabalgar en su bestia y ha sabido domarla, tiene precisamente el mérito que la plebe le niega. Las gentes anhelan el cultivo de las pasiones por un instinto vulgar de vivir más sujetos a la vida. Y de este modo se descentran y se alejan de sí mismos.

V. GARCIA MARTI.

Para FRAY MOCHO.

La rutina es una pesada rueda espiritual hecha de apatía, ignorancia y cobardía.

El matrimonio de los viudos tiene el mismo atractivo que la elegancia de un joven pobre que luce un traje vuelto del revés.

El "de" que usan las mujeres casadas para unir sus nombres al de los esposos, deberían en rigor usarlo muchos de ellos que no son sino despreciables apéndices o felices parásitos de aquéllas.

La sonrisa intrascendente de una antigua amante, es como un rayo de sol poniente sobre una tumba.

La moda antigua, recatada, y la moda actual, provocativa, constituyen idénticos acicates para la sensualidad. Cubrir con exceso el cuerpo es hacer bambalinas para que el demonio del deseo se esconda a refr; descubrir el cuerpo con exceso, en cambio, es sacar al diablo a escena para que proclame las excelencias de la ingenuidad femenina...

Si en los artículos necrológicos los señores periodistas no tuvieran la endiablada y piadosa costumbre de inventar fantásticas virtudes y merecimientos a los extintos, y, por el contrario, debieran expresar a su respecto juicios sin misericordia, aunque de estricta justicia, veríamos con harta frecuencia esta nota final en los avisos fúnebres: "Para que el extinto haya paz en su tumba, se encarece silencio y olvido. Favor que los deudos agradecerán."

En estos tiempos, "pedir la mano" es un tropo de nuevo sentido. Pues si antes, cuando regía el amor romántico, "pedir la mano" era requerir autorización para llevar a una mujer en dulce hermandad por la vida, tomada de la mano, en señal de amorosa protección, hoy que rige el amor de especulación o práctico, "pedir la mano" significa con frecuencia pedir el cheque o la bolsa, es decir, "la mano llena".

En el terreno abstracto, siempre estamos de acuerdo en que si a dos unidades se suman otras dos, tendremos cuatro unidades. Pero en el terreno práctico ya la cosa no es tan clara; porque si debemos entregar dos más dos unidades, nos ingeniaremos para entregar sólo tres; y si debemos recibir dos más dos unidades pretendemos que se nos deben cinco. Es indiscutible la ventaja de la moral sobre las matemáticas.

Se equivocan los que creen que el amor es un sentimiento accesible a todos los seres. Tan lejos del amor está el romántico necio que se cita con la luna y coloquia con la brisa, como el sensual grotesco que ignora la afinidad electiva.

PEQUEÑO IDEARIO

Por Arturo Orgaz

Los hombres taciturnos son, necesariamente, geniales o imbéciles.

Ser taciturno significa tener densa el alma o espeso el meollo.

CALZADO A LA MEDIDA



—Mire usted; yo lo que quiero son unas botas muy fuertes. ¡Porque a lo mejor tiene uno bronca con la parienta!

El hombre y la oruga

Platicaba cierta vez un hombre con una oruga a la sazón en que ésta se regalaba con un almuerzo de refrescantes hojas sobre la tierna rama de un árbol, y entre otros asuntos le hacía comprender lo feliz que sería cuando tuviese alas apara volar y se alimentase, no de hojas insípidas, sino de dorada y dulcísima miel.

—¡Hum! — decía la oruga, — ¿qué son alas y qué es miel?

—Alas son ciertos apéndices que os saldrán en vuestro cuerpo con los que podréis elevaros y moveros por el espacio, y no tendréis ya que arrastraros penosamente entre las ramas ni que permanecer constantemente suspendida por los pies. Y miel es la cosa más dulce y exquisita que para comer hay en el mundo.

—Apártate de mí en este mismo instante, vana y presuntuosa criatura. Semejantes entidades no han existido jamás.

—Si que existen: las he visto innumerables veces. Se llaman mariposas, y...

—¡Basta! Deja libre el espacio que ahora ocupas, y que tu ausencia inmediata sea la recompensa que des a la atención con que hasta este mismo momento te he escuchado, — replicó la oruga, — moviendo su extremidad posterior en señal de impaciencia extrema. Me estás reduciendo a un estado de miseria excesiva, y no deseo quedarme en ayunas esta mañana.

C. W. D.

El recuerdo es la sombra proyectada por la vida sobre la triste arena de nuestros años. El olvido, a su vez, es un hálito de muerte que pulveriza y disipa los personajes fatídicos de nuestra renovada tragedia.

Los besos de amor son formas fugaces de la eternidad que vive disimuladamente en nosotros y realizan la contención del infinito en una tangencia de silencios promisorios.

El espíritu florece en ideas — a veces inquietantes, audaces, "revolucionarias" — como el árbol florece o fructifica o el animal se reproduce. Como que las ideas son el fruto más excelso. Existe, cada vez más tomado en serio, el culto al árbol y al animal, pero aun no ha sido detenidamente consolidado el culto al hombre-idea.

Mientras estamos conformes en que hay que cuidar y mejorar los melones, las orquídeas, etc., y velar por el progreso del "pedigree" en ciertas especies animales, juzgamos necesario abatir, perseguir, ahogar, aniquilar, descalificar y castigar ideas... Esto ocurre, sin duda, porque la gente, en general, tiene aptitud para gustar un melón o admirar y cotizar un toro campeón y no la tiene siquiera para tolerar una idea grande que debería ser saludada como la más alta síntesis de la gloria humana.

La admiración, la veneración y el recogimiento que nos inspiran las ruinas y las reliquias, son exteriorizaciones estéticas del miedo a la muerte, por una parte, y del ansia de eternidad, por la otra. Como que el hombre debe morir por razón de eternidad y debe vivir por razón de muerte.

El genio es una anomalía tentadora. Esta anomalía tentadora suele engendrar groseras imitaciones en pobres espíritus livianos y sin eje que se autoconsagran con catedrales de pedantería.

Bishaman

El dios llamado Bishaman, es uno de los cuatro reyes de la religión búdica en el Japón (caturmaharajas) o cuatro guardianes del mundo que residen al pie del monte Mein.

Bishaman reinó en la parte septentrional con el nombre de Vairavano o Kumero, y sus súbditos son los Yalishas. Es el dios de la riqueza (uno de los siete dioses de la buena suerte) y uno de los tres San-seujin o dioses de la guerra. Se le representa teniendo una lanza en una mano y en la otra una pagoda o bolsa con monedas de oro. Su color simbólico es el amarillo dorado. Como dios de la riqueza, se le suele colocar en los conventos en el rincón del edificio donde se guardan los tesoros de la comunidad.

El arenque de "Boheme"

Por Boy

Los dos salimos juntos del teatro y yo le dije a mi amigo:

—Va siendo cosa de que reaccionemos un poco. Mañana mismo escribiré un artículo sobre la significación sentimental de ese arenque de lata que sale a escena en el último acto de "Boheme".

Como yo soy persona de escasas bromas, mi amigo me miró con ojos muy abiertos y concluyó por contestarme una tontería. Me contestó:

—Que sale, no dirás; que sacan.

—¡Digo que sale! — repliqué enérgicamente. Y añadí:

—¿Por qué vamos a atribuirle mayor grado de conciencia al cantante que al arenque? Me parece un prejuicio.

—Es que el arenque, sin el cantante, no saldría al escenario.

—¿Y tú afirmas que el cantante saldría sin el arenque?

Mi amigo se quedó un poco confuso. Ladeó la cabeza y exclamó:

—¡Hombre, hombre!

Pero yo repliqué:

—Eso no es afirmar nada. En cambio yo sostengo lo que acabo de afirmar y además te lo demuestro con un hecho bien reciente. La otra noche, representándose "Boheme", se armó entre bastidores un lío descomunal porque en el momento en que se iba a levantar el telón para el cuarto acto resultó que el arenque no aparecía por ninguna parte y el director de la tramoya sostenía que sin arenque era imposible continuar la función. No hubiera planteado un problema más arduo la desaparición del cantante que sale a escena con el arenque; porque siendo el arenque de lata, ni siquiera podría descartarse la presunción de que al cantante se lo hubiese comido el gato, ya que tampoco habría podido comerse al arenque. El caso fué que llegó un momento en que todos los personajes de la ópera (Mimi, Museta, Rodolfo, Marcelo, Colline y los demás), andaban por los túneles del teatro topándose unos con otros en la búsqueda de aquel adminículo tan insignificante hasta entonces y que de pronto adquiriría tan insospechada significación. El director de orquesta, único ser que había permanecido entre bastidores sin enterarse de lo que pasaba, tuvo que verse atrapado por la cola del frac en uno de los pasillos de la sala, cuando se encaminaba a la tarima. El comprimario que lo atrapó le dijo: "Maestro, todavía no; el arenque se ha perdido". Esto fué la salvación, porque el maestro cayó en la cuenta de que al llegar al teatro aquella noche había colgado el sombrero en un clavo donde estaba colgado el arenque.

—¡Qué suerte!

—Eso digo yo. Pero pongámonos en el caso bien presumible de que el arenque no hubiese aparecido. Claro que no se hubiese suspendido la función por eso, desde que a un arenque de lata, en caso muy apurado, se le puede sustituir con uno auténtico, adquirido en cualquier fondón de trasnochadores; pero aparte de cierta consecuencia que luego nutrirá la moraleja de mi teoría, nada podría evitar el trastorno ocasionado y que viene a de-

mostrar lo que yo afirmo: esto es, que no hay por qué atribuirle menor importancia al arenque de "Boheme" que al cantante que lo porta, pues si es verdad que el arenque no sale sin el cantante, también lo es que el cantante no sale sin el arenque.

—Puede salir, sin embargo.

—Claro que puede salir. También podría salir el arenque sin el cantante. Todo sería cuestión de dejarlo deslizarse por un hilito, como se hace con la paloma de Lohengrin. Pero lo mismo en uno que en otro caso, la unidad de la tragedia quedaría rota.

—¿Por el arenque?

—Sí. Por el arenque. Y digo más todavía: creo que el mejor elogio que podemos hacer de esta notable ópera de Puccini, es el de reconocer que su arenque está en ella tan

hondamente sentido como lo pueden estar todos esos otros elementos que le dan tanto carácter propio y tan noble fisonomía sentimental; tan bien sentido el arenque como el gabán del bajo, como la cofieta de Mimi, como el manguito de Museta, como la tenaza y la paleta con que se baten el bajo y el partiquín; tan bien sentido, en suma, como todo el libreto y todos los personajes y toda la música de la ópera.

¡Hombre, hombre, por favor! — volvió a exclamar aquí mi buen amigo, levantando los brazos.

Pero yo se los bajé para decirle:

No te alborotes tan pronto. Si hay alguna diferencia, la constituye el mayor respeto que se debe observar con el arenque. Pocas personas han reparado en la necesidad de que este arenque sea de la-

ta, y hasta podríamos dar con algún crítico amante del teatro realista que se pregunte el por qué de que no aparezca en las tablas un arenque verdadero.

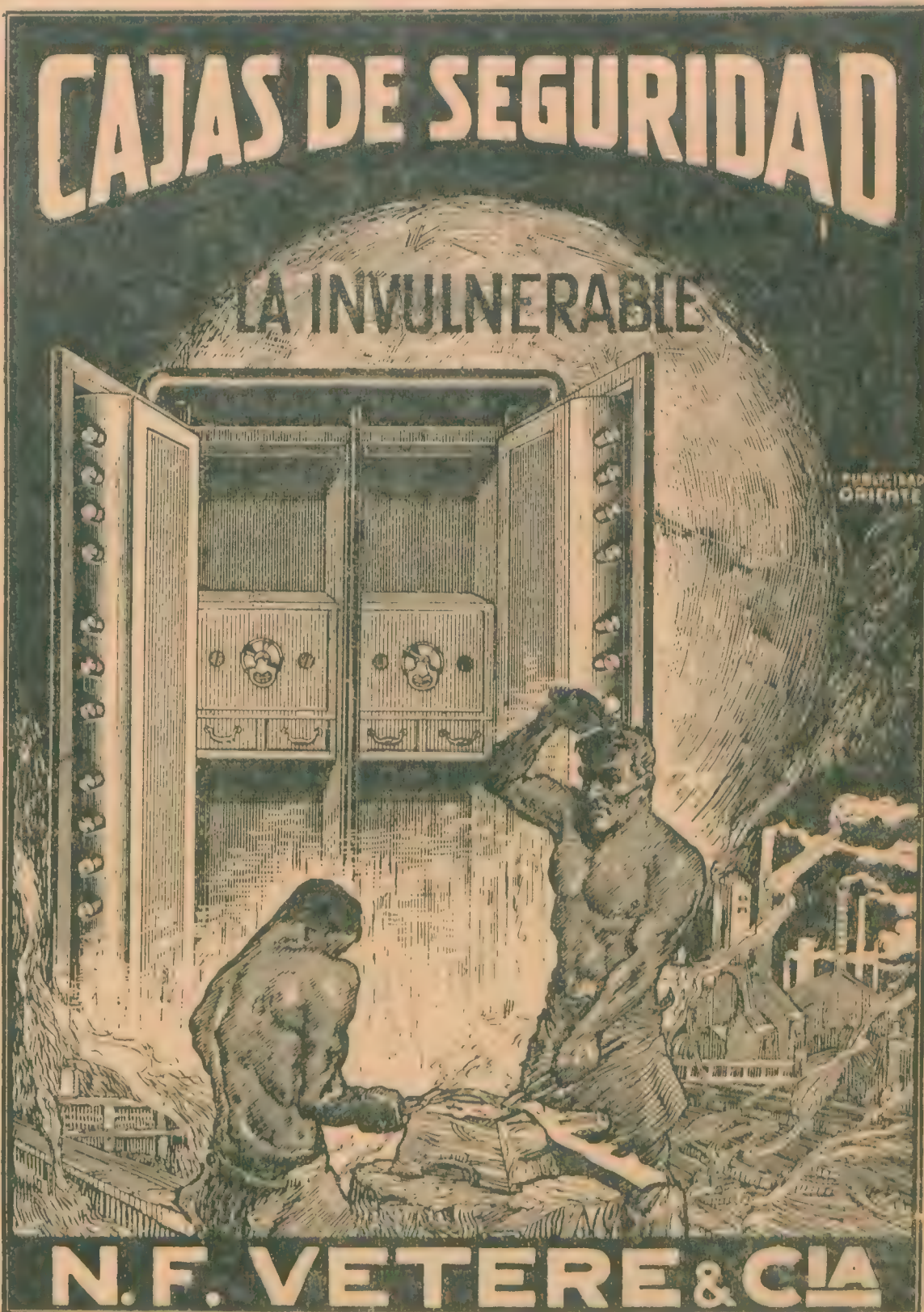
—¿Por el tufo?

—Porque conviene aventar la presunción de que el bajo de la compañía, cuando sale a empuñar el gabán, y aprovechando la confusión reinante, se lo lleve escondido para comérselo entre bastidores. El arenque, con el apuro, bien podría atragantarse al cantante, que entonces quedaría inhabilitado para salir a escena nuevamente a despedirse del gabán por segunda vez.

Al dar de bruces con la moraleja del artículo que yo iba a escribir, mi amigo me dió la mano.

—Ahora ya no hay discrepancias, — me aseguró.

Yo lo creí, porque mi amigo es hombre de talento.



La noche descendía con amor. Así lo manifestaban la bondad del aire, en una brisa tibia; las flores quietas, sombrías y misteriosas; las montañas que parecían más grandes y solitarias; el cielo, vacío de astros y con luna en cuarto menguante.

Por la senda en los altos bordes del canal, venía caminando, pensativa y lenta, la Cotudita. Iba a buscar el agua fresca llegando para el caso, una pequeña caneca pendiente de su brazo.

¿En qué iría pensando la moza, que no advertía la raigambre que cruza la huella y exponía a repetidos tropiezos? Honda sería la pena, que así la embargaba.

Apenas se asomó al borde del canal, las aguas iluminadas por la luz de la luna reflejaron su silueta, en la que, como todas las veces, destacó el pequeño coto que pendía de su cuello. Pero esa noche no estaba el ánimo de la Cotudita como para andarse en contemplaciones, ni para presumirle a las ondas ni a las plantas: la tenía preocupada una duda atormentadora. Así es que, involuntariamente, inclinó y recogió en su caneca parte del líquido fresco y cristalino que pasaba a sus pies. Pronto se volvió sobre sus pasos, quejosa y diciéndose:

—Mala facha tiene esta luna puntiaguda. Como no se dentre, voy a creer que salió pa darme rabia. La verdad es que dende que se ha hecho no he visto a mi Julio; y ya van noches. ¿Qué será de mi amor?

Y así, suspirando y fatigosa llegó a las casas, y como viera que estaba muy entrada la noche, dejó la vasija en la solana y se marchó en busca de su cuja.

Cuando el sueño comenzaba a correr los párpados sobre los hermosos ojos de la Cotudita, vino de afuera, del camino solitario, la melancolía de una tristeza tonada que dijo:

—Corazón mío no llores

Que nadie escucha tu llanto.

Entre dormida y despierta, se preguntó la moza:

—¿Será la voz de mi Julio? ¡Qué triste acento!

Alejóse la canción paulatinamente hasta que se perdió en la dulce beatitud de aquella noche profunda.

Calló la voz; callaron las aves nocturnas que vagaban en la inmensidad del espacio; reposaron quedos y silenciosos los nogales, las místicas alamedas y los pinos; y, la brisa que corría, aquel alrecllo perfumado, fué a morir en la lejana serranía mientras el misterio llenaba de inquietud la fronda convecina.

Abriase el amanecer en una fresca, alegre y rosada aurora. Las brisas llaneras pasaban rasando los alfalfares en flor y las viñas prefadas de frutos. Por los caminos iban las carretas despaciosas hundiéndose en las profundas huellas, dando tumbos y traqueando canastos y canecones. Pasaban bullangueras las cosechadoras, canturreando tonadas y comunicándose, con picantes comentarios, las alternativas que pasaban sus amores y los ajenos.

La Cotudita, que se ha levantado con el alba, toma su desayuno de una vieja cepa que estaba a la orilla del camino. Sentada en el borde arenoso de una hijuela, desgranaba pausadamente las uvas del precioso racimo que tenía en sus faldas. Desde aquel sitio, escondido a las miradas de los transeun-

LA COTUDITA

Por Víctor Montagne

(Del libro "Cuentos Cuyanos", que próximamente aparecerá).

tes, oía sin querer las lenguas de sus amigas que pasaban hacia el trabajo. Algunas decían:

—Como la Cotudita se descuide, le birlan su hombre.

—No creas, chei, la Carmen es muy conversadora y presumida.

—Guapo es el Julio ese; pero divertido y poco aquerenciado. Seguro que es el primerito en dir a la farrá esta noche.

—Pues digo, la Cotudita no será la última... Pa bailar naide la aventaja.

—Yo voy a que la Carmen se hartará con lo ajeno.

gura, a tiempo que de aquellos, sus bellos ojos zarcos, de dulce mirar, desprendiéndose a torrentes las lágrimas que rebalsaban de su corazón apasionado. Abroquelada por el ansia y la pena, pasó largos y muy tristes horas.

Al mediodía vió la vuelta de las cosechadoras que, como de costumbre, regresaban cansadas, sucias y mal olientes de mosto y sudor. Entonces no cantaban, ni siquiera se decían sus cosas. Hombres, mujeres y criaturas formaban aquella caravana silenciosa y cargada de viejas ftigs. En pos y entre gruesas y pe-



—Estoy contentísima. Me caso con el hombre con quien quería casarme.

—¡Bah! Es mucho más divertido casarse con el hombre con quien quería casarse otra.

—Yo juego a la Cotudita, que bien se merece lo suyo.

—Yo no.

—Yo sí.

Y las habladoras no cesaban de repetirse, contristando a la queredora que se quedaba sin dar bocado y abismada en su dolor. El acaso le revelaba su situación: Julio le era infiel; tenía a la Carmen por rival.

—¡Ah, todo lo verán mis ojos, ya lo verán!

Así decía la moza en su amar-

sadas nubes de polvo, pasaba lenta tropa de carretas cuyos ejes chirriaban quejumbrosos cocidos por el continuo roce.

Más tarde, el crepúsculo moría arrebuado en un manto de nubes violáceas.

La pequeña plaza de la villa se hallaba profusamente iluminada. Bajo un centenar de farolitos chinoscos que pendían de los árboles y postes abanderados, una muchedumbre se agitaba bullente y alga-

rabiosa. El pueblo estaba de fiesta. Todo era baile, canto y gritaría. El pisanaje que no danzaba arrimábase a los mesones y apuraba sendos vasos de vino criollo. Entre las viejas comadres, la conversación degeneraba en cháchara animosa. Comentaban vivamente la brusca solicitud que había hecho Julio a la Cotudita de querer bailar "la que viene" con ella; y eso, después de haberse pasado bien acollorado en danzas y más danzas con la Carmen hacía ya largos horas. Sin embargo de esa rara actitud por parte del mozo, el juicio final de todas aquellas conversaciones le favorecía abiertamente. Era que Julio, a más de ser un muchacho robusto y simpático, tenía fama de muy bueno y servicial, y por lo tanto, digno de merecerse la Cotudita, que era el dechado de honradez y de hermosura del lugar.

Súbitamente, del lado de los que bailaban, gritaron unas voces jubilosas dirigiéndose a los cantores:

—¡Que rajen una cueca esos chinos!

—Que sí, digo, malos guasos.

—¡Malhaya quien no la pida!

—¡Arriba mozos!...

—Y mozas.

—¡Venga la cueca! ¡Arriba la cueca!

Una vez más este aire entusiasmó a los bailarines, los cuales se largaron como persiguiendo a sus compañeras, ansiosos de vueltas y zapateos, agitando los pañuelos de colores chillones y haciendo tintinar las enormes rodajas de sus espuelas de puro y brillante metal chileno. La pareja que formaban Julio y la Cotudita llamaba la atención de los mirones, con frenéticas aclamaciones. Una, dos y tres gruesas de cohetes reventando estruendos entre las piernas de los bailarines, daban término al último compás de la cueca, en circunstancias que la moza, arebatada, delirante de jaleo y de amor, pasaba alrededor de su compañero rozándole ofensiva y amorosamente con su pollerita dominguera.

Lloviéronles los dichos de sus camaradas:

—¡Bien, bien por la Cotudita!

—¡Así se acabará mi vida!

—¡A un lao, a un lao, que revientan esos corazones!

—¡Bravo! —grita fuera de sí todo el mundo.

Julio y la Cotudita, aprovechando la confusión se alejaron, perdiéndose entre el humo de la pólvora y las sombras de la noche.

Y fué bajo unos viejos nogales, mientras caía sobre sus cabezas una dulce lluvia de hojas, donde tiernamente abrazados se lloraron su amor perseverante y eterno.

La mujer y el deporte

La Federación Femenina Deportiva de Francia tiene una Comisión de Moral, y esta Comisión ha prohibido que sus afiliadas sean admitidas a competiciones públicas, si sus mangas no miden 25 centímetros y sus "culottes", de color oscuro, no cubren la rodilla y la sobrepasan en 10 centímetros. También la Comisión de Moral ha "censurado" los nervios, pues ha acordado penar los gestos y los gritos que tiendan a concentrar la atención del público sobre la "sport-women".

Corazón de oro

Plinio el Joven, discípulo de Quintiliano, se consagró especialmente a favorecer a cuantos tenían necesidad de protección, perdonando deudas, pagando las de aquellos que se veían perseguidos por sus acreedores, dotando muchachas pobres y otorgando pensiones a amigos necesitados. En Como, su patria, fundó una biblioteca y un asilo para huérfanos, y fué un vivo ejemplo del bien que puede hacerse, aún sin ser dueño de grandes riquezas, si se posee un corazón benéfico y caritativo.

El roscón aniversario

Por Leo Dartey

—Ya lo sabes — dijo Lucía a su amiga Juanita. — El día de mi cumpleaños daré una gran fiesta. Comeremos el roscón aniversario.

—¿El roscón aniversario?

—Sí; es una costumbre inglesa. Un roscón enorme, en el que se colocan tantas velas alumbradas como años se cumplen.

—¡Ah! ¿Y cuántas velas piensas poner?

—¡Treinta y siete, naturalmente! Sabes que tengo treinta y siete años. Tenemos la misma edad.

—¿Treinta y siete?... ¿Estás loca? ¿Tienes la suerte de parecer diez años más joven y vas a pregonar tu verdadera edad para que se enteren las personas a quienes apenas conoces. ¡Pero eso es...!

—¡Eso es idiota! — dijo el marido de Lucía.

—Una locura — gimió su madre, levantando hacia el cielo un rostro cuidadosamente "maquillado".

—Nada de eso — dijo el tío Antonio. — Lo que es, es coquetería. Mientras que los demás tenemos buen cuidado de disimular nuestra edad, Lucía, que parece dotada del don de una juventud perpetua, se adorna con sus años, como con una joya que realza su belleza. Figúraos su triunfo cuando oiga el rumor de admiración y asombro de los invitados al ver encendidas treinta y siete velas. ¿No es verdad, Lucía?

La joven hizo un gesto, un poco contrariada al verse descubierta. Su extraordinaria juventud era, en efecto, su mayor coquetería, y de antemano se regocijaba ante la idea del éxito que le valdría la revelación de su edad verdadera en aquel país, en que, por residir desde hace poco tiempo y ser poco conocida, oía a diario atribuirle un número de primaveras que la rejuvenecía dos o tres lustros. Añadid a esto la alegría menos inocente de provocar, al mismo tiempo que las comparaciones halagadoras de los maridos, la envidia de mujeres, y comprenderéis la suma de satisfacciones que la linda Lucía pensaba sacar de su idea.

Insistió en ella, a pesar de la oposición de toda su familia, y el día de la fiesta tuvo la alegría de comprobar que si el famoso roscón acusaba treinta y siete años, su espejo reflejaba unas veinticinco primaveras, y loca de alegría marchó al salón a recibir a sus primeros invitados.

Su marido, sin embargo, estaba muy lejos de participar de su alegría. A su vanidad masculina le satisfacía la juventud aparente de Lucía. Tener una mujer que parecía veinte años más joven que él le halagaba enormemente. Y he aquí que aquel estúpido roscón iba a destruir la hermosa leyenda. ¡Qué contrariedad!

Sigilosamente entró en el comedor. En el centro de la mesa, suntuosamente servida, se alzaba el roscón aniversario. Discretamente cogió algunas bujías encarnadas. Unos cuantos años que quitaba a su mujer, la cual no advertiría seguramente la sustracción. Y satisfecho entró en el salón, que ya em-

pezaba a llenarse de invitados.

Pero por primera vez el pensamiento del marido de Lucía coincidía con el de su suegra. La cual estaba igualmente contrariada con la idea de su hija. Descubiertos los treinta y siete años de Lucía, ¿cómo iba ella a seguir afirmando que tenía cuarenta y dos? Y sin darse cuenta de que alguien se le había ya anticipado, sustrajo varias bujías del roscón y salió, apagando la luz del comedor para que nadie pudiese advertir lo ocurrido.

Detrás de ella entró con toda clase de precauciones Juanita, la ami-

ga de la infancia de Lucía.

—Esta tonta de Lucía me va a poner en ridículo. Todo el mundo sabe que tenemos la misma edad, y si esta noche descubre que tiene treinta y siete años... ¡Y Gastón, que cree que sólo tengo treinta! No puede ser.

Y en la oscuridad propicia, el roscón aniversario fué despojado de unas cuantas velas más.

Detrás de Juanita entró el tío Antonio, que adoraba a su sobrina.

—Mi sobrina va a hacer una tontería. Por muy seductora y lozana que esté, todo el mundo va a enterarse de que está cerca de los cuarenta años, y esto va a enfriar seguramente a sus adoradores y hasta a su mismo marido. Mi sobrina no conoce a los hombres. Afortunadamente, estoy yo aquí.

Y con la mejor intención del mundo entró en el comedor, y a tientas cogió algunas bujías del roscón.

—¡Bah! — pensó. — Cuando los

criados alumbren las velas no se preocuparán del número, y la misma Lucía no lo advertirá.

* * *

Cuando momentos después la servidumbre abrió las puertas del comedor, los invitados se agruparon con curiosidad en torno del famoso roscón. Lucía, que saboreaba su triunfo de antemano, quedó helada al oír las estrepitosas carcajadas de sus amistades.

—¿Qué les ocurre? — pensó asustada.

Y volviéndose a su marido le preguntó:

—¿Qué les pasa, dí?

Pero se contuvo al ver la cara consternada de aquél. A dos pasos, su madre, Juanita y el tío Antonio miraban con asombro el roscón aniversario.

Y al mirar ella a su vez comprendió estupefacta y furiosa, la causa de la hilaridad general.

¡En el roscón sólo había tres velas!



“Papá-abuelo...”

DE mozo fué mujeriego y calavera; de hombre se convirtió en gastrónomo y refinado catador de vinos. Hoy, como consecuencia de “la sabrosa vida pasada”, lo persigue un maldito lumbago y ha tenido dos o tres ataques de gota. Antes sufría mucho, porque como es aseado y pulcro, no gustaba de unturas ni de cataplasmas. Pero ahora, ¡se ríe de los males! La

CAFIASPIRINA

le alivia cualquiera de esos dolores. Además, como estimula la eliminación del ácido úrico, los ataques van siendo cada vez menos frecuentes.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Y para todos los demás de la casa, Cafiaspirina es ideal tratándose de dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; reumatismo, consecuencias de los abusos alcohólicos y las trasnochadas, etc.



¡No reciba TABLETAS SUELTAS!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE “CAFIASPIRINA” de dos.

Mientras cae la lluvia lenta y fina, refrescando los rosales y humedeciendo la tierra de las campiñas proflucas y ubérrimas, de Inglaterra, casi siempre nebulosa y gris; mientras el suave perfume de los pinos y castaños florecidos embalsaman el aire y, en sus sacudimientos, lo oscurecen con una nube de pólenes fecundos; mientras el lirio y la rosa, en conjunción suprema de fines estéticos, ofrecen a un sol intermitente y débil, sus pétalos bruñidos para reflejarlo y, luego, disolver en el topacio de la luz las tonalidades de sus corolas; mientras el paisaje agreste, indeciso y nostálgico como un cuadro de Hobbema, exhala un hálito de reviviscencia saludable, que, simulando una bendición divina, premia los afanes del labriego, y apresura el fruto delicioso de los perales, manzanos y albaricoqueros; mientras las paredes ruinosas de las casas vetustas se cubren por esa clase de musgos que sólo crece en los muros, y que en botánica se llama *diplotaxis tenuifolia*, plantas que asociándose a la magnificencia del estío, despliegan sus racimos de flores color de limón, como manos bondadosas que acariciarán un rostro macilento y triste; mientras contemplo desde la ventana de mi cuarto, de mi casa de campo, en la aldea de New-Forest, este panorama santo y magno de la naturaleza, donde para cada vida que se apaga corresponde otra nueva que surge, siéntome tranquilo y feliz en dar principio al prólogo de este libro tan íntimo para mí.

Siéntome suspenso, pero satisfecho en dejar que una lluvia de recuerdos bañe las flores marchitas que, una vez, tuvieron frescor y lozanía en el bello y triste jardín de mis quimeras.

¡Sí; versos de quimeras y pesares componen este libro!... ¡Cómo solloza el alma cuando los leo! Ellos condensan el diario más sincero de mi vida; su recopilación es el diagrama que marca los distintos estados de mi espíritu; por eso, lo mismo que en una columna barométrica, hay elevaciones y depresiones bruscas, y por razones que ignoro, mi hipersensibilidad ha llegado a la sensibilidad del mercurio.

Es el diario sincero de mi vida; y como libro íntimo, sólo tiene interés para mis íntimos. Para ellos y mis amigos lo escribo; ellos que conocen mis impulsos y desfallecimientos, mis renunciaciones y esperanzas, mis luchas en América, mis peregrinaciones en Europa; en fin, mis triunfos y derrotas, mis luces y mis sombras...

New Forest (Inglaterra).

Todos mis versos han florecido al calor de mis noches de fiebre; y se han abierto a la plenitud de la Vida, como flores extrañas de un ignoto país sin sol y nebuloso. Por eso, son algo neuróticos, enfermizos, tristes y dolorosos; no tienen la salud que yo he deseado que tuvieran, porque fueron escritos, en su mayor parte, de madrugada, cuando mi espíritu fatigado al fin del día, pero libre de todas las groseras y burdas exigencias de la batalla diaria, tendía sus alas, ansioso de volar, melancólico y sonámbulo, por los ruidos invisibles del infinito y solitario Ideal... Y

El alma de mis horas

Por Ricardo Arámburu

(Prólogo del libro de poesías que, bajo el título precedente, acaba de aparecer).

entonces era, para mi pobre espíritu, un placer vagar... vagar mucho... vagar siempre... y más que mucho y siempre, vagar eternamente por ese mar azul de nubes y de estrellas, por ese inmenso mar del cielo, sin cauce ni ribera...

En esas noches, al fin, el sueño me rendía; las estrofas estaban escritas, pero la Alborada y los pajarrillos me encontraban dormido junto a mi mesa de trabajo.

Buenos Aires.

¡París...! ¡París en fete...! ¡París inmortal!... ¡París de los artistas...! ¡París cosmopolita, perverso y seductor! Ahí tienes, en el libro, diseminados como pétalos de crisantemos en una alfombra persa, los romances que son tuyos, por-

es tan brillante), pero de todos modos, como quiera que sea, noches también hipnóticas de goce y de aquellarre... ¡Oh, París inmortal, perverso, interesante y seductor, esos breves poemas son bien tuyos!

París.

—¡Pobre Colombina mía! Han pasado muchos años y aún quisieras, junto conmigo, no dejar de rodar ni detenerte un solo instante, para no separarte del que no quiere pasar más de un día en el cuarto de un hotel; no quedar más de una semana en cada pueblo; no gozar más de un mes en un balneario; no vivir más de un año en un mismo país; seguir constantemente al que desea cruzar todos los ma-

CONDENACIÓN

Tu ministro, Señor, enfurecido a la grey femenina ha revelado cinco cosas indignas que ha observado, cinco cosas indignas que ha prohibido:

"El vestido muy corto. Muy ceñido.

"El escote lucir exagerado.

"La tela transparente en el tocado

"y el baile por soez y pervertido..."

Me siento fatalmente condenado a sufrir a mi muerte dura pena y a fuegos infernales destinado;

pues sin duda mi alma se envenena del placer con que admiro entusiasmado lo que Su Santidad, duro, condena...

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

que te pertenecen: unos escritos en el *Café de la Paix*, en tus tardes indefinidas y suaves, en que mis ojos de sentimental diluían rayos de esperanza en las tonalidades de un crepúsculo lila...; y otros, forjados a la orilla del Sena acompañado y lento, porque tú, como Londres, tienes un Támesis trágico y dormido... También, aquellos poemas improvisados en el tranquilo y florido Luxemburgo, ese Luxemburgo pristino y romántico, donde se amaron mucho por mandato de Víctor Hugo, el estudiante Mario y la huérfana Cosette... Y por último, aquellos rápidos sonetos de quince minutos, concluidos en el barrio latino de Enrique Murger, bajo la influencia de tus noches eléctricas y azules como ciertos meteoros de libres trayectorias, noches de atmósferas lánguidas y mareantes como bebidas orientales, noches llenas de misterios y contrastes simultáneos, noches de champagne y de miseria... (¡porque el París de los que se acuestan sin cenar, — digámoslo al lector, — no

res para verlos distintos; recorrer todo el mundo como un peregrino; y, una vez visto todo, volver esos viajes de nuevo a empezar... ¡Pobre Colombina mía! Han pasado muchos años y aún persistes en seguirme, en ser errante e ilusa, sin ver que tu Pierrot envejece al par que la Quimera huye, y algún día podría partir...

¿Lloras...?

—Sí; puesto que me hablas de marcharte.

—El decir que me iba... era un decir, porque me he visto unos cabellos blancos...

—Eso no es nada, Pierrot, cuando uno tiene el alma joven. La luna es más vieja que nosotros, y, sin embargo, tiene la cara linda como un espejo y sedosa como pelusa de durazno.

—¡Tienes razón! No llores. Eres una chicuela medrosa y deliciosa. Ven, dame un beso...

—¡Nos pueden ver!

—¿Con esta niebla? ¡Imposible! La luna aún no ha salido y Londres está oscuro (era en Londres),

y es por eso que está hermoso. ¿No has oído decir al pintor japonés Yosio Markino, que Londres sin la bruma sería, como una novia sin *trousseau*...? Bueno, ven, tontuela, ya salen los cómicos del teatro, apresura el paso hasta llegar al pequeño restaurante *Venice*, antes de que se llene... ¿No llorás más..?

—¡Ay, no me aprietes!

—¡Es que tengo frío... tú eres un hornito...!

—¡Calla! que pueden entender.

—No es nada malo.

—¿Adónde vamos, ahora?

—Al restaurante.

—¡Súbete el cuello del sobretodo que hace frío!

—Por lo mismo debemos de cenar con una botella de Falerio.

—No me gusta mucho el Falerio...

—Tomaremos otro vino. ¿Estás contenta?

—Sí...; y ¿después Pierrot?

—Después, pediremos postres, café y, yo, fumaré un cigarrillo turco.

—Y ¿después, Pierrot...?

—¿Después...?

—Sí; después?

—Después, tú eligirás el licor y yo te besaré en los ojos y en la boca...

Para terminar la escena funambulesca, diré que Pierrot, al final, pidió al mozo del restaurante papel y tinta, y escribió el soneto de sobremesa, *Hoy como ayer*..., que Colombina, — más deliciosa que nunca, — lo guardó cuidadosamente entre los pliegues y gasas de su seno rosado, perfumado e interesante como un *secretaire* que guardase flores, cintillas y recuerdos de un carnaval...

...A las cuatro de la mañana la calle estaba casi desierta; sin embargo, resonaban los pasos y carcajadas de algunos noctámbulos; los faroles estaban apagados, pero en *Oxford Street*, hacia el lado de *Trafalgar Square*, tres cosas se veían muy claras: las estrellas que coqueteaban con sus chispas y se decían amores; la luna, al despejarse el cielo, pálida como una novia coronada de azahares, o como una flor de nieve, dejando caer sus blancuras sobre las cúpulas y tejados de la gran ciudad dormida... y, finalmente, Pierrot, neurasténico y cosmopolita besando con fruición, con mucha fruición, a Colombina.

Sí; noches indefinidas, de Pierrot y Colombina componen las poesías de este libro; versos de quimeras, en la adolescencia y luego, de pesares; versos humanos de propósitos y contradicciones; de recuerdos y de llantos; de perfumes y de esencias; versos sutiles y etéreos como nubes de café; humildes como florecillas abandonadas en las páginas de un libro erótico... leído... llorado... y olvidado...; versos de climas nebulosos y fríos, pero sin erotismo; versos en fin, inútiles, — si se quiere, — como el alma de un viajero descorazonado en la batalla de la vida, e indiferente a todo: al hogar y a la lumbre, al rumbo y al sendero, al Amor y a la Gloria...

Pasajes de una existencia, resume este libro muchas horas; por eso, no vacilo en titularlo: *El Alma de mis Horas*.

RICARDO ARÁMBURU.

Londres, agosto de 1920.

Los quince días de vacaciones que mis patrones me conceden todos los años, estimándolos menos gravosos para sus intereses que una simple gratificación o un mezquino aumento, siempre los he pasado en mi casa, compartiendo con mi mujercita las horas del día, sin ningún provecho, por supuesto. Pero, este año las cosas se han presentado de otra manera. Gastón Romeral, un amigo de la infancia, me ha invitado muy sinceramente a que le visite en su propiedad de campo, sita en Vedia.

Por puro cumplimiento, como ocurre siempre, acepté su invitación, prometiendo ir a visitarle, segurísimo de que no iría. Pero ahora que me han concedido las eternas vacaciones anuales, mi mujer tuvo una idea.

—¿Por qué no aprovechas, Ricardo, estos días, y te los pasas en la estancia de tu amigo Gastón?

—No estaría mal, — le repuse, — pero eso es imposible. Muchas razones me lo impiden. En primer lugar, me ocasionaría gastos, que, indudablemente, no puedo hacer; en segundo lugar, tendrías tú que quedarte solita estos quince días...

—Si esos son todos los inconvenientes, hazte de cuenta que no existen. ¿Con doscientos pesos podrías arreglarte?

—Ya lo creo.

—Pues yo puedo facilitártelos. Durante estos cuatro meses que han transcurrido desde que te has encontrado con tu amigo en la calle, he realizado un sin fin de economías con el propósito de hacerte más amables las vacaciones. En cuanto a mí, ya lo tengo todo arreglado. Pasaré estos quince días en casa de mamá. ¿Qué te parece?

—Maravilloso. Eres una mujer angelical. No creí que me quisieras tanto... Voy a escribirle en seguida a Gastón anunciándole mi visita... ¡Oh, mi querida Alicia! ¡Deja que te dé un beso de agradecimiento!...

II

El tren debe partir a las siete y media. Hace ya mucho rato que, impaciente por libertarme de la vida ciudadana, que oprime y desespera, aguardo, arrinconado a una ventanilla por la que se cuela una hebra de sol, la salida del tren. Pero, a pesar de que es una dulce realidad mi liberación, no estoy contento. Una gran inquietud embarga mi espíritu. Aunque no puedo precisar qué cosa me inquieta, estoy seguro de que es la separación por quince días a que nos condenemos Alicia y yo.

Parecerá pueril declararlo, pero no puedo menos que hacerlo. Este paseo que voy a realizar me parece una herejía. Yo debí llevar conmigo a mi mujer, que ella también se merece unas buenas vacaciones... Sin embargo, me consuela, en parte, la idea de que las de ella no serán del todo malas. Anoche la he llevado a casa de sus padres, en Lomas de Zamora. Allí — lo sé muy bien — no carecerá de nada; únicamente, como yo, echará a ratos, de menos mi compañía.

El coche en que viajo no está aún muy concurrido. Los viajeros pasan de largo por junto a él y van a encaramarse a los coches de adelante. —¿Por qué — me pregunto. — ¿Es por la tonta ilusión de llegar antes al final del viaje? En esto llegan tres personas: un matrimonio de edad y una joven, hija de ellos, al parecer.

M I E D O

Por José María Braña

El hombre se encarama en mi coche, portando un par de maletas, y viene a depositarlas en la redecilla sobre el asiento que está frente al que yo ocupo. Mientras observo al hombre, acodado en el marco de la ventanilla, escucho a las dos mujeres que se han detenido a pocos pasos de donde yo estoy y hablan animadamente. La mamá dice:

—Ten paciencia, hija mía, si tu marido no te dispensa las satisfacciones a que tienes derecho por ser todavía una muchacha. Pero te mimas, te quiere a su modo, y te rodea de comodidades, lo cual es una compensación. Además, no olvides que es rico, y viejo, y achacoso...

—¿Y quieres tú, mamá, mayor tormento que vivir eternamente atada a un hombre así? No te perdonaré nunca, mamá, tu empeño en casarme con Romualdo.

—Ya verás como el mejor día me lo agradeces con toda el alma.

a La Paternal, el cementerio de la Chacarita, con sus millares de cruces de mármol y de fierro, me ha llenado de pesadumbre. La idea de que un día yo también ocuparé ahí un pedacito de tierra, no puede serme, por cierto, muy agradable.

Un acontecimiento inesperado interrumpe mis tétricas reflexiones. Rosa, mi compañera de viaje, clava sus ojos en ambas portezuelas del coche, como si esperara ver surgir a alguien que no puede faltar. La noto intranquila, nerviosa...

De pronto se abre una de las portezuelas y aparece un hombre. ¿A qué perder tiempo describiéndolo? Este hombre, que podrá tener treinta y cinco años, se aproxima a donde está mi compañerita y se sienta a su lado, tendiéndole la diestra que ella retiene. Y se trenzan a charlar a media voz. No obstante, las palabras llegan claras a mis oídos:

HABLAR Y CALLAR

Es un deber callar cuando no se tiene nada nuevo, importante o útil que decir, y es una falta y hasta un delito callar en el caso contrario. Porque en este caso haríamos perder el tiempo a los demás, y en aquél los haríamos aprender beneficiosamente.

Por esto el que se dedica a investigar y a observar en tal o cual campo científico, experimenta la necesidad de comunicar a los demás el resultado de sus observaciones e investigaciones, y procede tanto más bien cuanto más minuciosa y rigurosamente haya investigado y observado.

RAUL VILLARROEL.

Colocadas las maletas en la redecilla, el viejo desciende y se suma a las dos mujeres.

—Ya lo tienes todo arreglado, hija. A las once más o menos, llegarás a Chacabuco. Romualdo, naturalmente, te esperará en la estación.

—Le he escrito ayer, — dice la joven. — No faltará. Por lo menos es muy atento.

—Porque te quiere mucho.

—Ya sé que me quiere. Es lo único que debo agradecerle... y lo único también de que me felicito. ¡Buena sería mi vida en medio del campo si no tuviera siquiera un cariño... tan paternal!

—¡Eres perversa, Rosa! — gruñe el viejo.

—No lo puedo remediar, papá. No puedo decir que le quiero como a un esposo, y si lo dijera, mentiría... Pero le quiero más que a un esposo, ya que le quiero con amor filial.

Una campana pone en conmoción a cuantos hay en el andén. La joven se despidió de sus padres y sube al coche, y corre a la ventanilla que le corresponde y se asoma para despedirse una vez más.

III

Hemos pasado Palermo. Al llegar a y la hermosura y la bondad son

dos hermanas gemelas; es posible, repito, que pueda ser tan perversa y que juegue tan cruelmente con el corazón honrado de un hombre que, sin duda, piensa y cree en ella?

Sin querer, por supuesto, doy en pensar en mi mujer, y me estremezo. ¿Sería posible que Alicia?... "No, no, — me rebelo. — Alicia no puede ser una mujer sin corazón y sin conciencia. Alicia es buena, leal, honrada, pero"... La charla de mis vecinos vuelve a preocupar mi atención. El tren está próximo a llegar a Pilar, donde el hombre dijo que debía descender.

—Bueno, Rosa... Ya falta muy poco para que nos separemos.

—¿No consientes entonces, en acompañarme más?

—Ya te he dicho que me es imposible. — Y por poner a ella en el mismo compromiso, zafándose él mejor del suyo, le pregunta:

—¿Y tú serías capaz de volverte conmigo a la ciudad?

—¿Quieres que me vuelva?

—No, no; por Dios, — le ataja.

—Cumple con tu deber. Vé a reunirse con tu marido, que te estará esperando lleno de amor y de impaciencia.

En Pilar el tal Enrique se apea. La joven, asomada a la ventanilla, despidió al hombre con el pañuelo. Por fin, cuando ya le pierde de vista, se acomoda en el asiento y se pasa el pañuelo por los ojos en los que han aparecido dos lágrimas... ¡dos lágrimas que juzgué de cocodrilo!

IV

Continúo el viaje intranquilo. La tragedia del marido de aquella mujer desleal me preocupa. — "¿Cómo será ese hombre? — me digo "in mente". — ¿Merecerá la afrenta de que le hace víctima su esposa?" "Jamás — me respondo irritado. — El honor de un hombre es lo más sagrado. Al menos para mí es lo más sagrado que existe... ¡Ahora, si el hombre es perverso!..." Me hago el propósito de verificar a mi llegada a Chacabuco qué hombre es el marido de mi compañera de viaje. Si a primera vista le juzgo un caballero, le descubro la conducta de su mujer, para que le dé el castigo que se merece...

A las once y minutos el convoy se detiene en Chacabuco. Mi vecina toma sus maletas y desciende. Yo tomo la mía y hago lo propio, no con el propósito de quedarme aquí, sino para evitar que alguien se apodere de un hombre de cierta edad, vestido con desaliño, pero de facciones dulces: un hombre que debe ser bueno como el pan.

—¡Romualdo de mi vida! — dice ella en un encantador transporte de ternura: ¡Cuánto te eché de menos, maridito mío!

¿Qué hacer? Todo y otiemblo como una hoja. Siento impulsos de detenerle de un brazo y decirse todo, todo... Pero una fuerza secreta me detiene y una voz sin voz me reprocha: — "¡Tonto! ¿Y qué te importa a tí? ¿No comprendes que corres el riesgo de que no te crea y te abofeteen por impostor?"

Y no le digo nada; y los dejo ir. Les miro irse sin darme cuenta de que el tren ha vuelto a marchar, dejándome en tierra. Pero esto no me aflige... Ya no tengo ilusión para seguir adelante... Tengo mucho miedo por mi honor... y dudo de mi mujer... y de todas, de todas las mujeres...

Dos amigos

Por Tomas Carretero

—¿Y tú, cómo te llamas?
—Pito.
—A-ga-pi-to.
—¡Pito! ¡Pito!
—¿Y tu perro?
—Tan.
—¡Ta-co! ¡Ta-co!
—¡Tan!... ¡Borrachón!
—¡Jesús, María y José!... ¡Y qué claro lo ha dicho! Y a ti, ¿quién te enseña esas palabrotas?
—Tan.
—¡Pobre Tan! ¡Si Tan no habla...!
—A mí, Tan, sí... ¡Guau!... ¡Guau!... A ti, no.

Si Tan no hablaba, Pito sí lo entendía, y Tan también entendía a Pito. El niño y el perro no tenían secretos entre sí. Los hombres, cuando son hombres, no recuerdan nada, en absoluto, de su vida anterior al nacimiento ni del tiempo en que anduvieron a gatas; quizá como olvidan esto olvidan la lengua que empleaban Pito y Tan y emplean otros muchos niños y otros muchos perros. Tan es griego; Pito, castellano; fíjense bien los filólogos a ver si pueden dar con el intríngulis de ese idioma con que se entienden entre sí todos los seres cándidos del Universo.

Pito y Tan se quedaron solos después de este diálogo, y siguieron andando, a la buena de Dios, por la huerta. Cuando quería Pito pararse tiraba del rabo a Tan, afianzándose en los talones y echando el cuerpo atrás. Se paraba Tan, a veces; pero si tenía que hacer algo urgente seguía adelante, vencía al chico hacia él, y cuando caía de barriga le abandonaba inicuamente; mas pronto se paraba el trote gorrinero que había emprendido, erguía las orejas al oír los berridos de Pito y volvía atrás. Pito, ardiendo en indignación e ira, reprochaba a Tan por su mala acción y le infligía la pena de un tirón de orejas; pero el can, tomando el castigo a broma, en flagrante falta de disciplina, se ensarzaba con el chico, hasta que ambos rodaban por el suelo hechos una pelota, jadeando, riendo el chico y gruñendo de placer el perro. Rendidos de la lucha quedábanse en reposo, Pito, tumbado, y Tan, en la postura de las esfinges, se adormilaba, volviendo sólo de su sopor, de cuando en cuando, para atrapar las moscas a bocados. Pito, mientras tanto, se consagraba concienzudamente al estudio de la Botánica o de la Zoología, examinando las hierbas que tenía a su alcance o los insectos que hallaba entre ellas. La Zoología le interesaba más vivamente que la Botánica; primero seguía con la vista a una hormiga; luego osaba tocarla, y a veces, ¡oh criminal empedernido!, la despachurraba de un taconazo si la infeliz trataba de escaparse.

Tan, entre tanto, continuaba durmiendo y pa-pando moscas. Pito, anhelante y aplicado a lo suyo, bufa que bufa, como si la labor fuera muy dura, seguía a la hormiga o a otra hormiga, si a la anterior la había borrado del libro de los vivos, y al verla desaparecer en el hormiguero quedábase pensativo y como defraudado por el chasco que la desaparición del insecto le causaba. Pito, caviloso, tramaba la venganza, y al cabo de un rato, después de bien pensada, se levantaba las faldetas y pis... pis... Luego, con el placer de su omnipotencia, contemplaba su obra de desolación y muerte.

Solía ocurrir en estas cacerías dar con alguna pieza de gran porte, una lagartija, por ejemplo; entonces reclamaba la colaboración de Tan, que de un manotazo u hocicazo, terminaba eficazmente el asunto. ¡Qué admiración la que Pito sentía en estas ocasiones por su perro! Le besaba, brincaba de gozo, palmoteaba, y Tan, satisfecho del triunfo, correspondía dando una lengüetada tan formidable al chico, que le dejaba sin resuello; pero Pito no se asustaba, y abrazándose al pescuezo de Tan le cantaba la

Nana, como se la cantaban a él para dormirle. Luego, sentados el perro y el niño cara a cara, se miraban el uno al otro. Murmuraba cosas sin sentido Pito, alzaba las orejas Tan para oír bien... Entonces era cuando se hablaban.

Cansados del lugar donde se hallaban, Tan tomaba la iniciativa, se desesperaba y lanzaba un bostezo. Bostezaba también Pito y se ponía en pie. Entonces el perro ladraba de alegría, hacía fiestas al niño, jopeaba vertiginosamente, daba algunas carreras locas y después de desfogarse marchaba al paso del chico, yendo de los límites de la gran huerta. Andando, andando, unas veces hallaban la monotonía de la paz; otras, las aventuras salían a su encuentro; pero siempre bajo el amparo de la felicidad, que era su diosa. Andando, andando, contemplaban a los pavos reales que, ufanos, hacían la rueda de su cola, y andando llegaron al

prado donde pastaba la Mamá con su chivo. Mamá Cabra era la nodriza de los chicos del hortelano, y al ver a Pito corrió hacia él, abrió las patas traseras y ofreció al niño la teta henchida de jugo. El chivo, harto de mamar, no se opuso al regalo, y el niño aceptó gozoso la ofrenda que Mamá Cabra le brindaba, y entre los tres animalitos, tumbado panza arriba, mamó con delicia de la ubre. Después de una prolongadísima teta, en la paz de la hartura, con el rostro de rosa salpicado por las gotas albas de la leche, quedó en reposo, sumergido en la esmeralda de la hierba, confundiendo el oro de sus cabellos con el de los rasantes rayos de sol que, próximo a su ocaso, segaba con una hoz de luz el haz de la pradera.

Feliz y pródigo el príncipe, sacó de la faltriquera un cantero de pan recocho y lo repartió entre su grey, que la tenía en corro.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

En el cuartel de bomberos



El jefe del cuerpo de bomberos de Montevideo, acompañado del jefe de policía de la capital, señor Jacinto Fernández, del coronel Graneros, jefe del cuerpo de bomberos y de otros altos funcionarios de las reparticiones nombradas, momentos antes del banquete con que fué obsequiado aquel jefe visitante.



Escuela de enferme- ras de la Cruz Roja

La comisión de la Cruz Roja Argentina, de la sección 16, señoras Arminda E. M. de Veyga, María Luisa E. M. de Roldán, Carmela Horne Arriola de Burmeister y señoritas Estela Basail Martínez, Arminda de Veyga, María Carmen Burmeister, acompañadas de la directora de la Escuela de Enfermeras de dicha sección, señorita Amalia Clusellas y de las enfermeras egresadas: Magdalena C. de Gómez, Herminia López, Clara Quirin, Amalia Rivas de Dantas, Anita V. de Maincolo, Isabel Quiroga, Juana Alfaro, María Bordón, Blanca Meyer, Julia Izura, Merope Ferry, Alice Parker, Alma Meyer, Carmen González, Rosa Ruhl, Angela Pupio, Dominga Alarcón.

Conferencia del Dr. Manuel García Miranda



Bajo los auspicios de la Asociación Patriótica Española, el vice-cónsul de España, doctor Manuel García Miranda, pronunció una conferencia que versó sobre el tema: "Un precursor de la juventud española: Angel Ganivet".—A la izquierda: en conferenciante. A la derecha: vista de la concurrencia que asistió al acto.



Demostración

Con motivo de la reciente aparición de los libros de versos "Llama interior" y "Sol de otoño", originales de los conocidos poetas Félix B. Visillac y Bartolomé Galíndez, respectivamente, un núcleo de compañeros y amigos de dichos escritores, les obsequió con una comida íntima, que fué servida en el Restaurant Comercio Larra. — Durante el acto, que transcurrió en un ambiente de cordial camaradería, recitaron poesías los señores Edgardo E. Auzón, Francisco Gallardo Sarmiento, Ricardo M. Llanes, Félix B. Visillac, Bartolomé Galíndez, Amado Villar y Fermín Estrella Gutiérrez. — Vista parcial de los comensales.

Festival familiar en el Club Sportivo Barracas



Conmemorando el décimotercero aniversario de la fundación del Club Sportivo Barracas, esta institución organizó un lucido festival familiar, que tuvo efecto en el local de la asociación.—Señoras de Blaquier, Peña y Alonso Mugica; y señoritas de Ramos Mejía, Llambí, Campbell, Quiroga, Funes, Lastra, Villamil, Gálvez, Pontaut, Spraggon, Hernández y otras, que dieron brillo a la fiesta.—Abajo: un aspecto de la concurrencia.



Concurso de tiro en el Gun Club

En el Stand de Tiro del Gun Club, situado en Rivadavia, se realizó un concurso de tiro a la paloma, a beneficio de la Sociedad de Damas Protectoras del Obrero.—De izquierda a derecha: señor Pini, que alcanzó el segundo premio; el señor Bernasconi, vencedor en el torneo, recibiendo de manos de la señorita Llambías la copa destinada al ganador; señor Luro Balmaceda, a quien correspondió el tercer premio.

Inauguración de un restaurant

Los señores Migoya y Compañía, propietarios del restaurant "El pabellón del balneario", ofrecieron a sus relaciones un banquete, con motivo de la inauguración oficial del mencionado establecimiento, situado en el quiosco 17 del balneario municipal. — A la izquierda: un detalle de los comensales; a la derecha: personas que concurrieron al acto.



NOTAS DE ITALIA



Recientemente se efectuaron en Montecelio pruebas prácticas, con el paracaídas "Salvator", aparato cuya invención se debe al técnico Furmanik.—A la izquierda: el piloto aviador teniente Freri, momentos antes de elevarse en el aeroplano desde el cual se arrojó con éxito, provisto del paracaídas de referencia.—A la derecha: el mencionado oficial explicando a su alteza real, el duque Delle Puglie, las características del aparato "Salvator".



El jefe del gobierno italiano, señor Mussolini, recostado sobre un Caproni, conversa con el señor Piccio, jefe de estado mayor de la Real Aeronáutica, en el campo de aviación de Monticelio.
(Fots. La Fotográfica y Bragaglia.)



La "Copa d'Italia", donada por el ministro de Aeronáutica, como premio en la carrera internacional para aeroplanos de turismo.

TEATROS



Vera Vergani.



María Korda.



Martha Abba.



SOCIALES



Enlace Salazar - Piombo.



Enlace Maschwitz - De Anchorena.



Enlace Podestá - Chiappe.



Señorita Clotilde Rovero, recientemente desposada con el señor Sabino G. Frontera.



Enlace Berlingeri - Boquette.



Señorita Romilda D'Ajello, cuyo matrimonio con el ingeniero Dante I. Casale, se efectuó últimamente.



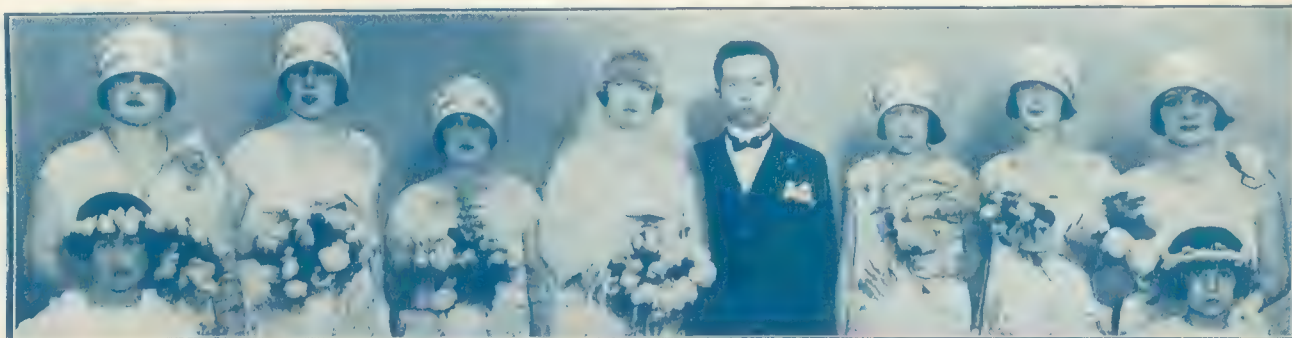
Los contrayentes, señorita Aída Moreno y el ingeniero Raúl Oliveira.



Señorita Lía Esther Soldani, recientemente desposada con el señor Martín Urtasún.



La señorita América Fellini y el señor Luis Bartolomé Muzio, después de su matrimonio.



Enlace Barrios - Macchi.





Actualidades cinematográficas



Edward Everett Horton, Virginia Lee Corbin y Otis Harlan, en la cinecomedia Jewel "¡Qué escándalo!", que la Universal estrenará el 19 del corriente.



Marcel Vibert y Suzi Vernon, en la producción Baroncelli "Nítchevo", que en su programa Splendid distribuye desde anteayer la New York Film.



Escena de "Sentidas ocultas", cinedrama Rialto interpretado por Gloria Grey, Arthur Rankin, Mary Carr y Jano Thomas, que la General estrenará el domingo próximo.



Vea en los principales salones la película del match

Dempsey-Tunney

Tomada por 10 operadores desde todos los lugares del ring-side

Universal Pictures Corporation



Escena de "El correo aéreo", cinedrama del cual es protagonista Al Wilson, y que Glücksman estrenará mañana.



Anne Q. Nilson y Lewis Stone, en el cinedrama extra, de diez estrellas, "La habladora", que Glücksman estrenará el jueves próximo.



Laura La Plante y Einar Hansen, en "¡Qué noche aquella!", divertidísima comedia Jewel, que la Universal estrenará el viernes próximo.



Margarita Livingston y J. Farrell Macdonald, en "Mal del corazón", cinedrama que la Fox estrenará pasado mañana.

La Escuela de Maestros Rurales, de Villa María



Hace seis años se fundó en Villa María (Córdoba), la Escuela Normal de Maestros Rurales, importante institución que actualmente cuenta con un crecido número de alumnos internos, que cursan los correspondientes estudios para optar al título de maestro rural. En dicho establecimiento se dictan clases de agricultura, horticultura, arboricultura, apicultura, cría de cerdos, carpintería, herrería, albañilería, mecánica, etc., siendo su método objetivo-práctico-experimental. — Ocupa la dirección de la escuela el señor Rodolfo Moyano Gacitúa, a quien secunda, en carácter de vicedirector, el señor J. R. Ruarte. — Frente del establecimiento y un grupo de alumnos del primer curso.



Taller de carpintería.



Señor Rodolfo Moyano Gacitúa, director de la Escuela.



Alumnos practicando con motores eléctricos.



Una vista de los gallineros y alumnos que cursan la enseñanza avícola.



Durante una clase práctica de agricultura.
(Fots. Roberto Durán).

Centro de Clases de la Armada



Organizado en honor del periodismo metropolitano, el Centro de Clases de la Armada Nacional, realizó en sus salones una fiesta social, que alcanzó buen éxito.—Un grupo de concurrentes al festival.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



Algunas de las parejas concurrentes al baile realizado en el Club Social.



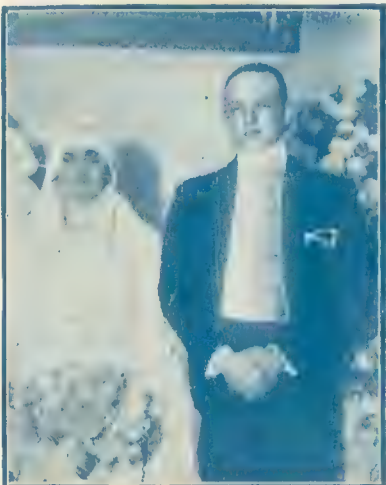
Un número de la fiesta organizada por la escuela normal número 2, a beneficio de la Casa del Niño, y efectuada en el teatro Empire.



Un aspecto del banquete ofrecido al ingeniero señor Carlos J. Hartkopf, con motivo de su traslado a Santiago del Estero.



Enlace de la señorita Angélica Funes Freyre con el doctor Carlos Montyn.—Los contrayentes y algunos invitados.



Enlace Fanny Mackey - Fermín Lejarza



Enlace Drincovich - Campanile.



NECROLOGIA.—Señorita Maria Esther Apeggiani.



NECROLOGIA.—Señorita Elvira Plácida Bruni. (Fots. Flores Toledo).



Información gráfica del interior



NICOLAS BRUZZONE (F. C. P.)—Personas que integraron la comisión de fiestas populares, realizadas en dicha localidad, con motivo del Día de la Raza.



LA PLATA.—La señorita Agustina Fonrouge, profesora de declamación, que presentó a sus alumnas en una audición poética, obteniendo un brillante éxito.



NECOCHEA.—Señorita Plácida Galparsoro, de la sociedad necochense.



MENDOZA.—Grupo de aviadores que resultaron designados en el sorteo verificado para realizar el proyectado raid de las catorce provincias, que se iniciará en breve.



TANDIL.—La señorita Angela Di Fonzo Marolla, que contrajo enlace con el señor Félix Romero.



MENDOZA.—Estado en que quedó el hangar del campo de aviación "Los Tamarindos", a consecuencia de los últimos temporales.

(Fots. Nieto, Capra y Pi.)



SAN RAFAEL.—Cabeza yacente del doctor Jorge Olbrich, distinguido educacionista, cuya muerte ha sido muy lamentada.

Un brillante rayo de sol se escurría a través del follaje que formaba una tupida glorieta en el parterre y llegaba a tocar el umbral de la ventana abierta. Mary Langley incorporóse a medias y luego, dejándose caer de nuevo en la silla, extendió la mano y extrajo un cigarrillo egipcio de la caja que tenía delante de sí.

Hacia sólo tres meses que había llegado a Egipto después de sus bodas, pero ya el primer encanto romántico del medio ambiente pasó y el matrimonio comenzaba a disiparse, dando paso a una intranquilidad insoportable casi rayana en el descontento.

En lo más íntimo de su corazón Mary comprendía lo necesario que era que Juan dedicase todo su tiempo al cuidado de sus intereses, pero ni ese conocimiento ni el amor sincero hacia su esposo podían acallar aquella suave voz subconsciente que la impelía constantemente a pensar cómo habría hecho para soportar aquella vida solitaria antes de que ella hubiera venido a hacerle compañía.

De pronto se levantó y anduvo recorriendo a la ventura las habitaciones de la casa que parecían no verse libres, ni por un instante, de la presencia de los sirvientes nativos vestidos de blanco... Pasó de una pieza a la otra hasta que por último se encontró en el cuarto de vestir de su esposo. Todos los objetos allí existentes le eran penosamente familiares, pero como siempre, el enorme escritorio situado en uno de los rincones acabó por atraer su atención. Lo designaba con el nombre de "armario de Barba Azul" porque en aquel mueble había un cajón que jamás viera abierto.

Atravesó la habitación y notó, con un estremecimiento, que la llave estaba colocada en su cerradura. Durante los breves instantes de vacilación que se siguieron pensó que Juan jamás en su vida le había escondido un secreto, y por lo tanto nada de malo habría en que echara una rápida mirada a su contenido.

Sus dedos se dirigieron hacia la llave; oyóse un suave clic y el cajón se abrió. ¡Qué cantidad de cosas sin valor contenía! Sobre aquel maremagnum había un paquete de papeles en que se leía una frase ya borrosa por el tiempo: "La leyenda de N'go", la punta de un cuerno de ante en forma de frasco, uno o dos cuchillos viejos de modelo poco usual, y una pequeña caja forrada de cuero y asegurada con un resorte.

Mary tomó la caja con desprecio, y apretó el resorte. La tapa se abrió dejando ver la miniatura de una mujer joven, parecida a ella, pero todavía más hermosa. Era el colorido lo que acentuaba la diferencia. El cutis del semblante fotografiado era de un rico matiz moreno bronceado que parecía hablar de amor, de pasión y de la exótica tibieza de los trópicos. La piel de Mary todavía no había adquirido ese rico colorido por efecto del sol africano.

De la cara, la joven señora dirigió su atención al extraño vestido que lucía la mujer de la miniatura. El traje, que podría haber sido el de una sacerdotisa, era rojo y dorado, sujetado en la parte en que los pliegues se cruzaban sobre el pecho, por un broche representando a ese temible insecto, — el destructor cortón, — de cuya ponzoña los pigmeos destilan el veneno con

LA MUJER SECRETA

Por Sax Rohmer

el cual saturan la punta de sus lanzas. En cada una de sus manos la mujer tenía un cuerno de ante y sobre su cabeza lucía una corona de oro en cuyo frente se veía un cortón de tamaño natural.

germinar en su corazón. ¿Quién sería esa mujer? ¿Por qué su marido conservaba esa miniatura?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de uno de los sirvientes que le anunció que

Pidan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

Por un largo rato Mary permaneció inmóvil contemplando aquellas facciones, mientras las primeras semillas, diminutas e imperceptibles, de la duda, comenzaban a

el almuerzo estaba servido. Casi simultáneamente oyó el ruido de los cascos de un caballo que se acercaba y comprendió que Juan había regresado.

Los genios de las murallas

Entre los siameses existía una superstición, que dió origen a una costumbre de tremenda crueldad. Para hacer invulnerables las ciudades y murallas, enterraban en los cimientos a unos hombres, a quienes por tal circunstancia aplicaban la denominación de "phi".

Eran los "phi" considerados como genios o demiurgos, y antes del tremendo sacrificio se les obsequiaba con la mayor esplendidez, y cuantos asistían a la ceremonia, desde el monarca hasta el último ciudadano, les rogaban que vigilasen atentamente las puertas e hicieran fracasar cuantos asaltos intentasen los enemigos.

— ¡Mary! — exclamó mientras subía los escalones que conducían a la terraza, dejando ver un cuerpo de elevada estatura y lleno de vitalidad. — ¡Hola! — agregó en el momento en que ella penetraba al comedor. — He estado fijándome para ver si podía distinguir tu silueta desde un kilómetro de distancia, pues creí que estarías en el parterre, esperándome como de costumbre.

Su aspecto era el de un hombre simpático, y a pesar de que la pequeña duda estaba todavía allí, el corazón de la señora se llenó de alegría al verlo.

— He estado explorando — le contestó con voz suave. — Y ahora ya sé lo que Barba Azul guarda en su armario. Juan, Yo siempre te dije que llegaría a descubrirlo por mí misma uno de estos días.

La expresión en el semblante de Juan cambió instantáneamente; en sus ojos brilló una mirada hosca y sus labios se contrajeron. Mary, no obstante, hizo caso omiso a esas señales de peligro.

— ¿Quién es, Juan, esa dama misteriosa? Yo nunca sospeché que fueras capaz de semejante cosa mientras esperaba pacientemente en Inglaterra a que construyeras un hogar para mí en esta tierra.

— No seas tonta, querida. Esa miniatura es un viejo recuerdo de familia — respondió con aire de persona que desea poner fin a una conversación que le es desagradable.

Mary tenía conciencia de un vago temor. ¿Quién sería la mujer de la miniatura?

En la soledad de los días que se siguieron, el problema de la mujer secreta, como ella había dado en llamarlo, rara vez se ausentaba de la mente de Mary.

Le habría gustado volver a contemplar aquella miniatura y hubiese llegado hasta sentirse tentada de leer por sí misma "la leyenda de N'go", pero eso le resultaba imposible, pues la llave del cajón de aquel armario de Barba Azul, estaba siempre en poder de Juan, que la llevaba en su llavero.

Y así, el primer celaje se cernía sobre el límpido firmamento de sus vidas.

A medida que los días transcurrían, aquella nube asumía proporciones más siniestras.

El día de la llegada del correo, aquellas regiones desoladas de África, — recibió una carta de Mauricio D'Arcy, que había venido en el mismo vapor de Mary. Anunciaba su próxima visita desde Nairobi y le expresaba sus deseos de saludar a su marido, noticia que hizo sonreír a Juan sardónicamente.

En su oportunidad llegó D'Arcy. Su visita fué muy grata para Mary, pero a Juan no le resultaba agradable su huésped. Varias veces salieron juntos a cazar haciendo arraigar por momentos con mayor intensidad en el corazón de Juan la convicción de que aun cuando D'Arcy pudiera ser un gran cazador, no era persona con quien pudiera contar estando en situación apretada. Sospechaba, además, que estaba enamorado de Mary.

Cuando no cazaban, ambos hombres recorrían a caballo la vecindad de manera que la soledad de Mary no se veía aliviada en forma alguna. Y siempre, en el fondo de su mente, bullía el recuerdo de

aquella miniatura encerrada en el escritorio de su marido. Fué la necesidad de distracción la que indujo un día a poner en orden el depósito donde Juan guardaba una diversidad de trofeos de caza compuestos de cabezas de animales, pieles, colmillos y varios objetos deportivos. Debajo de un montón de cosas inservibles en un rincón, descubrió un antiguo cofre forrado de estaño.

Después que los nativos que la ayudaban en el trabajo hubieron retirado el cofre llevándolo a la luz, abrieron la tapa dejando a la vista su contenido. ¡Eran vestidos exactamente iguales a los que lucía la mujer de la miniatura!

Pieza tras pieza, Mary levantó las vestiduras color escarlata hasta que encontró una caja en la que le pareció se hallaba la corona de oro y el broche en forma de corazón, que usaba la mujer secreta.

Al ver estas cosas, su corazón dejó casi de latir. No había duda de que Juan tenía poderosas razones para esconder la identidad de la mujer secreta.

Vigiló a los nativos que terminaran de poner en orden las cosas en el depósito, pero no le dijo ni una palabra a su marido acerca del nuevo descubrimiento que había hecho.

Dos días más tarde Juan y D'Arcy salieron a una partida de caza que los mantendría alejados varios días, y entonces Mary, por la primera vez en su vida, experimentó un verdadero terror. Una vez que los hombres se hubieron ido, fué a pasear por el jardín, y después de cenar sola se sentó en la terraza, donde la suave oscuridad no fué capaz de traer la paz a su alma. La noche se hallaba cargada de terrores ocultos, y no tardó en retirarse al interior; despachó a sus sirvientes y después de cerrar las puertas las aseguró fuertemente.

A medianoche fué despertada por un rugido inexplicable y entonces le pareció que todas las fuerzas invisibles se habían aliado contra ella. En la noche se oían innumerables ruidos. Le parecía tener seguridad de que alguna persona se movía furtivamente alrededor de la casa y de pronto se sintió poseída de un terrible presentimiento de que alguien la vigilaba atentamente. Pero nada podía ver porque la luna estaba oculta detrás de unos espesos nubarrones, y permaneció allí tendida, con los ojos fijos en el pequeño cuadrado formado por la ventana a través de la cual se veían las estrellas.

Poco a poco la luz se hizo más intensa. Por último la luna brilló, y poseída de un profundo terror pánico, vió una figura que se vislumbraba en silueta por la ventana. Con mano temblorosa buscó y encontró la linterna eléctrica que siempre tenía lista para casos de emergencia sobre un pequeño velador al lado de su lecho. El temor a lo desconocido la mantuvo inmóvil por un instante más, pero luego apretó el botón y a los rayos brillantes de la luz de la linterna alcanzó a divisar el semblante de la mujer secreta.

Cuando llegó la mañana y Mary fué al depósito, encontró el antiguo cofre que contenía las vestiduras, en perfecto desorden. Sin embargo, la mujer secreta estaba vestida con la misma ropa que lucía en la miniatura.

Por un instante luchó con bravu-

ra contra sus temores, pero finalmente comprendió que no podría pasar otra noche sola en la casa, y fué al alojamiento de los sirvientes en busca de un mensajero para enviar a buscar a Juan. Encontró casi de inmediato al hombre que buscaba; pero se sintió perturbada por la presencia de varios pigmeos que se apresuraron a retirarse al verla.

La presencia de esta gente hizo que Mary se sintiera vagamente inquieta. Desde hacía algún tiempo había notado la forma extraña en que los nativos la contemplaban, y más de una vez, cuando saliera a caballo en compañía de su esposo, había visto a los pigmeos de la selva, por lo general tan reacios a dejarse ver por los blancos, acercarse a ella para contemplarla con ojos interrogadores.



EL.—Un médico asegura que la vida sería más larga si camináramos sobre la punta de los pies.
ELLA.—¿Pero tiene que ser sobre los de los demás?

Al oscurecer, D'Arcy regresó solo. Juan, le dijo, había sido llamado la noche anterior para atender a un nativo enfermo en la vecindad, y pareció extrañarse de que no hubiese llegado antes a la casa. Mary envió a buscar al mayordomo de los sirvientes y le requirió noticias de su marido, pero Mboyu nada sabía de su patrón ni tampoco tenía noticia de que alguno de los habitantes de la Shamba hubiese

estado enfermo. Cuando el nativo se hubo retirado, Mary se volvió impulsivamente hacia D'Arcy.

—¿Qué quiere decir todo esto, Mauricio? — le preguntó con inquietud. — ¿Qué es este misterio que está comenzando a rodear mi vida?

—¿Qué misterio? — inquirió el interpelado.

Cuando le hubo relatado el descubrimiento de la miniatura, los vestidos y la corona, agregando a todo ello la historia de la cara que la había contemplado a través de la ventana en la oscuridad de la noche, D'Arcy adquirió una expresión de gravedad hasta que una sonrisa desagradable se dibujó en sus labios.

—Yo no le daría mayor importancia a la cosa, si fuera usted,

Mary estaba sentada e inmóvil, pero el color desaparecía de sus mejillas. Palabras furiosas, nacidas de la verdadera lealtad hacia el hombre a quien amaba, llegaron hasta sus labios, que no fueron pronunciadas; esas pequeñas semillas de la duda estaban germinando cada vez con más fuerza en su corazón.

—Voy a ir a mi habitación; estoy muy fatigada — dijo en tono quejumbroso. — Y me duele la cabeza terriblemente.

Antes de que pudiera incorporarse, D'Arcy atravesó rápidamente la habitación y apoyó su mano en el hombro, indicándole que permaneciera en aquel sitio.

—¡Pobre joven! — murmuró. — Es una desdicha para ustedes dos que haya ocurrido esto. Todos los hombres tenemos esqueletos del pasado en nuestros armarios y sólo depende de la suerte que ellos se descubran o no.

Mary elevó las cejas con esperanza.

—No deberíamos creer una cosa como esa de Juan hasta que no tengamos pruebas absolutas — dijo lealmente.

—No obstante lo cual, para lo más íntimo de su corazón usted lo cree.

—¡No lo creo! ¡No lo creo!

Nuevamente aquella sardónica sonrisa se dibujó en los labios de D'Arcy mientras hablaba.

—Usted tiene la venganza a mano. Su esposo no es el único hombre que la ama.

La señora levantó la vista y como viera la luz de la pasión que fulguraba en sus ojos, se apresuró a levantarse y salió de la habitación sin pronunciar otra palabra.

A la mañana siguiente regresó Juan. Mary se hallaba sola en su dormitorio cuando entró, e inmediatamente dió rienda suelta a los pensamientos que ya habían comenzado a torturarla.

—¿Dónde has estado? — le preguntó. — Mauricio ha regresado y me dijo que habías sido llamado para ir a ver a un nativo enfermo.

—Es lo cierto — respondió Juan con tranquilidad.

—No obstante lo cual, Mboyu me dice que no hay nadie enfermo en la Shamba.

El marido contempló a su esposa durante un largo rato.

—Lo que Mboyu sabe o ignora me interesa muy poco — le contestó, volviéndose para penetrar en su escritorio. Un momento más tarde Mary lo oyó cantar alegremente mientras tomaba el baño. Este hombre, que manejaba con tanto tacto sus propios asuntos y no daba explicaciones ni permitía que se interpusieran en su camino, era un Juan completamente nuevo para ella, y contra él comenzó a sentir algo más que un resentimiento pasajero.

Mientras se hallaba sola en el comedor entró D'Arcy, siendo evidente que había escuchado la conversación.

—Entonces su esposo se niega a darle explicaciones — dijo sonriendo. — ¿Sabe usted con qué nombre la han bautizado los nativos?... La llaman a usted: Mwananké-wapili, que quiere decir: "la segunda mujer". Ahora, ¿puede usted seguir dudando?

¡La segunda mujer!... ¿Entonces había existido otra mujer antes que ella? Sin embargo, Juan se había casado con ella sabiendo que en su opinión un hombre blan-

LO ETERNO

La corona de espinas que desgarró tu frente, desgarrará la nuestra inexorablemente.

Como tu pecho, el nuestro se abrirá en cien heridas.
¡En vano imploraremos con frases doloridas!

Morderá nuestras almas tu infinito pavor,
morderá nuestra carne tu infinito quebranto.
Y llameante de sed, lívida de clamor,
beberá nuestra boca la ardiente sal del llanto.

No hay angustia, no hay fiebre, desmayo, abnegación,
que no sintieras Tú en la crucifixión.

Deshecha por el clavo, rígida, ha de sangrar
nuestra mano que sólo anheló consolar.

Mas... ¿cómo maldecir nuestro inmenso dolor,
si él nos trae, día a día, tu recuerdo, Señor!

GASTON FIGUEIRA.

co que se olvidara de sí mismo hasta el punto de tener relaciones con mujeres nativas, era menos que una bestia.

D'Arcy apoyó una mano sobre su hombro.

—Más de una vez le ofrecí el medio de salir de esta dificultad — le dijo; — pero usted no quiere repararlo.

Mary titubeaba irresoluta entre dos dudas. La vida de Juan, aunque todavía lo amaba, era una cosa secreta y apartada de la suya propia, mientras que este otro hombre, que la atraía tan extrañamente, estaba, en apariencia, dispuesto a sacrificar todas las consideraciones de orden social, moral y financiero para dedicar su vida a ella.

—Hable con claridad, — le dijo la señora. — ¿Cuál es ese plan que usted indica?

—Los vestidos escarlata y la corona de oro de la mujer secreta, se hallan todavía en el depósito, ¿no es así?

—Sí.

—Y usted me ha dicho que el semblante de la mujer de la miniatura tiene un extraño parecido con el suyo, lo cual no dejo de creerlo puesto que los hombres a menudo tienen preferencia por un tipo de mujer en sus asuntos amorosos.

—¿Y bien?...

Nuevamente los labios del hombre dibujaron una sonrisa desagradable, pero Mary no la notó.

—Póngase el vestido escarlata y la corona de oro — le dijo — y venga repentinamente a la terraza esta noche. Entonces veremos lo que su marido hace. Yo lo dejaré solo, pero estaré de cerca de él vigilando.

Por un instante ella nuevamente titubeó; pero luego movió la cabeza en sentido afirmativo.

Esa noche, después de la cena, cuando los hombres llevaron los cigarrillos a la terraza, donde fué servido el café como de costumbre, Mary se escurrió sigilosamente a su habitación murmurando una palabra de excusa. Poco después D'Arcy penetró en la casa con el pretexto de ir a buscar su pipa y Juan quedó solo. Durante un momento permaneció cavilando: por una parte estaba contento de encontrarse solo, pero aún en esos breves minutos extrañaba la presencia de Mary. Habían sido tan felices antes de la llegada de D'Arcy, y pensaba si no habría llegado el momento de hacer entender a su huésped que su permanencia en aquella casa no debía ser prolongada indefinidamente.

En su mente pasaba revista a todas las circunstancias que habían dado motivo al enfriamiento de sus relaciones con Mary. De pronto comprendió que todas las dificultades habían surgido desde la llegada de D'Arcy, pero más especialmente desde que su mujer encontrara aquella antigua miniatura en el cajón que siempre mantenía cerrado con llave. Un suave suspiro se escapó de sus labios y una luz tierna brilló en sus miradas. Alguna fuerza extraña le obligó a fijar su vista en el extremo más lejano de la terraza, donde le pareció ver una figura nebulosa que se movía entre las sombras. Desde el jardín que se extendía más allá llegó el eco de pies que corrían; luego un rayo de luz, penetrante como el agudo filo de un cuchillo, llegó desde una habitación cercana, permitiéndole ver la mujer secreta, que emergía de las sombras como una nube roja...

—¡Alie!

Su nombre brotó de los labios con incredulidad y sorpresa, mezclada de temor. La visión se detuvo vacilante, pero no habló; sólo el pecho subía y bajaba, mientras las antenas de los cortones destructores en la frente y el pecho se balanceaban a impulsos de la suave brisa, y los ojos malignos de esos insectos de oro parpadeaban a la luz de la lámpara... La mujer comenzó a avanzar de nuevo; luego, algo que se hallaba agazapado en las tinieblas saltó sobre ella, y en un instante se vió rodeada de pig-

a oír el suave e insistente redoble de los tambores de los nativos. Apareció un sirviente y le entregó un revólver a su patrón. Juan, seguido de D'Arcy, saltó hacia las tinieblas, cruzó el jardín y corrió por el bosque. Delante de ellos resonaba aquella terrible risa, y a su alrededor el bosque parecía estar poblado de ruidos y extraños movimientos. Por un instante siguieron avanzando, y a cada momento la extraña sensación de algo misterioso parecía envolverlos con más insistencia. Por último, D'Arcy hizo alto.



menos. Oyóse una exclamación de profundo terror, y una terrible cargada, mientras un enorme salvaje desnudo, con un enorme cortón tatuado en su pecho, la tomó en sus brazos y saltó fuera de la terraza seguido de los pigmeos, antes de que Juan pudiera intervenir.

En el momento en que se ponía de pie de un salto, D'Arcy apareció saliendo del comedor. El sudor brillaba en su frente y en la mano temblorosa empuñaba un revólver.

Juan levantó la mano para imponerle silencio y se inclinó hacia adelante, escuchando atentamente por si percibía algún ruido, pero la noche estaba extrañamente silenciosa.

De pronto, de lo lejos, alcanzaron

—No puedo seguir más adelante — dijo. — No me atrevo; todo esto es demasiado sobrenatural. ¿Quiénes eran esos demonios que se la han llevado?

Juan echó una mirada de consideración sobre su compañero y prosiguió solo. Poco después el eco de sus pasos se perdía a la distancia y D'Arcy regresaba hacia la casa avergonzado, echando miradas aprensivas a todos lados.

En el momento en que regresaba, una banda de nativos armados pasó a su lado. Aterrorizados como estaban, los sirvientes negros de Juan no pensaban abandonar a su patrona en la hora del peligro. Estos negros avanzaron con rapidez y después de un rato oyeron débiles ruidos delante de ellos, pero al de-

tenerse a escuchar éstos se hicieron cada vez más lejanos, hasta perderse por completo. Ya nada se oía, a pesar de que aguzaban los oídos hasta el grado máximo de intensidad. Prosiguieron su marcha y después oyeron un rumor que los hizo correr rápidamente. Eran tres estampidos penetrantes, una pausa, y otro tiro. Luego el silencio. Comprendían que su patrón había caído en manos de los pigmeos. Los nativos volviéronse pesarosos y regresaron pensativos a sus alojamientos.

* * *

Juan, con las manos atadas a la espalda, era conducido por la vereda del bosque y obligado a apresurar el paso mediante infinidad de puntas de lanzas que se clavaban en sus carnes.

Por último llegaron a un espacio descubierto, en cuyo centro se veía un tosco altar. Detrás de él, y sosteniendo su peso en las manos, vió, no a la mujer secreta, sino a Mary, su esposa, y a su lado, de pie, un viejo pigmeo. A su derecha se hallaba el corpulento nativo que la raptara.

—¡Ah, bwana! — dijo burlonamente el pigmeo. — Ya ves que hemos rescatado a nuestra sacerdotisa, a pesar de todas tus precauciones.

—Esa mujer no es la sacerdotisa de N'go — dijo Juan — sino mi propia esposa vestida con su traje.

—Sabemos — respondió el pigmeo — que la que está aquí de pie ha pasado ante el mundo como tu esposa durante todas estas lunas; pero también sabemos quién es en realidad. Es difícil, bwana, engañar los penetrantes ojos de los moradores de la selva, que ven mejor en la oscuridad.

—Debe ser verdaderamente muy oscuro este bosque — repuso Juan resentido — si ustedes pueden verlo como existe.

La voz tenía un tono tal de convicción que el viejo pigmeo titubeó por un instante, como si ya no estuviera seguro. Luego apoyó su mano en el brazo de Mary, como si quisiera asegurarse por sí mismo tocando su carne palpitante.

—Si esta mujer no es la sacerdotisa, — dijo. — entonces pruébanos que no lleva en su cuerpo la señal de N'go, el dios cortón destructor.

El semblante de Juan se enrojeció de furor.

—¿Creen usted — les dijo — que expondré el cuerpo de mi mujer a las miradas de semejantes monos de la selva como ustedes?

El pigmeo hizo un gesto.

—Entonces ella, se quedará con nosotros para volver al servicio de la tribu.

—No — repuso Juan, — porque compraré su libertad con mi vida.

En ese momento Mary se emocionó ante la magnitud del sacrificio ofrecido, y su última duda se desvaneció.

Juan podría haber cometido todos los pecados y errores posibles, pero ella era su mujer de la misma manera que él su marido, y lo único que deseaba era sentir nuevamente sus calurosos abrazos.

En el silencio que se siguió, el corpulento nativo con el cortón destructor tatuado sobre su pecho, avanzó un paso hacia Juan, sosteniendo en la mano un cuchillo de siniestro aspecto. Antes de que pudiera poner en práctica su terrible intención, reflejada claramente en sus miradas, produjo una nueva pausa.

VIDA INTERIOR

—Si el orgullo nos ciega, aún en las cosas más simples llegaremos a la torpe ridiculez.

—Sobre los éxitos efímeros, a que puede llevarnos la vanidad, está la obra orgánica que cuesta ruda labor a la inteligencia.

—Olvidemos las contrariedades; aniquilemos las inquietudes y busquemos la serenidad.

—La felicidad es obra de nosotros mismos.

—En tu rincón hospitalario no olvides nunca a tus libros predilectos.

—Aún en horas de hastío son insoportables los indiferentes.

—Numerosos ilusos, por fatuidad enfermiza, resultan aún más pequeños de lo que son.

—El prurito de universalidad es uno de los fomentadores de la pedantería.

—¿Puede pedirse algo más insoportable que la disertación de un erudito a la violeta?...

—Hay actitudes tan estúpidas que nos resultan más que bufonadas.

—Frente a los casos de ostentación nos queda el desdén, o la piedad de una sonrisa benevolente.

OSCAR ALBERTO IBAR.

El murmullo de las hojas al borde de aquel claro del bosque se hizo más oíble.

Las ramas se abrieron y una mujer presentóse a la luz de la hoguera; su aspecto era muy parecido al de Mary y se hallaba igualmente vestida con un traje escarlata y oro, con los mismos ornamentos. Oyóse una exclamación de asombro que partía de los nativos, el silbido del aliento aspirado con rapidez por Juan y en seguida la mujer secreta habló:

—Yo soy Alie, la sacerdotisa hereditaria del dios N'go — dijo — y regreso al servicio de la tribu por mi propia voluntad. Seguidme, ¡oh pueblo mío!, dentro de la espesura de la selva que es nuestra. ¡Mirad el signo del dios! — La mujer abrióse el vestido por un instante dejando ver sobre su pecho el tatuaje de un cortón destructor que resaltaba en el fondo bronceado de su piel.

—¡Ah, no, no! — gritó Juan. — No regreses a ellos, Alie. Piensa en todos los planes que hemos hecho. Ella volvióse, y en sus ojos brillaba una amorosa mirada.

—Tú sabes que yo estoy sola, ahora, hermano — le dijo, — y por lo tanto regreso a mi tarea, para que ella, la que es tu mujer y está allí vestida con mis atributos pueda regresar y hacerte feliz otra vez.

Y avanzó cantando a través del claro del bosque; cuando desapareció en el extremo opuesto, los pigmeos y el gran guerrero la siguieron.

Mary continuó por un instante con la vista fija en su marido, y en seguida corrió hacia él y le cortó las ligaduras.

—¡Oh, mi amado! — dijo quejumbrosa. — ¿Qué es lo que hice? ¿Qué es lo que he hecho?

—Es demasiado tarde para lamentarlo ahora, Mary — le contestó Juan. — Regresemos a nuestra casa; es menester que te explique el misterio.

Al regreso ella le relató cómo había encontrado el vestido escarlata y oro, y cómo, por indicación de Mauricio D'Arcy, se lo había puesto para probar su lealtad hacia ella.

Cuando llegaron a la casa supieron que D'Arcy ya había montado a caballo para solicitar ayuda en el puesto más cercano. El mensaje que Juan envió detrás de él, una vez que hubo hablado más extensamente con Mary, aseguró que se le impidiera su regreso.

Luego Juan llevó a Mary a su cuarto de vestir, abrió el cajón cerrado con llave y depositó en sus manos el sobre en el cual se leía: "La leyenda de N'go".

—Cuando mi padre vino a este país — le dijo, — para todos los blancos, excepto él, era una región inexplorada. Aquí vino en busca de marfil y encontró la tribu de los pigmeos que adoraban al cortón destructor, a quienes ellos denominaban el gran N'go. Su sacerdotisa era una hermosa mujer mestiza de una familia que ha habitado aquí desde tiempos muy remotos, para servir a su dios pagano. Mi padre se enamoró de esta mujer desde un principio. Cuando la hubo convertido a la fe cristiana la llevó a la misión más cercana y allí se casaron. Pero ella no quiso abandonar esta tierra por temor a que una maldición pudiera recaer sobre ellos. De ese matrimonio nacieron

dos hijos. Mi medio hermano, que ya ha muerto — y que Alie me rogó fuera a visitar en aquella ocasión en que Mboyu te dijo que no había enfermos en esta localidad, — y Alie, a quien los pigmeos trataron en muchas ocasiones de hacer volver al servicio de su dios. Una y otra vez les impedí que llevaran a cabo sus designios y una y otra vez fui amenazado.

—Cuando la madre de ambos falleció, mi padre llevó a los niños a la misión más cercana, para regresar a Europa, donde conoció y se casó con mi madre. Creo que tenía intención de establecerse definitivamente allí, pero el llamado del África era demasiado irresistible para él, y poco después de mi nacimiento regresó aquí, trayéndonos con él. Fué entonces cuando reclamó los hijos de su primer matrimonio a los padres católicos. Desde que él murió ha sido mi obligación cuidar de que Alie, al menos, no

fuera perseguida por los pigmeos.

—¿Pero por qué no me has dicho todo eso antes, Juan? — preguntó Mary.

—Mi querida — le contestó él. — Tú siempre has contemplado los casamientos raciales con tanto desprecio, que no pude menos de creer que podrías llegar a pensar mal de mi padre.

Durante un largo rato la joven permaneció en silencio, y luego un suspiro se escapó de sus labios. Recordaba la cara que había visto por la ventana. Alie había venido esa noche a buscar a Juan para llevarlo a ver a su hermano moribundo, descubriendo que se hallaba ausente.

—¡Oh! — exclamó. — ¡Me es odioso pensar al destino que he condenado a esa criatura!

Juan levantó los brazos con un gesto de silencio y la atrajo hacia sí.

Zorzal de mis montañas

En los ramajes frescos que tanto adoras
y donde moras
señor ufano,
tú lloras cuando cantas, cantas si lloras
zorzal de mis montañas: ¡tú eres mi hermano!

En mi mansión del valle que tanto adoro
y donde moro
señor cristiano,
yo lloro cuando canto, canto si lloro
zorzal de mis montañas: ¡yo soy tu hermano!

Si es en la primavera, si es en invierno,
si es en otoño interno,
si es en verano,
siempre asumes la vida, porque así eterno...
zorzal de mis montañas, eres mi hermano.

Si es en otoño triste, si en primavera,
en verano que fuera,
o invierno insano,
siempre asumo la vida, que en ella entera...
zorzal de mis montañas, yo soy tu hermano.

La virgen novia mía mucho te cuida
y nunca olvida
tu amor pagano,
porque ve en tus ojitos mi alma sentida
zorzal de mis montañas, siendo mi hermano.

La virgen novia mía me pide el fino
verso argentino
de amor serrano,
porque oyéndome... plácida oye tu trino
zorzal de mis montañas, siendo tu hermano.

¡Ah, dicha, suerte, palma, laurel, delicia,
cielo, caricia,
designio arcano,
zorzal de mis montañas, y amor, albricia,
gloria de ser mi hermano, de ser tu hermano!

¡Cantar siempre a la novia, siempre al terruño
con alma y cuño...
como el paisano;
cantar las impresiones nuevas y extrañas
los dos, tú como hermano, yo como hermano
zorzal de mis montañas, de mis montañas!

ALBERTO G. OCAMPO.

Dentaduras Postizas

Se componen en el día

por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

—En esos papeles que tú tienes — le dijo — están marcados todos los escondites que tienen los pigmeos en la selva. Ya nos ocuparemos de rescatar a Alie. Y entre tanto ¿te parece poco que hayamos reconquistado nuestro cariño y confianza?

Mary elevó hacia él sus ojos empañados por las lágrimas.

Las lágrimas de las "estrellas". En qué consisten.

No se trata de los astros del cielo; hasta ahora ignoramos si lloran o no, si derraman lágrimas los habitantes que en ellos pueda haber. Las estrellas a que nos referimos son las lindas actrices de la pantalla, las del cinematógrafo.

Hemos titubeado un poco antes de dar la noticia por temor a escandalizar a las personas sensibles y desilusionar al público en general; pero, en fin, ahí va la noticia, que no es de nuestra harina, sino de la del costal de *Lux*, revista profesional fotográfica de Harlem, cuya seriedad en las informaciones está por encima de toda duda.

Lux dice que una revista científica estudia la manera de hacer que en el cinematógrafo aparezcan bien con toda realidad, las lágrimas de las actrices cuando lloran.

Después de haber probado que las gotas de agua colocadas en las mejillas no daban buen resultado y de hacer varios experimentos con diversos líquidos, se sacó en consecuencia que las lágrimas más hermosas, las más fotogénicas, son las que se hacen con glicerina.

Hasta aquí la revista *Lux*, que no nos dice si las lágrimas naturales salen bien o mal, porque si salen bien, si son fotogénicas y es verdad que la mujer ríe cuando puede y llora cuando quiere, no hacía falta recurrir a la glicerina.

Si hay que recurrir a esa sustancia, por la razón que fuere, diremos que la fórmula química de las estrellas de la pantalla es: C₃H₈O₃. Peso molecular, igual 92.

Corría el mes de diciembre. El 21 debía partir de la Coruña el correo para la Habana, y como a Lucas habíasele metido entre ceja y ceja abandonar la casa paterna en busca de fortuna, nada, que no hubo otro remedio sino vender las dos mejores vacas que habían en el establo y disponer, con el producto de la venta, todos los preparativos para la marcha.

¡Y, cuidado si le dió fuerte al muchacho! Nunca había hablado ni una palabra que revelase sus deseos de abandonar la tierra que lo vio nacer, pero un día armóse de decisión y ¡zas! quieros que no, espetó la infausta noticia a los des-cuidados padres, que se quedaron, al oírlo, como quien ve visiones.

¿Qué causas determinaban tan repentina marcha? ¡Vaya usted a saberlo! Los mismos padres de Lucas, el tío Goros y la tía Sabela, se deshacían en un mar de conjeturas. ¿Habría tenido algún disgusto? No. ¿Le faltaba algo en casa de sus padres? Tampoco. Era el hijo único y sus padres le querían como a las niñas de sus ojos. ¡Ah, "díaño"!... ¿Sería por las calabazas que Antonia le endilgó? ¡Bah! pero de eso hacía ya tanto tiempo... que casi se perdía la memoria. ¿Por qué, pues, tan repentina marcha? En vano sus padres le preguntaron, tratando de disuadirle... ¡Nada, nada! El muchacho se obstinaba en su silencio... y se acabó... y nadie le arrancaba una palabra...

Entretanto llegaba el día 21 a paso de gigante. Eso sí, el tiempo volaba con una vertiginosa rapidez para el tío Goros y la tía Sabela. Para Lucas, en cambio, parecía que tenía pies de plomo. ¡Cuánto tardaba el dichoso día 21! Aquellos días veíasele vagar solo y sin rumbo fijo por las "corredoiras" o veredas de la aldea. Esta estaba asentada al pie de una colina de pinar y "silveiras" y más cerca de Betanzos que de la Coruña... ¡Qué hermoso panorama se vislumbraba desde la cima de la colina! Lucas, antes de partir, antes de dejar su país, antes de abandonar el suelo en que nació, quiso ver una vez más aquellos sitios tan hermosos donde tanto había gozado en sus pasados tiempos...

¡Y qué recuerdos asaltaron entonces su imaginación!

Recordó que, niño aún, — tendría seis años a lo sumo — el señor cardenal arzobispo, en su pastoral visita por su diócesis, llegara a la aldea...! Aún le parecía oír el repiqueteo de las campanas echadas a vuelo, el estallar seco y duro de los cohetes, el bullicio, la animación que en toda la aldea despertara la visita del bondadoso prelado! ¡Era un recuerdo que se agarraba tenaz a su imaginación y no la abandonaba ni a tres tirones! ¡No, señor; qué había de abandonarle! ¡Ahí es nada! ¡Y luego ver llegar por la carretera o camino real al bueno prelado, acompañado y seguido de otros curas, muy vestidos de negro! ¡Y qué contraste más raro entre el negro de los manteos y el rojo de la vestidura arzobispal! ¡Y luego, qué cara más bondadosa tenía el prelado! ¡Jesús, María y José! No parecía sino que era un hombre de distinta especie que el resto de los mortales. ¡Y ya se vé que lo era! ¡No, si bastaba mirarle el rostro! Parecía el de los

EL MAGOSTO

Por Manuel Amor Meilán

santos que se ven en los altares. ¡Vaya, con aquella cara rosada y llena, toda rebotando bondad y mansedumbre! Y detrás del arzobispo marchaba el gaitero y el tamborilero. ¡Y qué satisfecho parecía el buen pastor con aquellas humildes muestras de satisfacción! Tendíanle a su paso los sencillos labriegos y sus mujeres e hijas, haces de espadañas y olorosas flores; iban ellos con los sombreros y mon-

mala la que se armó aquel día, de júbilo y alegría en la aldea!

Pues, ¿y luego en la capilla? Estaba ésta resplandeciente de blancura y belleza. Sus paredes, recientemente enjalbegadas, estaban tapizadas de vistosas y aromáticas flores... Aquello era un torrente, un diluvio de flores... ¡No, lo que es el padre cura aquel día echó el resto! Rosas, claveles, jazmines, violetas, pasionarias y hortensias a

grado sacramento... Lucas era uno de ellos. A pesar de estar abiertas las tres puertas de la capilla, el calor que allí dentro se sentía era asfixiante; pero, ¡bueno estaba Lucas entonces para reparar en tales melindres! Cuando el padre cura le presentó al arzobispo, Lucas cerró los ojos... le parecía ver ante sí a un ser sobrenatural... y cerró los ojos a medias. A través de sus entornadas pupilas vió los dedos del prelado haciendo la señal de la cruz y bendiciéndole, y luego sentía el roce de dos dedos húmedos en sus mejillas...

Cuando salió de la capilla, loco de contento y brincando a más y mejor, Lucas no acertaba a decir a cuantos hallaba, otras frases que éstas:

—¡Soy santo! ¡Soy santo! ¡Me ha echado el arzobispo la bendición!

Luego, y sin darse cuenta de ello, Lucas cambiaba de pensamiento, y si bien el recuerdo que evocaba había sucedido en el mismo sitio en que se hallaba, en la cima de la colina, al lado de la pobre y blanca capilla, era un recuerdo mucho más reciente aún, casi fresco todavía en su memoria y en su imaginación. Entre el primero y el segundo recuerdo había puesto el tiempo catorce años. Era cuando Lucas tenía veinte...

Era una tarde de octubre... El viento soplaba bastante fuerte... Las hojas secas de los pinos se bamboleaban en las ramas como si fueran a desprenderse de ellas... ¡Así despréndese la vida del cuerpo para ir a dar en la muerte!... Lucas había ido al monte a buscar algunos tojos para que diesen calor en el ancho hogar... y en el monte tropezó con Antonia, la hija del tío Chinto, que también había ido en busca de secos tojos... ¡Fatal encuentro! Figúrate el amor y la tentación. Lucas era el amor. La tentación Antonia. Lucas la amaba, pero en silencio. Nunca había querido declararle a Antonia su amor. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. ¿Es porque el amor es naturalmente tímido? Ello es que, al ver al mocetón de Lucas, tan desamorado, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, le acibillaban a cuchufletas y bromas que ponían en un brete la paciencia de nuestro mancebo.

—Lucas, ¿te vas a meter de fraile?

—¿Vas a quedar para vestir santos?

—¿Eres un hombre de palo, o de qué?

Lucas tomaba el mejor partido. El de callar. Y callaba siempre. Y veía a Antonia y callaba también. No, pero lo que es aquella tarde no callaría. Era vergonzoso tanto silencio... acercóse a la joven.

—Antonia...

—¿Hola, Lucas?

—Se va haciendo tarde, ¿verdad, tú?

—Páreceme que sí. Y el viento "funga" más de lo justo. Apretemos el paso, ¿eh?

—Sí te parece...

—¿Qué?

—Yo... allí... vamos, que tenía que decirte...

—¿Y te rascas la oreja, tú? ¿Parece que es cosa del otro mundo, eh?

—No, no es del otro, que es de éste. ¿Quieres escucharme?

—¿Por qué no?



teras en la mano; ellas apenas osaban levantar la vista del suelo... y era de ver como unos y otros se arrodillaban al pasar el prelado y le besaban con religioso fervor el áureo anillo! ¡Y con qué satisfacción se levantaban después! No parecía sino que aquel anillo en el dedo del prelado tenía una virtud mágica. Todos aquellos que le habían tocado con sus labios se creían santificados... ¡Vaya, que no fué

más y mejor... hortensias sobre todo. Eso sí, no tenían agradable perfume, pero, ¡qué bien "hacían"! Rosadas y azules, formaban enormes ramos... Aquello era una delicia.

Penetró el prelado en la capilla... Iba a conceder el sacramento de la Confirmación a cuantos lo solicitaran... La capilla estaba literalmente atestada de rapazueros y chiquillas, que iban a recibir el sa-

ANÉCDOTA

Paseábase un día por su hacienda el mariscal Catinat, reflexionando como era su costumbre.

Viene a él un fatuo con el sombrero puesto, y mientras Catinat le escuchaba con el sombrero en la mano, le dice:

—Buen hombre, yo no sé de quién es esta hacienda; pero puedes decir a su dueño que me he tomado la libertad de cazar en ella.

Como algunos aldeanos que se hallaban allí cerca se rieran a carcajadas, el joven cazador les preguntó de qué se reían.

—De la insolencia con que habla usted al mariscal de Catinat — le respondieron.

Vuélvese entonces con el sombrero en la diestra y se excusa diciendo que no conocía al mariscal.

—No sé — respondió Catinat — qué necesidad hay de conocer a un hombre para tratarle con la debida cortesía.

Y le volvió las espaldas.

—Pues es que... allí... yo te tengo mucha ley, ¿sabes?... es decir, que te quiero y... allí... no te lo dije "eadenantes" porque no lo tomases a mal, pero, mira tú, a mí me estaba... allí... oyendo el alma mi secreto, ¿sabes? y cuando todos, por encontrarme tan desamorado, me llenaban de "bulras", ¿eh?... allí... yo no les decía nada, ¿sabes?... porque no quería yo que supieran que yo te quería a ti... ¿sabes?...

—¡Al fin lo has dicho! — soltó la muchacha, al mismo tiempo que soltaba la carcajada.

—Allí... ¿te ríes, eh?

—¡Tómbre, pues no, tonto, tonto, tontísimo! ¿Me has visto tú hacerle caso a ningún mozo de los que venían a parolarle a la ventana, eh?

—No.

—¿Me viste como una loca, afanarme por bailar en las "ruadas", eh?

—Tampoco.

—Pues ven acá, tonto, tonto, tontísimo, ¿no sabes por qué era esto?

—Me parece...

—¿Qué?

—Que o soy "meigo" o brujo, o me has dicho lo bastante para que... allí... vamos, que lo adivine.

—Pues claro que sí y ahora, ¿estás contento?

—Mucho, muchísimo y...

—¿Y qué?

—Ocurríame una idea.

—¿Una idea?

—Sí.

—¿Cuál?

—Esta.

Y diciendo y haciendo el hasta entonces encogido mancebo, aplicó sus labios a las mejillas de Antonia... y sonó un beso capaz de hacer estremecer de envidia a los pinos del monte, si éstos fuesen sensibles a los besos de amor.

Y de recuerdo en recuerdo, vino a herir su imaginación el de otra tarde mucho más reciente en que se halló en el monte con la misma Antonia. ¡Aquel recuerdo sí que era penoso! No lo olvidaría en los días de su vida, aunque cien años viviese. ¡Bueno era él para olvidar!

Pues acaeció que una tarde se hallaron, también, en el monte Lucas y Antonia. Graves culpas debía tener ésta de que acusarse, porque al ver a Lucas se le subió la vergüenza al rostro, bajó la mirada, masculló cuatro palabras inarticuladas y trató de tomar distinto camino del que llevaba, a fin de no tropezar con Lucas.

Este lo reparó, y pronto como un rayo subió la "corredoira" y se plantó de un salto delante de Antonia.

Esta gritó.

—¿Por qué gritas?

—A ti, ¿qué te importa?

—¡Esas tenemos!

—Lo que tenemos es que me diste un susto... y que te vayas...

—¿Que me vaya, eh?

—Sí tal.

—Bueno, mujer, bueno. Sí, me iré, pero antes déjame descargar el pecho de cuatro verdades que me están matando.

—Lo que quiero yo es que me dejes libre el camino.

—Sí, te lo dejaré, pero antes óyeme por última vez en tu vida.

Antonia se resignó a oír.

—Yo... allí... sabes cuánto te quise... y te quiero aún... la verdad. Yo quería echar lejos de mi pecho este cariño que te tengo, pe-

ro... no puedo porque... allí... uno no es dueño de sí mismo y... Yo no te pido nada... sólo que me queje de tu traición... Quererte tanto para que el bruto de Estebo te lleve... Eso sí... él... allí... es rico y eso es lo que tú quieres, por lo visto... Adiós... a mí no me volverás a ver más... Maldígote a ti y a Estebo por la mala fechoría que me habéis hecho.

—¿Concluiste?

—Concluí.

—Gracias a Dios. Cref que no acabarás nunca.

¡Friolera! Buscar al maldito Estebo y de una puñalada dejarlo seco... pegar fuego a la casa de Antonia... ¡Ave María purísima, y qué desatinos hallaban acogida en aquel cerebro enfermizo!

Al fin, llegada ya la noche, pudo abandonar el lecho en el cual se había arrojado en busca de descanso...

Cuando abandonó su habitación buscando el consuelo de la familia, ésta se hallaba reunida en torno del hogar... y aun había alguna persona extraña a ella. Allí se ha-



—Dice mamá que vayas en seguida. ¿Qué hacías aquí sola?

—Estaba conversando con esa linda señorita que se ve en el espejo.

Y esto diciendo, Antonia volvió la espalda y el bueno de Lucas se quedó como alelado, mirándola marchar por la "corredoira" abajo.

Cuando, después de sentirse acosado por tantos y variados pensamientos, regresó Lucas a casa de sus padres, sentía que su cabeza era un horno, sentía fiebre, necesitaba descanso... ¡Cuántas tremendas ideas asaltaron su cerebro! Era un disparate; sentíase con fuerzas y valor para acometer las más desatinadas empresas... ¡Y qué empresas acudieron a su imaginación!

llaba el señor alcalde, el señor juez, el señor cura, Pito-choco, vecino de la familia de Lucas, y Faballón el tabernero. ¡La asamblea no sería muy numerosa, pero escogida sí que lo era!

Cuando Lucas entró, como había allí personas de respetabilidad, llevóse la mano a la frente, en actitud de saludar, y acompañó a esta acción las palabras:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!

—¡Hola, Lucas! — dijo el señor cura, un señor bastante anciano ya y de bondadoso y risueño semblante. ¡Hola, ven! Trae ese banco y siéntate aquí... a mi lado. ¡Vaya, hombre, vaya! ¿Con que tan mal

GLICINAS

(Para FRAY MOCHO).

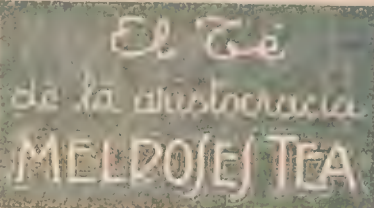
Hubo tormenta brava
toda la noche.
Algunas avechitas perecieron.
Debe haber sido el diablo... Pobres!

(Como en la sociedad:
odio a lo bello; envidia a lo más noble).

Debajo del alero,
sus racimos liláceos, en derroche
la glicina colgó, cuando los truenos
insultaban al orbe.

(Contra la insidia,
también así se lucha. Flores, flores...)

JUAN MANUEL COTTA.



parece que te va que quieres dejarnos a todos, eh?

—Mal... allí... le diré, señor cura, mal no, no me va... es que... quiero marcharme.

—¡Toma!, pues si otra cosa no nos dices, Lucas, no nos dices nada nuevo. ¡Vaya, hombre, vaya! En fin, que la Virgen de Pastoriza te acompañe y te guíe.

—¡Amén! — dijeron todos a una voz.

Ibase haciendo tarde, oscurecía. Apenas serían las cuatro de la tarde, pero de repente el tiempo había cambiado, porque el tiempo en Galicia es muy "ventolero" y si había amanecido bueno, lo que es al caer la tarde no se presentaba muy hermoso, que digamos. El cielo amenazaba lluvia; comenzaba a cerrarse de nubes: el viento "fungaba" cada vez más. El tío Pito-choco, en un momento que se asomó a la puerta, consultó la atmósfera y volvió a entrar diciendo:

—Páreceme que vamos a tener agua.

—¿Saben ustedes una cosa? — preguntó el padre de Lucas.

—¿Qué hay?

—Porque así, a no ser Pito-choco que tiene cerca su casa, no podrían ustedes salir de la mía, y tendrían que asistir a mi magosto.

—¿Un magosto?

—Sí tal.

—¡Hola, tío Goros! — dijo el alcalde, — parece que quiere usted despedir a Lucas?

—¡Pscht! — dijo el pobre padre encogiéndose de hombros y pretendiendo aparentar indiferencia, cuando en realidad sentía una hondísima pena en su corazón.

—Pues yo, por mi parte, — dijo el cura, — acepto el convite. ¡Un magosto! ¡Vaya, hombre, vaya! Si quiera en obsequio al que se va.

—¡Pobre "fillino" mío! — dijo a esta sazón la tía Sabela, — ¡sabe Dios cuando te volveremos a ver!

—Vamos, mujer, — dijo el tío Goros, — no llores así... no es cosa de muerte...

¡Pobre tío Lucas, y qué esfuerzo sobre sí mismo tuvo que hacer para que el llanto no le ahogase las palabras!

—Vosotros los hombres, — respondió la tía Sabela, — tenéis el corazón duro como un "penedo", pero las madres...

—Diga usted, tía Sabela, — repuso el alcalde, — ¿todo el sentimiento está en lloriquear? Pues no podemos sentirlo mucho nosotros también y aunque tengamos los ojos secos, llevemos por dentro la procesión?

—Además, — repuso Pito-choco, — que dijo muy bien aquí... Goros, no es cosa de muerte.

—¡Ay! — lloriqueaba la tía Sabela — ¡se vieron ir tantos y volver tan pocos! Además aquel "climen" parece que es muy malo, que les dan calenturas a los que no están acostumbrados a él, que se abren a "gómicos"...

—¡Bah! No todos han de tener la misma suerte o desgracia — dijo el cura. — Dios protege siempre a

los buenos. ¡Vaya, hombre, vaya!

—¡Yo le colgué a Lucas, — dijo la madre, — un escapulario de la Virgen de Pastoriza! Y le mandé que le rezase mucho, porque es una virgen que hace muchos milagros. ¿Verdad, señor cura?

—Sí, señora, y toda la iglesia la tiene esa virgen llena de ofrendas de fieles a quienes ha salvado de algún peligro grande.

—¿Lo ves, lo ves, hijo mío? Rézale, rézale mucho; nosotros le estaremos rezando todo el día y toda la noche.

—Pero, señá Sabela, — dijo el alcalde, — todas esas cosas deben ustedes pensarlas y decirlas mañana, que sale el vapor de la Coruña. Hoy hay que atender el magosto.

—Habló usted... como un alcalde, — dijo el tío Goros.

—Voy a buscar las castañas. En un decir "¡Jesús!" estoy de vuelta, ¿eh?

A todo esto, Lucas, ¡que si quiere!, acurrucado junto a uno de los ángulos del hogar entre el cura y Pito-choco, parecía no prestar oídos a cuanto a su lado se decía. Si hablaban con él, apenas si alzaba la cabeza y respondía con monosílabos, fijándose con ahínco en el que le había preguntado. Estaba ensimismado, pero en un grado casi rayano en el idiotismo. ¡Cosa más rara! Ya se fijaban sus miradas en el apagado hogar, ya en el techo de gruesas vigas formado; ya en su madre, que no quitaba ojo de él, ya en los aperos de labranza que en otro ángulo del hogar se descubrían. Eso sí, se fijaba en todo, pero cuando llegaba a fijarse en una cosa, no apartaba de ella la mirada y así permanecía hasta que le dirigían la palabra y tenía que fijar la mirada en otra parte; y no digo que fijase la atención, porque a buen seguro que ésta se había fijado ya bastante lejos de aquella tertulia de aldea.

Son en Galicia muy frecuentes los magostos en tiempos de las castañas. Tiéndese en el hogar o en el campo una buena cantidad de ollas sobre un lecho de ramas secas, plántasele fuego y pronto se ve surgir la llama que asa las castañas, con gran regocijo y contento de aquellos que las esperan. Véase salir primero del haz de secas ramas una columna de humo azulado que asciende, formando espirales y haciendo los más caprichosos dibujos. Crujen al mismo tiempo las retamas al ser laminadas por el fuego que, poco después, brota sobre el apretado haz, despidiendo llamas a un tiempo rojizas, amarillas y azuladas que envuelven en sus lenguas las ramas y las castañas; échase leña al fuego; toma éste incremento mayor, cada vez; las castañas al sentirse achicharradas, cuando ya no pueden defenderse de la acción del fuego, hacen estallar su corteza con un estampido seco; al primero siguen otros y otros, hasta que el iluminado hogar semeja campo de batalla, donde se perciben las detonaciones, se aspira el asfixiante humo y se ven enormes llamadas... Al fin los estampidos y estallidos van siendo menos frecuentes cada vez, el fuego ha cumplido su misión en el hogar y las castañas están a "punto". ¡Y es entonces el júbilo y el contento de los que van a disfrutar del magosto! Aquél busca un sitio cómodo, el de más allá mira al soslayo los vidriosos jarros de barro que contienen

el a un tiempo amargo y sabroso vino de la "tierra". Todos se preparan a hacer dignamente los honores al magosto. El que más y el que menos se promete un buen hartazgo de castañas. ¡No, lo que es en los magostos no se oirán las voces de: "¡Cuántas que queman! ¡Calentitas, calentitas!", y otros pregones de este jaez, pero lo que es disfrutar, se disfruta bien!

Lucas contemplaba, inmóvil, cómo las llamas iban haciendo su efecto y arrancando a las castañas secos estampidos... Aquello era muy bonito, pero lo que es a él y en aquellos momentos no le llamaba maldita la atención. Su imaginación debía vagar sin rumbo fijo y muy lejos de lo que ante sí tenía. A buen seguro que si le preguntasen algo no sabría qué contestar, pues no sabría lo que se le preguntara. No, lo que es por atender, atendía tanto a la conversación como si ésta no existiese.

Entretanto, allá fuera llovía. Al principio cayeron unas gotas menudas, muy menudas, que habían dejado en el suelo unas manchas casi invisibles, huellas imperceptibles, pero pronto el líquido elemento se desencadenó con fuerza y la lluvia hizo poco menos que torrencial.

—¿Parece que llueve de veras, eh? — preguntó Pito-choco.

—¡Que si llueve! ¡Vaya, hombre, vaya! ¡Ya lo creo! Y lo que es si así sigue me parece, tío Goros, que vamos a tener que quedarnos a dormir en la su casa.

—Saben ustedes que aunque pobre soy y nunca pude gastar fachenda, todo cuanto tengo, que es bien poco, está a su disposición.

—¡Vaya, hombre, vaya! — objetó el cura. — Así me gustan a mí los hombres, Goros, así; de esa manera hácese un sitio en el cielo.

—Se hace lo que se puede, señor cura, se hace lo que se puede.

La tía Sabela tampoco movía ojo. Tenía sus miradas fijas en Lucas, bien ajeno a este mudo interrogatorio. Pito-choco, el señor cura, el alcalde y el tío Goros, Faballón y el señor juez hablaban poco, pero hablaban. En cambio, madre e hijo no hablaban ni mucho ni poco; pa-

recían esculturas animadas por un soplo de vida.

Llegó la hora del magosto, que todo llega en este mundo y a su tiempo. ¡Bien se les hicieron los honores a las castañas! Eso sí, al pasar por las manos de los comensales las tiznaban a más y mejor, pero, ¿quién reparaba en tales melindres? No, no que es impedir, no les impedía coger con aquellas manos negras y sucias el jarro y empuñar el codo a su sabor y libertad. ¿Qué más? El mismo señor cura, el juez y el alcalde, estaban casi a punto de perder su gravedad y formalidad acostumbradas. Ellos, los representantes en la tierra de las justicias divina y humana, respetivamente!

En medio del bullicio del magosto, el tío Faballón se atrevió a decir:

—Pero oyé tú, Lucas, ¿tes estás ahí como un alma del otro mundo, pensando en la "compañía", o qué?

Lucas entonces alzó lentamente la cabeza. Fijó sus ojos animados de un fulgor extraño en los comensales y con voz grave y reposada, dijo:

—Estaba pensando en una porción de cosas que no me atrevo a decirlas.

—Pues dílas, hombre, — añadió el cura. — Si hoy no las dices, ¿para cuándo las dejas?

Lucas carraspeó con fuerza, como si quisiera emitir con más claridad sus ideas, y empezó diciendo:

—Allí... no sé si "ustés" lo tomarán a bien o mal, pero me parece que hago un pecado muy grande en no decirlo... y me está royendo las entrañas, porque quiere salir afuera este secreto; este secreto que... allí... guardé hasta hoy.

—¡Pues habla, hombre, y veamos qué es ello! — dijo el juez.

—No, lo que es por esta vez no me tendrá usted que mandar a presidio.

—Hombre, ni quiero verlo nunca, ¡Dios delante!

—Amén. Pues allí... iba decirles que yo no me iba a la Habana por mi gusto y voluntad, ¿eh?

FOTOGRAFADOS

CONFECCION DE CLISES,
PARA REVISTAS, CATALOGOS, FOLLETOS
Y OTRAS
PUBLICACIONES

Pujol y Navarro

PRECIOS
SIN COMPETENCIA
TRABAJO GARANTIZADO
ENTREGA INMEDIATA.

B. MITRE 1259
UT 38 MAYO 2589

—¡Hola, hola!

—¡Bame para la Habana... allí... como el condenado que lo llevan al infierno, pero...

—Ya apareció un pero.

—Pero unos malquereres que me llegaron hasta el último "corrunchito" del pecho... allí... vamos que yo, desesperado dije: —Pues me voy a la Habana y allí olvidaré todas estas tonterías... Déjeme hablar, señor cura, después abrirá la boca. Tengo que decirlo todo ya que empecé. Antonia, ya "ustés" saben, pues Antonia fué allí... la razón de todo esto y como yo... le tenía mucha ley mucho cariño, vamos que me "enfurrufé" y me dije: —Pues allí... entre morir-me de desgusto aquí y allá, mejor es allá que no me vea mi familia... pero ahora imaginé otra cosa que me parece mucho mejor. Yo no les quiero dejar a "ustés" mis padres, yo no los dejo ya, y mañana el vapor de la Habana marchará sin mí. Siento lo que han gastado, pero no me marchó. Yo no puedo querer ya en este mundo más que a Dios y a mis padres. La herida que me abrió en el pecho Antonia no se cura con otros amores. Con que si a "ustés" les parece... ¡seré cura!...

La explosión de entusiasmo que se levantó después de estas palabras es indescriptible... Aquello fué la mar. La tía Sabela abrazaba a Lucas; el tío Goros también; Faballón abrazaba al tío Goros, el cura a Faballón, el juez al cura... y todos se abrazaban, y el gran Castelar en sus más aplaudidos discursos no consiguió conmover y arrebatarse tanto a su auditorio como Lucas con su improvisada oración llena de incorrecciones y en el lenguaje semi-bárbaro de las gentes del campo. Todo era alegría, expansión, contento, lágrimas y por encima de todo este "pandemonium" oyóse la voz del ministro de Dios que decía:

—¡Luquillas, tú serás cura!

Así terminó el "magosto". Hoy Lucas es el querido representante de Dios en la aldehuela de Barañeiro.

La predicción se ha cumplido.

EL SAUCE LLORÓN

Es melancólico y sentimental este dulce árbol de América, cuyo follaje, — simulando una verde lluvia de lágrimas, — le da su nombre, símbolo de eterno duelo.

El sarañdí, su vecino de casa, que está en el arroyo como un salvavidas, me da la clave de su dolor, que es pena de amores.

Suspiraba el sauce por la ceiba criolla y cuando ésta, lustrosa de verdes oscuros y roja de sus flores estivales, estuvo en la plenitud de su belleza, el sauce le cantó su amor.

La ceiba lo oyó ruborizada y el poeta, como en los romances galantes, le ofrendó el corazón.

No sé si la distancia que los separaba, si la timidez de la muchacha, provocaron la desgracia:

¡El corazón del sauce cayó al agua!

Y ahí está él, triste, llorando melancolías, alargando sus guías verdes sobre el arroyo, a ver si puede pescar su corazón enamorado para ofrecérselo a la dulce su enemiga.

MONTIEL BALLESTEROS.

"LA CHUCARA"

Por Juan Nigro

A una legua corta de una estación recostada sobre una línea del Sud, desde hacía cinco lustros, don Pietro Fischio tenía instalado su negocio, el que — como todas las "esquinas" de campo, — era un verdadero emporio comercial, que abarcaba todos los ramos, desde tienda hasta farmacia, y como don Pietro no era amigo de las cosas modestas, lo había bautizado pomposamente "Il Gran Magazzino".

Era don Pietro Fischio un napolitano rechoncho y locuaz, que cargaba cincuenta inviernos sobre sus anchas espaldas. Treinta años atrás sin más bagajes que muchas ambiciones en el alma, había abandonado su tierra natal, rumbo a estas playas, dispuesto a "hacer fortuna"... y para que no fuese un impedimento a la realización de sus propósitos, (o quizás para no pagar derechos de aduana), don Pietro, al desembarcar, había arrojado al mar el saco de los escrúpulos..., medida previsorá esta que unida a su "buena estrella", hizo que en pocos años recorrieran triunfal el camino de la riqueza... Y aunque la situación económica de don Pietro le permitía retirarse a vivir de rentas, su desmedida ambición le aconsejaba continuar al frente de su negocio, por cierto bastante rendidor...

"La pulpería del gringo Pietro" — como la llamaban en la jerga campera que no se avenía a la exótica denominación — era el punto de reunión de todo el criollaje de la comarca, quien en los días de fiesta se daba cita allí para armar carreras o tabiar, diversiones éstas que hacían las delicias del paisanaje, aunque en ellas dejasen el fruto de un mes de rudo y penoso trabajo.

No había, pues, domingo o día de fiesta, que "Il gran magazzino" no se viese concurridísimo. La ancha calle, *carpada* un cierto trecho, servía de cancha donde, en improvisadas carreras, medían la ligereza de sus remos, desde el *parejero tendido a campo*, hasta el *laderito de carro*, que hacía gala de sus mataduras o del arpa de sus costillares que lucía de puro flaco.

Entre los asiduos concurrentes a esas reuniones, se contaba don Floro Benavidez, un viejo criollo que frisaba en los sesenta años.

Su poblada y blanca barba y el surco profundo de una arruga que cruzaba su frente, daban a su rostro un continente severo. Su mirar franco y firme denotaba la nobleza de sus sentimientos y su trato afable cautivaba a cuantos lo trataban.

En una de esas reuniones lo conocí y, al poco andar, trabamos amistad. Su conversación amena, salpicada de ocurrencias felices y su palabra fácil, ágil, para bordar entretenidos cuentos en las tertulias del fogón, me hacían preferir su compañía a la de cualquier persona.

En cuanto a mí, me atrevo a decir que contaba con las simpatías de don Floro y que gozaba de inmejorable concepto — a pesar de

las diferencias que mediaban entre nuestras edades, nuestros gustos y costumbres.

El criollaje todo, distinguía a don Floro con aprecio y respeto. Diez años hacía que llegara a "Los Cardales" — latifundio de un acudalado terrateniente — y por sus conocimientos y pericia en las faenas rurales, mereció bien pronto el puesto de capataz que a la sazón ocupaba.

Nadie sabía dar mayores detalles del pasado de don Floro, y si alguien intentaba penetrar en él, con indiscretas insinuaciones, se mostraba inaccesible, encerrándose en absoluto mutismo, o desviando oportunamente la conversación hacia otro lado...

Eso era cuanto sabía de ese hombre, con quien había intimado y en quien la perenne sombra de tristeza que velaba sus ojos, me tenía preocupado.

EN LA AUSENCIA

Para FRAY MOCHO.

Yo no puedo olvidar aquellos besos
Con que me ungió tu pasional ternura...
¡Quedaron en mi carne tan impresos
Que aun se conservan cálidos, ilesos,
Como reliquias de inmortal tortura!

Había en tus ojos que nublaba el llanto,
Un no sé qué de maternal angustia
Que me inspiró torturador quebranto.
¡Nunca pensé que me quisieras tanto!
¡Jamás te ví tan desolada y mustia!

Tu dulce boca se fundió en la mía
Con tierno afán, con sacrosanto anhelo;
Sentí tu mano, temblorosa y fría,
Y tras un beso, fruto de agonía,
Hundiste el rostro en el sutil pañuelo.

Tu triste llanto desgranóse en perlas,
Al inundar tus pálidas mejillas...
Temblé de amor y de piedad al verlas,
Y, con fervor, me apresuré a beberlas,
Sintiendo el alma puesta de rodillas.

Sobre la eurytmia de tu tibio seno
Posé, rendido, mi afiebrada frente;
Miré tu rostro y, de amargura lleno,
Mi pobre corazón, antes sereno,
Se desbordó en aliviador torrente...

La hora, por fin, de la fatal partida,
Vino a romper nuestro letal idilio...
Desde ese instante amargo de mi vida,
¡Oh, dulce bien! tu imagen dolorida
Me acompañó en el espinoso exilio!

LEOPOLDO REVUELTA.

Falla, Cuba, Septiembre de 1926.

Llegó el invierno, que aquel año hubimos de soportarlo largo y lluvioso. Los días se sucedían grises, tristes, fríos.

Mi existencia en aquel paraje — donde me arrastraba el vendaval de la adversidad — se deslizaba terriblemente monótona, vulgar... La nostalgia de la ciudad lejana y bulliciosa se enseñoreaba en mi espíritu.

Las noches de invierno, en el campo, son interminables e impresionantes. La rugidora canción del silbo, armonizando con el graznar agorero de los pajarracos nocturnos, se eleva como una lúgubre sinfonía, que puebla el espacio con notas misteriosas y pone en el corazón un frío angustioso...

Era un día desapacible, cruel. Una garúa finísima azotaba implacablemente y un brumoso cortinaje parecía esfumarse el horizonte... Al anochecer arreció la tempestad y la noche cerró negra como un abismo.

Aquel día don Floro y varios peones se habían llegado de "Los Cardales" con hacienda para embarcar. Terminada la tarea del día, el viejo capataz y su gente se retiraron a la "esquina" donde el mal tiempo les obligaba a pernoctar.

Recostados en el pringoso matorral, aquellos hombres, rudos y curtidos a toda intemperie, "en-

Acaba de aparecer

LLAMA INTERIOR

Últimas Poesías de
Félix B. Visillac

En venta en todas las
— librerías. —

tonaban" el pecho con ginebra.

—Adiós, don Floro! — saludé alborozado, al verle.

—¿Qué tal, amigazo? — contestó el viejo, mientras estrujaba mis manos entre las suyas, grandes y callosas.

—¿Con que esta noche nos va a hacer compañía, don Floro? — le dije.

—Qué más remedio... Cualquiera galopea las ocho leguas que hay de aquí a la estancia, con esta noche de perros que nos manda el cielo.

—Me alegro, — contesté, — así charlaremos largo y tendido... — y me alejé íntimamente regocijado por las perspectivas agradables de la velada que nos esperaba en compañía del viejo.

La tempestad bramaba en la noche.

Abandoné el comedor y me dirigí a la cocina de los reseros, donde don Floro y los peones terminaban de hacerle honor a un sabroso asado. En la reducida cocina se perfilaban borrosamente las siluetas de ocho o diez hombres envueltos en un tul de humo.

Sobre una trébede, una pava que ostentaba negra coraza de hollín, entonaba su bullente rezongo, y el cimarrón se paseaba de mano en mano.

El viejo, al verme, me invitó a sentarme a su lado al tiempo que me ofrecía un amargo.

—Si gusta...

—Con mucho gusto, don Floro.

—Entroducido el pueblerio — cu-chicheó un paisano.

Afecté no oír y me puse a conversar con el viejo.

La conversación estaba en su apogeo. El criollaje se encontraba a sus anchas, taureando de lo lindo. No había uno de los presentes que no tuviera una aventura que contar, hiperbolizándola. Unos hablaban de sus conquistas amorosas; otros — sentados en cómodos bancos — hacían alarde de sus proezas en los rodeos; el de más allá, hablaba de jineteadas, carreras, peleas...

Don Floro, desde hacía unos instantes, abstraído quién sabe en qué reflexiones, guardaba obstinado silencio. Esa noche lo hallaba desconocido. La animada conversación languidecía por momentos. Se hizo un breve silencio y la pava dejó oír su fastidioso rezongo.

—Cuéntenos un cuento, don Floro — dijo de pronto uno de los peones, hombre ya entrado en años.

—¡Eso es! — exclamaron a coro los circunstantes.

—Sí, don Floro, cuéntenos algo, insistí a mi vez, con el propósito

de distraerlo de los pensamientos que parecían mortificarlo.

—¿Y qué quieren que les cuente? — dijo el viejo, saliendo de su ensimismamiento.

—Cualquier cosa. Usted es ladino pa eso y le será fácil salir de apuros, — insistió el que había hecho punta en el pedido.

Don Floro se acomodó en su asiento, dió algunas chupadas al negro, carraspeó, y dijo:

—Y güeno, vi'a contarles un cuento... que no es cuento.

—Vamos a ver — dijo alguien, y el viejo empezó de esta suerte:

—Esto sucedió en el año... güeno, hace ya bastante tiempo. En un puesto'e la estancia "El Rosal"— que los Gómez tenían en el partido de Saladillo — estaba majada a media, un paisano trabajador y honrao. Vivía con su mujer y una hijita de pocos años. No tenían muchas ambiciones; trabajaban y eran felices. Sólo amor y trabajo precisa el hombre para ser feliz.

Pero, un día, la desgracia entró a rondar las casas... La mujer cayó enferma y empeoró de golpe, su estado era grave.

El marido, afligido, salió a campiar a ña Nicasia, una vieja curandera conocida en diez leguas a la redonda por la "mano santa", que se las pasaba de rancho en rancho recetando sus medecinas, pero todo jué al fiudo... Los menjunjes de la china no domaban el mal...

Así pasó un mes y aquel hombre vivía cuartiao por la esperanza... hasta que una tarde... a la oración... partió pa siempre...

El hombre yoró con verdadera pena... Era tan güena la pobre...

El viejo se interrumpió en su re-

lato; una ligera emoción agitaba su voz.

—Parece q'va ser tristón el cuento — murmuró un paisano, que en un rincón de la cocina cabeceaba somnoliento.

Don Floro prosiguió:

—Aquel porrazo'e la suerte había castigao duro a aquel hombre. El único consuelo que le quedaba en el mundo era Juliana, su hijita; con quien se entretenía viéndola retozar entre los olorosos trebolares. Todo su cariño lo guardaba pa su hijita.

Pasaron los años y el tiempo iba cerrando la herida de su corazón. Juliana había cumplido dieciocho años. Era una moza fresca y linda... tan linda q'hasta las margaritas del campo parecían tenerle envidia... Era el vivo retrato e la madre y güena como la pobrecita... El padre se desvivía por la muchacha y ella correspondía con su cariño'e hija.

Volvió a interrumpirse don Floro y sorbió en silencio el mate que le brindaron. Luego continuó:

—Los mozos 'el contorno se disputaban aquella flor y lo hacían a porfía. En las noches, cuando en el campo todo es sueño y descanso, en la ventana del rancho la queja de una guitarra se debaja oír, acompañando una décima de amor... Pero Juliana no distinguía a naidés. Ninguno había recibido un "sí" de sus labios, pues, pa todos, tenía rudos desprecios.

Por eso, los mozos que habían sido desairaos, la habían apodao "La chúcará".

—¡Ah, chúcará linda pa ponerle un bocao! — exclamó un gauchito

con muchas infulas.

Don Floro le dirigió una mirada que pareció quererle fulminar — la que pasó inadvertida para los demás, que festejaron el exabrupto con una insolente carcajada.

Y prosiguió:

—Hasta que un día cayó al pago un gauchito matrero, de apelativo Arellano, que traiba menta e bravo. Parejo puande lo buscaran y en muchas leguas era conocida su fama e listo pa las mozas, y no había rancho en el contorno p'ande él pasara, que nubiese dejao rastros... Lo mismo que la babosa...

Al cair una tardecita, arriando su tropiya llegó a las casas, se bajó y pidió hacer noche...

(La voz de don Floro era insegura y hacía visibles esfuerzos para coordinar sus pensamientos, lo que le obligaba a hacer pausas constantemente).

Dende aquel día comenzó a ronciar el rancho como carancho l'osamenta. Las andanzas del gauchito traiban preocupao al padre'e Juliana, el que no le perdía pisada.

Pasó algún tiempo y al matrero no se le veía por ningún lao. Todo hacía suponer que había abandonao el pago. Pero... una tarde a la hora'e la siesta, el galope de un caballo rompió el silencio 'el campo... y aquel galope resonó en el corazón de aquel hombre como campanazos e muerte y un tropel de pensamientos negros pasaron por su imaginación.

Salió'el rancho y poniendo las manos como alero pa atajarse'e la fuerte resolana, miró pa'el lao'el camino y vido, envuelto en la polvadera, al matrero que jufa con Juliana enancas. La muchacha no había resistido a la tentación de aquel amor maldito...

Y aquel padre al comprender la triste verdad, se tambaleó como un borracho. Desde entonces la alegría juyó del rancho que parecía tapera y un día el paisano abandonó el pago y se jué lejos, muy lejos, en busca'e la hija ingrata que lo había abandonao, dejándolo solo con su dolor...

Pasaron algunos años y de casualidá supo que el gauchito la había abandonao... y que en la ciudad Juliana se había hecho una... ¡Ah, pero si alguna vez ese viejo se encontrara frente a frente con aquel bandido!... — El instintivamente, la sarnientosa mano de don Floro se crispó en el mango de su facón. Se hizo un silencio prolongado, abrumador...

—¿Y después? — inquirió el paisano, que en un rincón de la cocina cabeceaba somnoliento.

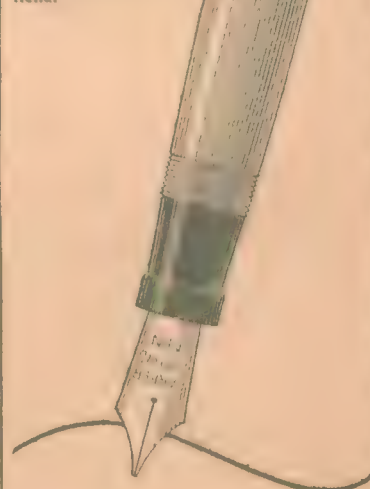
Miré a don Floro; de sus párpados se desprendieron dos rebeldes lagrimones que rodaron hasta perderse en la enmarañada selva de su blanca barba... El viejo había hurgado demasiado hondo en la llaga de sus recuerdos...

Los paisanos comenzaron a abandonar la cocina. Y yo hondamente conmovido estreché la mano del viejo y saif en silencio.

La tempestad seguía bramando en la noche. El huracán rugía su furia devastadora, poblando con su tétrica canción la pampa desierta e infinita.

Rivaliza en armonía con el cardenal

Oprima Ud. el Aspirador de Presión; meta la pluma en la tinta, suelte el aspirador y cuente hasta 10, mientras la Parker Duofold se llena.



Los que escriben con Parker Duofold van con

7 puntos de ventaja

¡y cada punto vale bien su precio!

- 1 Pluma que dura 25 años
- 2 Clásica Belleza
- 3 Espacio para Reserva de Tinta
- 4 Equilibrio para Escribir
- 5 Aspirador de Presión
- 6 Alimentación "Lucky Curve"
- 7 Casquete Hermético

ESTÁ dándose el caso extraordinario de que miles, sí, decenas de miles, de personas, se deshacen de sus plumas-fuente anticuadas para adquirir la Parker Duofold con la pluma que dura 25 años.

Por todo el mundo se ve la cir su cañón de viva laca roja con casquete negro; el color que la hace difícil de extraviar.

Ningún capricho en la forma de escribir tuerce esta pluma-fuente Parker Duofold, de modo que puede prestársela sin temores. ¡Una pluma que se garantiza, sino se la maltrata, por 25 años de USO!

Invítamos a Ud. a que pase a probarla en la primera buena tienda en que las vendan.

THE PARKER PEN COMPANY

Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50. "Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:

RIVER PLATE SUPPLY CO.,

Gazzana y Cia., 769 Moreno 7° 5, Buenos Aires

Parker Duofold \$24
Con la punta que dura 25 años

Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20. Igual, pero más pequeña Con aro para cadencia

M Á X I M A S

¡Cuántas manifestaciones de menosprecio, de burla o de fastidio, de poseer el don de ubicuidad, nos sería dado sorprender en quienes quizás menos lo esperaríamos, a causa de confiar en extremo en nuestro ascendiente sobre ellos, o descansar en demasía en la consideración que les creemos merecer!

Lo que hace la desdicha de la mayor parte de los ambiciosos no consiste tanto en el número de las ambiciones que alimentan como en lo inmoderado o absurdo o inmoderado de las mismas.

Nada se habrá perdido si, a pesar de haberlo perdido todo, resta una sola cosa: vergüenza.

Tontos hay que en ciertas circunstancias suelen mostrarse tan discretos como lo podrían ser si fueran cuerdos; sólo que tales tontos aciertan sin darse cuenta de ello, y el prudente yerra por demasiado suspicaz.

En el amor frecuentemente no triunfa el más sincero, leal y honrado, sino, por el contrario, el más falaz, atrevido e ingenioso.

No se odia menos la maldad por ser maldad que por la injusticia que la misma entraña.

La humildad fingida sólo es una hipócrita humillación, y la verdadera acaso no sea otra cosa que una vulgar degeneración.

GUSTAVO R. LENNS.

Chile no tenía su carnaval, pues ese feriado anual sólo sirve en Chile para que jóvenes y bellas, en los paseos y plazas, esos días se flirtean con el iris de las serpentinatas, los globos de agua y las flores de papel, mientras que las gentes serias se aprovechan de esas cortas vacaciones para huir del calor de la ciudad, refrescándose en las playas o en los campos, o bajo la fronda benéfica de los pocos árboles centenarios que aun quedan en los paseos pueblerinos, librados de esa furia iconoclasta que los ha sustituido por los enanos arbolillos o por los fríos y antiestéticos jardinillos ingleses que no son más que verde grama sin alma ni colorido alguno.

Pero, desde hace unos doce años a esta parte, la urbe estudiantil inventó la llamada Fiesta de la Primavera y lo que comenzó por un día de holgorio estudiantil y por unos disfrazados con mayor o menor gusto y arte, un desfile de máscaras y carros alegóricos, con gracejo y picardía y algunos bailes y mascaradas teatrales al aire libre, hoy se ha convertido en cuatro largos días de farándula carnavalesca, por calles, plazas y paseos, donde ya no es sólo y quizás el menos, el estudiante, quien toma mayor parte, sino que, como este año, chicos y grandes, estudiantes y obreros, aristócratas y menestrales en número que pasaba de cuarenta mil disfrazados, durante una semana entera por las noches y el sábado y domingo todo el día, llenaron la ciudad, con sus alegres chisporroteos de luces, colores, cascabeles, flores, trajes y serpentinatas, cornetas y músicas, llevando su alegre mascarada desde los suburbios al centro y de éste a los rincones más apartados de la urbe encendida en fiestas.

Murgas jaraneras en traje grotesco, irrumpían en las salas atormentadas de los hospitales, llevando con su risa cascabelera y loca, de florida juventud, una carcajada de festival al ánimo adolorido de los pobres enfermos, que abrían mucho sus ojos afiebrados y sus bocas sedientas y calcinadas, para dejar resbalar por ellas un grito de risa y de alegría, con aquellas coquillas de locura con que intentaban animar sus espíritus apocados, aquellos diablillos estudiantiles, que, hasta ellos, en un rapto de noble piedad, traíanles la risotada jugarreta de su farándula y de su carnaval, loco y alegre de la vida en broma.

Hasta el calabozo del preso en las cárceles, llevaron su luz tornasolada y su risa y su picardía, estos juglares de la alquimia pintoresca de este carnaval, haciendo ahuyentar de la mente atormentada y negra del pobre preso, la tétrica mueca del dolor del alma, mucho más amargo y fuerte que el dolor del cuerpo y también ese preso, alma levantada del letardo de su horrenda caída, reía, reía con ganas de pilluelo, ante esa algarazara estudiantil, que pía y bondadosa venía a traerle este sorbo alentador de un rayo de alegría.

Hacia la cárcel de la locura, fueron también las farándulas vistosas y cascabeleras de esta juventud noble y alocada, llevando a esos presos de la insanía, a esas víctimas

CRONICAS DE CHILE

El carnaval estudiantil de la primavera

de las trágicas odiseas espirituales, una alborada de colores de fantasías, de flores y de risas, que arrancaron de sus cerebros adormecidos por el cansancio y la fatiga de la tortura, chispas de luz, burbujetos de fiesta y en sus labios exangües de mártires de las ideas locas, pusieron la flor de una carcajada desenredada de entre los gritos de dolor del alma muerta.

En los jardines infantiles del Hospicio, donde florecen lánguidas las florecillas de esos pobres abandonados de la suerte, saltó y brincó con su cara enharinada y pintarrajeada de albayalde, socarrón y

farsa y los mil y mil disfraces churriguerescos, ponían en las calles ese halo de locuras que provoca la risa de los tristes y la alegre carcajada de los que van a horcajadas de la vida trabajosa.

El corso, va deshilvanando, al través de su larga y alegre caravana, su cortejo fantástico, entre los millares de multicolores papellitos que vuelan por los aires, poniendo en los tonos del crepúsculo de la tarde agonizante, una cascada de colores pintorescos, al par que de los carros triunfales y de los tronos donde van las reinas, desgranarse risas y chicoleos, mien-



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

burlesco, el payaso juguetero que pone una mueca de sarcasmo en sus ojos de neblina, y una risa de histrión en el rictus sangriento y mofador de sus labios; y los chicos, rieron y rieron al son de esa música de cascabeles, que les brindaba el payaso estudiantil. Por esas calles y por esas plazas, por esos parques y paseos, pasó el carro de la locura en alegre procesión y mascarada, entre el clamor de los pitos estridentes y de los tambores destemplados, de las músicas desgarradas y de los cantos desacordes, haciendo reír y riendo ellos, mientras el payaso voltejeaba sus piruetas graciosas, que llevaban arrasando tras sí el cortejo volandero de la alegre chiquillería, que celebraba con saltos y arrumacos a su amigo de la risa y las marquesas de guardarropía, y los arlequines cascabeleros, los guerreros de la

tras las músicas murmullan sus ritmos y las parejas enmascaradas, bailoteando en locas contorsiones en esta procesión de danzantes, arrancan a las muchachadas los gritos de júbilo y los gracejos de aclamación a las muchedumbres, que forman esa ola negra de mar hirviente y nervioso, agitado en contorsiones epilépticas.

Junto a las hermosas, que roban la majeza de los galanes y los piropos del alegre mocerío, camina, festivo y juglaresco, el Rey de los Feos, llevándose las palmas de las burlas y de las rizas retozonas, que alborotan a las chiquilladas y ponen, a flor del labio de los chuscos, las gracias más estupidas e ingeniosas, es que desfila el carnaval de la vida y los cansados mortales juegan la burla de esa mascarada, arrojando tras de sí el fardo de sus dolores.

Pero en donde este Carnaval culmina con luminas, de una apoteosis magnificada por la más exquisita espiritualidad y gallardía, es en esas noches fantásticas del bellísimo Cerro de Santa Lucía, a cien metros de altura sobre el mismo corazón de la ciudad, entre los bosques seculares de árboles que vieron la odisea de los conquistadores y las proezas de los indios del valle del Mapocho, teniendo a la ciudad a sus pies, como una serpiente de luces, cuyas escamas de piedras preciosas, fosforescentes, iluminadas por millones de luciérnagas de resplandores que ofuscan, allá entre esas frondas, que la Cordillera cuyos contrafuertes nevados resplandecen como plata bruñida en la noche al herirlos el resplandor de hoguera de plata de la luna, es donde los apaches, de roja luminaria enroscada al cuello, al son de músicas y orquestas danzan en un oleaje de locura y risotadas, esas noches del amor de besos, de los ensueños, convertidas las pintorescas parejas en miríadas de lucecillas, que brillan al claror difumino de los centenares de focos que se filtran entre los rojos incendiales de las flores, que inciensan y perfuman este bello panorama de ensueño.

El estudiante no cambia al través de las edades y por más que las futilidades de la vida y los rigores de los contrastes de la existencia azarosa, hagan por marchitar esta juventud y en estas carnestolendas pone un guiño de burla y hace un gesto gallardo de majeza.

Este carnaval, no se celebra al mismo tiempo y en los mismos días, en todo el país, sino que las Fiestas Estudiantiles de la Primavera, vanse sorteando poco a poco estos últimos días de octubre, para dar lugar a los diversos festejos de cada ciudad estudiantil, no recatándose ni aun los más apartados pueblitos, donde hasta los chicos de la escuela, sintiéndose estudiantes, también echan su cuarto a espaldas y celebran sus fiestas con pugilato singular.

Estudiantes católicos y liberales, tienen sus programas, sus reinas y sus reyes y estas fiestas se entremezclan hasta unirse en ese mar común de la alegría pueblerina, entre lluvia de flores, ruido de cascabeles y besos de mujer, que cantan ese himno a la Diosa de la juventud, la hermosa Primavera, que ensalzada por sus favoritos, los estudiantes, tiene en ellos sus cortesanos y en ellas su mejor corte de amor.

Locas noches y risoteros días del reinado de la farándula estudiantil, son el elixir de la vida para el último esfuerzo del año escolar, que finaliza con los exámenes, ya en puerta, y por eso pudiera decirse que este carnaval estudiantil de Chile, es la despedida del estudiante que, durante el año, alegró no poco las calles de la ciudad y que da ese banquete de la risa como epílogo de sus diabluras y majezas, a la ciudad de sus amores.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

ANÉCDOTA

Conac, gentil-hombre de Saintanges, ingenioso y arrojado, estando un día en un baile, en medio de la multitud, fué empujado por el conde de Montrevel, que era entonces un jovenzuelo. Conac, empujado por detrás, rechazó también con la parte posterior. Montrevel le dió una bofetada. Conac, con la mayor sangre fría, dijo estos versos:

*El Aqueronte se pasa
por una menor injuria...
Retó a Montrevel. Pero Montrevel le mató.*

NOVIOS FELICES

Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillos y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán el 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a **NICOLAS SCARINCI, Casa Longin, Buenos Aires, Florida 142.**



Cuando el yate "Giuliana", de la marina de guerra italiana, desamarró del muelle de Beverello y sale del puerto de Nápoles con rumbo a la isla de Caprí, la niebla borra la alegría del paisaje en esta mañana dominguera de agosto; vamos a recorrer la isla de ensueño y maravilla, y el tiempo, de no cambiar, no es el más apropiado para estar en el clásico ferragosto, como llaman en Italia a las imperiosas vacaciones que hace imprescindibles el rigor del verano.

La marcha lenta del yate, en el que nos reunimos con oficiales de marinas italiana y española, estos últimos pertenecientes a la escuadrilla de destructores surta en el puerto, y entre los que se cuenta el príncipe Aimone, duque de Spoleto, que manda un contratorpedero italiano, el "Quintino Sella", hace que se deslice sin apenas romper la quietud de las aguas, que parecen muertas, atravesando el golfo.

De cuando en cuando, entre el ruido de los caracoles, que parecen bocinas y como tales son usados por los pescadores de todo el mundo, se ve pasar cerca la forma confusa de una barca pesquera. Y cuando, más tarde, el sol vence a la niebla y el golfo aparece ante nuestra vista en toda su espléndida luminosidad, lo vemos esmaltado de puntos negros, que no son sino las embarcaciones de los numerosos pescadores de Nápoles, con el cono gigantesco del Vesubio como fondo.

Es casi mediodía cuando llegamos a Caprí; la isla maravillosa está invadida por una multitud alegre, que pasa la festividad del día lejos de Nápoles, huyendo del calor abrasador que en estos días padecemos. Hay también la inevi-

La bellísima isla de Caprí y la maravillosa Gruta Azul

Recordando la gruta de Cabrera

table caravana de turistas norteamericanos, con sus kodaks y sus máquinas fabricadoras de films. Y con ello, en una mezcla de botes que parecen vayan a cada momento a abordarse, entramos en la famosa Gruta Azul.

Quien no haya visto la maravilla de color que es esta gruta, ha dejado seguramente de sentir una de las más puras emociones que la Naturaleza pueda deparar; hace ya diez años que nosotros entráramos por vez primera por la baja bóveda que separa la mar de la célebre gruta; y es tan baja su entrada, que es perfectamente explicable que sólo a una casualidad se deba la

revelación de su existencia. Un nadador alemán, llamado Kopisch, en 1832, se metió casualmente en la gruta, encontrándose como quien ve realizado un cuento de hadas al llegar a su interior. Ignoramos lo que sería del nadador, pero el municipio de Caprí debe algo ciertamente a quien fué el origen, aun inconscientemente, del río de oro que representa el turismo mundial que acude a visitar la Gruta Azul.

La luminosidad del agua, de un fuerte color azul, que parece cobalto líquido, es un extraño fenómeno que hoy aminora la multitud que se apiña en tantas embarcaciones como nos rodean, impidiendo ver

las perspectivas de ensueño. No hemos podido dejar de pensar en lo que puede hacer una reclame bien organizada, al recordar que en España, en la isla de Cabrera, existe otra gruta cuyo interior, si bien más reducido, ofrece estos mismos fenómenos de luz y de color que la de Caprí. Tiene la de Cabrera un acceso más fácil y más luz en su interior, que permite ver hasta el fondo, con una coloración del agua que hace pensar en los cuentos de sirenas.

Después de permanecer un rato en la Gruta Azul y ser fotografiados, como es de rigor en estos casos, seguimos hacia el minúsculo puerto de la isla; el recorrido de ella, por carreteras talladas en la roca viva, materialmente colgadas sobre las aguas del golfo, ofrece perspectivas de una gran belleza, muy semejantes a las de Mallorca, esa isla magnífica, que nada tiene que envidiar a ninguna otra como juegos de luz y luminosidades desconcertantes.

Después de un almuerzo en un hotel cuyo nombre omitiremos por no contribuir a la reclame, volveremos al "Giuliana", que al llevarnos a Nápoles lo hace corriendo a lo largo de la costa del golfo y ofreciendo ante nuestra vista y a modo de una película, Sorrento, Torre del Greco, Portici... y siempre el Vesubio, con su gran penacho de humo, parece como el leit motiv del paisaje.

Cuando el "Giuliana" entra en Nápoles y amarra en el muelle de Beverello, empiezan a parpadear en la oscuridad naciente las primeras luces de la ciudad...

MATEO MILLE.

El carretero y Hércules

Andando un campesino por un mal camino se le atascó el carro en un atolladero. Inmediatamente imploró a Hércules con los ojos fijos en el cielo. En esta actitud oyó una voz que le dijo:

—Arrea los caballos, empuja las ruedas, y verás cómo Hércules te ayuda, majadero.

Ayúdate y Dios te ayudará — dice el proverbio.

ANGUSTIA

Por Xenia

Silenciosa, dócil, la sombra envuelve mi habitación.

Tengo ganas de llorar, de llorar sobre la almohada, porque esta soledad mía, rompe en pedazos mi corazón; afuera la vida palpita locamente, libremente, yo soy un átomo perdido en su inmensidad...

Todas las virtuosidades de mi alma que tú tan sabiamente pudiste adivinar, comprender, mueren cada día lejos de tus miradas, de tu reconfortante y tierna vigilancia. Hay momentos en que yo no soy yo. No sé qué extraña criatura sustituye ahora, desde tu partida dolorosa, llena de amargos presagios, a aquella dulce y buena que tú amaste, que tú amas aún desde tan lejos. Sin lealtad, traicioneros y enemigos, los malos pensamientos que tu bondad apartó de mí vuelven en tu ausencia a apresar mi débil espíritu. Y la duda, los celos, tornan a tomar sus plazas ha mucho abandonadas!

Recoge, amado mío, el secreto doloroso de mi herido corazón; sabe que tengo miedo, mucho miedo a tu lejanía, cuando rondan los malos a mi redor, ¿por qué tus ojos de mirada firme, intensa, que leen en mi interior tan fácilmente, no están frente a los míos para infundir fortaleza a mi voluntad?

¿Por qué no he de oír ya de tu boca la armonía de las palabras de tu amor piadoso, que aun siendo humillante por ser de piedad, es más que todo en el mundo para mí?

Como una cajita de música que por su exterior no revela las suaves sonoridades que produce al manejarla, así tampoco nadie supo, sino tú, de las vibraciones armónicas que escondía mi alma. Dejé entonces que tus dedos pulsaran sus cuerdas y las templaran, y vibraron bajo la magia de tu cariño, de tu ternura, en melodía divina, incomparable...

¿Dónde están, dónde fueron las horas felices, inolvidables, en que sólo al oír tu voz querida llenábase mi alma de un júbilo tan grande, que parecía romperse de emoción dentro del pecho; en que tus frases de amor llenaban de lágrimas mis ojos?

¡Ay! muy lejos quedaron esos días que pasaron inexorablemente, sordos a mis quejas, a mi infinito dolor!

Te amo, te amo! Esa locura, divina locura, llena con su amargor, con su dulzura, mi vida entera. Y

tú, dime, habla desde tu luminosa ciudad a mi enfermo corazón: ¿piensas en tu pobre amor? ¿quieres verme? ¿Sientes como yo la nostalgia de nuestras dulces horas?

Pareces ahora hablar desde el severo marco en que te coloqué. La viva elocuencia de tus ojos, la frente contraída bajo los pensamientos, reprochan tristemente mis palabras.

"Sí, fresca flor, amada flor de mi vida. Todas las fuerzas de mi ser se tienden hacia tí. Mi amor no es de compasión, es sólo ¡amor! porque tu juventud y tu gracia pe-

LA GOLONDRINA

En la trama ligera
De un girón de neblina,
Su primer golondrina
Trae la primavera.

Detrás de ella abre el cielo
Serenísimo tul,
Y en su intrépido vuelo
Columpiase el azul.

Y los vértigos salva,
Tendida al infinito,
Y aclárase en su grito
La perla azul del alba.

Cristales de luz quiebra
Su presuroso afán,
O prolonga una hebra
De sol, en largo hilván.

O con sutil donaire
Su veleta dibuja
En la sublime aguja
Del castillo del aire.

llezas, con qué artes?

Nada existe para mí fuera del placer de tu recuerdo, y su dulce, mansa ternura, encadena poderosamente mi ser.

Yo quiero que tú vengas a mí en las rápidas alas de mi deseo. Yo quiero estar otra vez contigo en el parque silencioso, reclinar mi cabeza sobre tu fuerte pecho y mientras tú besas mis cabellos, mirar juntos las lucientes estrellas cuyos nombres me enseñaste, oír los versos que escribiste en la portada de uno de mis libros, con tu profunda, querida voz:

"Il est un don, un don céleste
Qui lorque rien, rien ne nous [ceste

Existe encor, vite chaque jour
Ce don céleste... c'est l'Amour".
Después, en aquel sendero perfumado (recuerdas), que me beses así como ese anochecer, glorioso en mis recuerdos, en mis ansias. Y de tu brazo, luego, silenciosos y felices, bajo la paz del cielo tachonado y decirte, como entonces, ¡hasta mañana!...

O sobre el turbio estero
Pasa echando la red,
O estrellado tintero
Semeja en la pared.

O parece que llama
Solicita al enjambre,
Poniendo en un alambre
Su alado telegrama.

Pero, no bien se posa,
Cuando parte, gentil,
En un ensueño rosa
De tarde pastoril.

Un esplendor sonoro
Bajo ella se desliza,
Mientras la tarde riza
Sus corderitos de oro.

Su V, su T, su H,
Pinta en un arrebol,
Y engarza su azabache
Con su aro ardiente el sol.

Leopoldo Lugones.

netraron en mi vieja, gastada alma, como en una jaula abierta que encerró para siempre esos tesoros!"

Así me dice tu retrato, que en mi alucinación veo palpitante, vivir. Si supieras cómo está mi alma abatida, quebrada por tu ausencia, volverías pronto, muy pronto...

Bandadas de anhelos secretos, revolotean en mí, y tu recuerdo está sobre mi corazón cálido, vivo, fuerte e indestructible contra todo.

¿Cómo llenar los huecos miserables que estaban plenos de tí, de tu amor? ¿Con qué deseos, con qué be-

¡Oh, la loca, negra angustia que estruja mi corazón! Tengo miedo de mí misma, de aquellos que malvados, me hieren con sus ironías, en su artificiosa obsequiosidad.

Vuelve, vuelve pronto, enciende de nuevo con tu amor la luz de mi esperanza, pon la claridad de tu cariño en las sombras tristísimas de mi mezquino vivir, porque sólo a tí espero, porque ya no cabe mi apasionada ternura en mi propio corazón y es en el tuyo donde quiero prender sus luminarias, que jamás se apagarán.

Pérdidas y hallazgos curiosos

En 1894, una señora perdió su anillo en las minas de Choppington, y tres años más tarde lo encontró una hija dentro de una patata preparada para la comida de la familia.

Una señora de Glosgow perdió su anillo de bodas en la isla de Arrán; doce meses después, en una subsiguiente visita al mismo lugar, una criada de la granja, que se hallaba aplastando patatas cocidas para los cerdos, encontró el anillo dentro de uno de los tubérculos.

Un hijo del jefe de las jaurías de la casa de Holderness perdió su reloj mientras se encontraba cazando en un sembrado de nabos; meses más tarde fué encontrado en el mismo terreno, que en el intervalo había sido arado, rastrillado y sembrado.

En un lago helado, donde se patinaba, en Huntingdon, se encontró un reloj de plata metido dentro de un trozo de hielo.

Una dama de Glasgow perdió un valioso diamante en una tienda; un par de meses más tarde se encontró el diamante embutido en el tacón de un zapato de la hermana de la señora, quien la había acompañado a la tienda. Durante ese espacio de tiempo, el zapato había conducido a su poseedora por toda clase de caminos, sin que la piedra sufriera el menor daño.

Mientras efectuaba un paseo en coche, un caballero de Clapham perdió un brillante valuado en sesenta y cinco libras esterlinas. Ocho semanas después, el cochero de un médico de la localidad lo encontró metido en un trozo de barro que había sido arrojado por el vehículo al rodar.

Una sortija que se le cayera a una señora mientras daba de comer a unos cisnes en un estanque, fué encontrada al cabo de siete años por un chico que trataba de averiguar con un bastón la profundidad del estanque, y que la recogió con el extremo del instrumento.

Una dama dejó caer un broche de brillantes, valuado en varios cientos de libras, desde la borda de un yate que se encontraba en la rada de Dover. Le fué devuelto algunos días después por un marinero que, pescando ostras, extrajo la joya.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 429, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . " 5.00	Semestre . . . " 6.00	Semestre . . . " 4.00
Año . . . " 9.00	Año . . . " 11.00	Año . . . " 8.00
N.º suelto . . . 25 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

«Llama interior», poesías de Félix B. Visillac.

Félix B. Visillac ha publicado otro tomo de versos. No nos ha sorprendido, porque ya lo habíamos leído en alguna parte. Sabíamos más: sabíamos que debía ser el mejor de sus libros. FRAY MOCHO, ha poco, destinó una página a las producciones del poeta mencionado. Una primicia, que estimulará a la lectura del libro.

Se trata de una obra de suave emoción, de pura belleza, hija de un alma límpida. Podríamos decir que es un libro "igual", donde todas las producciones están a la misma altura, donde el propósito ha sido trabajado con el mismo amor.

Vamos a penetrar, siquiera superficialmente, en el alma de esas producciones.

«Llama interior». El poeta suplica a la llama interior, que arde en él, que le abandone. El quisiera, como muchos, aislarse de la seducción de la Belleza; no codiciar las rosas del jardín; cerrar los ojos ante los ojos tiernos y negar sus oídos a la orquesta sutil de la Naturaleza — tan sutil que llega a los poetas solamente. — Pero no puede. La llama arde, los ojos seducen, la orquesta acaricia sus oídos. Queda así justificado que el poeta continúe laborando versos en este ambiente cartaginés.

Se lee luego «Soledad» y el lector, si tiene alma, si no carece de corazón, si posee el sentido de Belleza, exclamará — Estamos frente a un poeta, que nos descubre su alma serena como la de Tagore, y como la de éste, simple y alada. Y algo así nos dice nuestro poeta en su producción «La voz».

En «Mi existencia» el poeta piensa ya en el fin de su vida, pero sin pesar. Es una preocupación a flor de piel, no honda, torturante, como la sintieron otros poetas de ayer. Se nota que la curiosidad le impulsa al deseo de investigar, sin esfuerzo, si ese fin estará próximo o lejano. No se advierte inquietud.

«Lluvia». Dualismo descriptivo. «Lluvia» es la visión objetiva que se funde en la subjetiva. Es la armonía que se descubre entre lo que se ve y lo que se siente.

«Las colegialas». Producción que, por su sencillez y belleza, por la justeza de la expresión, nos recuerda a la obra de los poetas románticos de ayer, siendo muy original de Visillac.

«La estatua». Modelo de síntesis descriptiva. Acertado final, que hace «meditar» a la estatua junto a la arboleda. Producción análoga a ésta es la titulada «Los árboles».

«El leñador». En la última estrofa está vigorosamente expresado el pensamiento del autor.

En «Libro» hay una delicada evocación.

«Cántiga final» cierra el tomo. Ha condensado ahí su dolor en el desengaño que avanza.

Visillac es un poeta que perdurará. Cuando el tiempo destruya la obra extravagante, de los que escriben libros sin ser poetas, brillarán intensamente los espíritus de Fernández Moreno, Bufano, Freire, Visillac, Abella Caprile y pocos más. Quedará también, la obra de algunos complicados: Montagne, Blomberg, Rega Molina, — para no citar más que aquellos que ya se hallan en los umbrales del triunfo definitivo.

La mujer más casta no repudia-

PAPEL Y TINTA

rá el libro de Visillac. No hay nada, en él, que pueda emponzoñar las almas vírgenes. Es un libro hecho para el hogar.

Los señores que formarán el jurado para la distribución de los premios municipales, ¿sabrán penetrar el alma de «Llama interior?»

El año pasado hubo un poeta para juzgar a los poetas. En cambio, para juzgar las obras en prosa, se designaron comerciantes, espíritus burdos, politiqueros más o menos trapisondistas. No leyeron ni los libros de autores destacados y de haberlos leído... habría sido lo mismo. ¡Premio a la mejor recomendación!

esencia y todo su realce, debe cuidarse de no abandonar sus características, pues lo mismo que de lo sublime a lo ridículo no hay nada más que un paso, de los cuentos mundanos a los meramente pueriles, la distancia se torna peligrosamente cercana. Dificultad casi insalvable que el escritor Carlos Alberto Silva ha sabido sortear hábilmente con un dominio pleno de sus condiciones, y que, resultaría quizá, su calidad más remarcable, si otras no menos dignas de mención no disputaran al mismo tiempo su elogio.

En efecto: los cuentos de M. Silva se leen con deleite, sin tropie-

que ha dado nuestra literatura en los últimos tiempos.

Por otra parte, no es éste un género que se halle al alcance de la mayor parte de los escritores, pues como ya hemos dicho, el autor necesita, amén de las cualidades antes mencionadas, un estado espiritual propicio.

Las situaciones de los cuentos de este libro, son entretenidas, llenas de intención, y algunas de colorido, y nos produce una impresión parecida a la provocada — aparte de la diferencia de ambiente — por algunos cuentos del literato español José Francés.

«Mi cenicero», es una obra actual escrita con elegancia y corrección, y donde sus situaciones, gracias a un hábil manejo del léxico, adquieren todo el relieve y propiedad necesarias.

R. de Castro Esteves.

«De mi fe y de mi soledad».

De Paysandú nos llega este libro, donde el autor, en una buena prosa, encierra conceptos filosóficos.

Son trazos de observación, giros de vida, que muestran un anatema o reflejan estados de alma.

La parte titulada «Emociones» es donde se caracteriza en una forma concisa la instintiva del espíritu del autor que, ante el libro de la vida, gusta penetrar, para comprenderse y exponer sus observaciones.

«De mi fe y de mi soledad» es una obra instructiva que merece ser tomada en consideración por aquellos que gustan internarse en los problemas del alma.

Noticias literarias

La profesora señorita Angela Ana Abásolo Suárez, distinguida educacionista de larga actuación en nuestros centros docentes e hija del señor Enrique P. Abásolo, meritorio ciudadano que también dedicó su vida a la enseñanza, está preparando un interesante volumen con la recopilación de diversas crónicas y discursos, algunos estudios sobre organización escolar y varios trabajos relacionados con la docencia.

Como la labor literaria que la señorita Abásolo Suárez diere a conocer en varias publicaciones de la capital, ha revelado las sobresalientes aptitudes intelectuales que posee la autora, no es aventurado predecir que el libro que prepara en estos momentos alcanzará un franco éxito en nuestras esferas culturales.

Julio Fingerist.—

Publicará en la colección de «Exposición y Crítica», que de día en día se va acreditando más, un interesante tomo titulado: «Crítica sobre el problema clerical en México», que aclarará muchas cuestiones que el cable complica.

María Alicia Domínguez.—

«Idolos de bronce» se titula una hermosa colección de cuentos que esta distinguida poetisa, sobre el éxito de su último libro de versos titulado «Crepúsculos de Oro», lanzará a la venta por intermedio de la Editorial Tor.

Ricardo Chaminand.—

Tiene en prensa un nuevo tomo de poesías que titula «Patria», que aparecerá a fines del corriente mes. Será un tomo nitidamente impreso, con el buen gusto que caracteriza a la Editorial Tor.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

Así se estimula la literatura bonaerense, en este país de mentidos editores.

Leonardo A. Bazzano.

«Mi cenicero», por Carlos Alberto Silva.

El autor de «Pasamanería», obra favorablemente acogida por la crítica, acaba de publicar «Mi cenicero», libro de cuentos, en el cual, realza, aún más si cabe, las cualidades que se le reconocieran anteriormente.

Los cuentos que constituyen esta obra, de índole mundana, que merecen generalmente el título de fáciles, son, sin embargo, de difícil realización, si no se poseen dotes nada vulgares para su cultivo. Para que el susodicho género posea ese «sprit» peculiar que es toda su

zos, como se dice vulgarmente: «de un tirón», con lo cual realiza una obra útil y agradable, pues los actuales tiempos exigen ese género, a la mayor parte de las personas, cuyas ocupaciones no les permiten enfrascarse en largas tiradas, un tanto aburridas y en las cuales no encuentren el solaz y el ingenio que «Mi cenicero» les ofrece.

La aparente superficialidad que ostentan, en general, los cuentos mundanos de todos los autores, no es sin embargo una realidad, en cuanto a su realización, pues para que ésta no presente fallas se requiere un espíritu avezado, culto, ingenioso, con un don de oportunidad y buen gusto que no se halla a menudo. Estas cualidades las encontramos en «Mi cenicero» y ésta es la razón de que el señor Silva haya triunfado con su obra, que es una de las mejores de esta índole

EL VOLTAJE DE PLACA

Hay varios métodos para que los aficionados puedan obtener el voltaje necesario para la alimentación de las placas de las lámparas. Por cierto que cada uno de ellos tiene sus ventajas e inconvenientes, según sea la locación y las comodidades que cada uno pueda disponer en su instalación de radio.

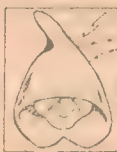
El método más conocido y más cómodo, aunque no el más económico, es el uso de las pilas secas de radio. Estas tienen varias ventajas; primero, vienen listas para usarse, luego su cómodo manejo y transporte, pero si no se tiene mucho cuidado se corre el riesgo de que se gasten rápidamente, resultando así un método un tanto oneroso. Por otra parte, el tiempo ejerce su acción sobre ellas y haya o no consumo al cabo de un cierto tiempo ellas se desgastan solas, por lo cual cuando un receptor se deja mucho tiempo sin funcionar, no es extraño que haya que hacer un gasto extra en la compra de nuevas baterías.

La utilización de las baterías de placa constituidas por pequeños acumuladores es muy recomendable cuando se disponen las instalaciones para cargarlas de cuando en cuando; esta clase de baterías presenta la ventaja de no hacer mayores gastos una vez adquirida la batería, y la pureza que dan al sonido, pues nunca, aun cuando se hallen descargadas, producen esos ruidos característicos de los elementos descargados. Pero en cambio su costo inicial es bastante grande y hay que tener cuidado al adquirirlas, pues hay muchas de calidad inferior que al cabo de cierto tiempo se desgastan y no sirven luego para nada. El gasto de carga de estas baterías es insignificante, pero es necesario disponer de corriente eléctrica de corriente continua, pues de otra manera se hace necesaria la rectificación de la misma, pues cuando se trata de corriente alternada, no es posible cargar las baterías con ella, en la misma forma que se procede cuando se trata de corriente continua.

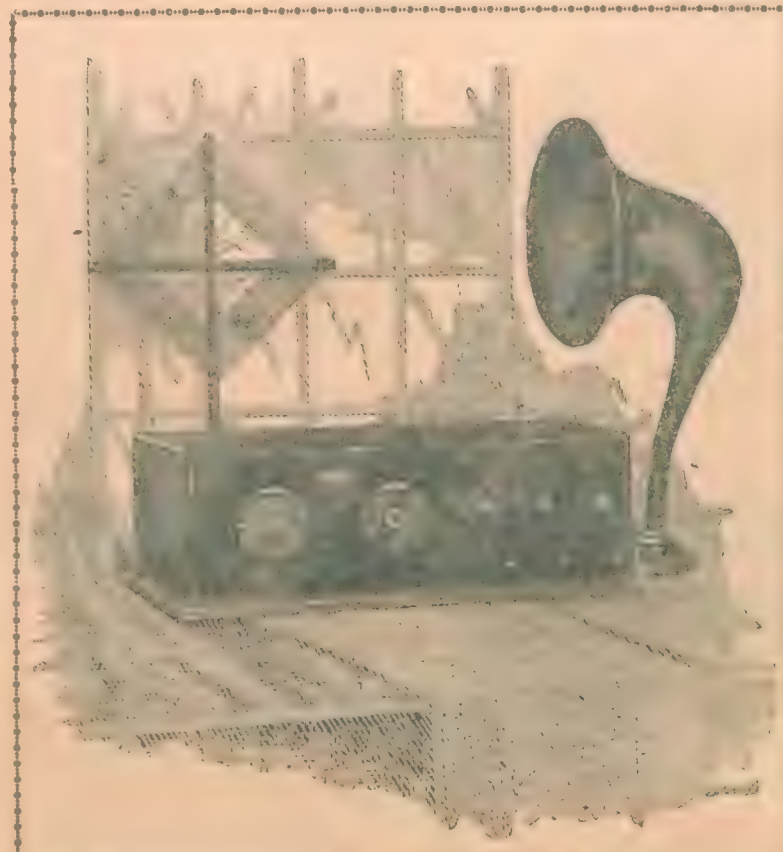
Por otra parte, su traslado, dado el excesivo peso y delicadeza de las mismas, se hace dificultoso. Pero en caso de instalaciones fijas que funcionen continuamente, como altoparlantes de clubs, casas de comercio, estaciones comerciales, la utilización de una batería de esta clase es recomendable por muchos sentidos.

El tercer método que analizaremos en otra oportunidad con mayores detalles, es el que trata de la utilización de la corriente alternada de alumbrado, en una forma realmente eficaz, pues los distintos aparatos que se venden en el mercado para tal objeto están realmente bien contruidos y rinden un servicio equivalente. Su gasto de mantenimiento es mínimo, siempre que sean de buena marca, pues hay algunas que poseen lámparas rectificadoras de poca duración, las cuales hay que cambiar de tiempo en tiempo, sumándose por consecuencia a los gastos de mantenimiento.

El precio de compra, por otra parte, no es muy elevado en la mayoría de los casos, sobre todo tratándose de elementos que no necesitan repuestos y que una vez colocados tienen poca facilidad para descomponerse. En esta forma es fácil ahorrarse al fin del año el precio del aparato en el precio de



RADIOTELEFONÍA



Es fácil, cómodo y agradable gozar de la radio con un **RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO**

Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador

Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ m/n. **220.-**

Pida detalles o una demostración sin compromiso a

MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181 - Buenos Aires

La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

las pilas secas que no se han adquirido.

Para el caso de altoparlantes de gran potencia, se sabe emplear a veces la corriente continua de alumbrado, tal como sale de las líneas o bien haciéndola pasar por un filtro, para eliminar toda posibilidad de ruidos extras; para este caso se hace necesario el uso de los receptores de tubos de poder, es decir, de tubos de transmisión, los

emplea estos voltajes de la conexión de tierra del receptor, pues en otra forma es fácil hacer un corto circuito con la línea, el cual sería de muy funestos resultados para el propietario del receptor. Los transformadores, por otra parte, deberán de ser de clase especial, pues hay mucho en que la aislación es un poco deficiente y se quemarían con facilidad.

El altoparlante también tendrá

sin embargo, la mayoría de los poseedores de aparatos le prestan muy poca atención; es claro, que tratándose de receptores que deben trabajar en la ciudad, la cosa no ofrece mayores inconvenientes, pero cuando la recepción debe hacerse a considerable distancia de las estaciones emisoras, ya el asunto cambia de especie, pues para obtener buenos resultados deberán cuidarse los más mínimos detalles.

Por ello, al colocar un receptor deberá cuidarse que éste quede lo más cerca posible de la bajada de antena, si es posible inmediatamente debajo de la entrada de antena y en forma que los hilos de la corriente eléctrica de alumbrado o fuerza motriz no pasen en las cercanías de ella, si se desean evitar ruidos molestos, especialmente cuando se trata de corriente alterada, la cual produce un zumbido muy molesto.

El sitio del receptor debe ser fácilmente accesible y en forma que no obstruya el paso de las personas, pues de otra manera, es fácil que los distintos movimientos que se hacen con él, muevan las conexiones que están detrás del panel y se puedan producir perjuicios, tales como la inutilización de la batería de placa o la quemazón de lámparas, ambos resultados bastante malos para el propietario de la estación.

La colocación del altoparlante es un punto que debe cuidarse, pues resulta que la mayoría de las veces, ya sea por comodidad, o por estética, se coloca éste encima del receptor, sin darse cuenta que las lámparas de filamento de poco consumo son sumamente microfónicas, es decir que se producen ruidos con los menores movimientos; luego, si se coloca el altoparlante encima del receptor, las vibraciones de éste, se transmiten a las lámparas, produciéndose así una serie de ruidos molestos que perturban en gran parte la calidad de la audición. El altoparlante, sobre todo cuando se trata de aparatos de gran sonoridad, debe ir colocado en una mesa aparte y cuando ello no fuera posible, deberá colocarse en la base del mismo un pedazo de fieltro u otro material, que amortigüe las vibraciones de manera que éstas no se transmitan al receptor, evitándose así el efecto antes mencionado.

LA POLARIDAD DEL FILAMENTO

Es muy común el ver en la mayoría de los circuitos las conexiones de filamento equivocadas, lo cual tiene una importancia que la mayoría de los que no están muy versados en radio desconocen. Hay muchos tipos de lámparas en las cuales no tiene importancia el cambio de las conexiones de la polaridad en los filamentos, es decir, colocar el polo positivo en lugar del negativo y viceversa. Sin embargo, existen diversos tipos de audiones, los cuales no permiten la más mínima variación, como el UX-201-A y otros; por ello deberá consultarse bien el prospecto antes de colocar los filamentos.

SOBRE AMPLIFICACION

El problema de amplificación, consiste no sólo en la obtención del volumen, sino también en evitar la distorsión de las señales, es decir, en evitar que las señales (música, palabra, etc.), salgan deformadas.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de **FRAY MOCHO**

Bolívar, 879

Buenos Aires

cuales son los capacitados para resistir el alto voltaje de 220 volts que es el que trae la línea; para la lámpara detectora, se puede emplear ya sean pilas secas, pues esa lámpara gasta poco, o bien el mismo voltaje de la línea, rebajado por medio de resistencias hasta que tenga el valor apropiado, para la lámpara que se utilice.

Hay que tener cuidado cuando se

que ser objeto de cuidado al compararlo, pues si es de mala calidad se quemarán con rapidez los bobinados del mismo, con lo cual la economía de las pilas habría sido casi nula.

LA COLOCACIÓN DEL RECEPTOR.

La colocación del receptor es asunto de la mayor importancia;





TEATROS

"Mujeres, Flores y Alegría", de Botta y Oriac, en el Maipo. — "Francisquita, la Maleva", de Ivo Pelay, en el Nuevo. — "Mi mujer es fotogénica", de Achaume y Armory, en versión castellana, en el San Martín. — "Una hora de alegría", de Acevedo, Rial y Devalque, en el Sarmiento. — "El actor", de Sacha Guitry, traducción de Pedro Giane-lli, en el Ateneo. — "La Yuyera", de J. M. Vázquez, en el Nacional. — "¿Quién paga el departamento?", de Miguel H. Escuder, en el Apolo. — "Canción de amor", de Armando Moock, en el Buenos Aires.

EL ENCANTO DE SER CRONISTA

Una circunstancia fortuita obliga esta semana al cronista, a afrontar por sí solo el movimiento teatral. El cronista es hombre de suerte y otra circunstancia, también fortuita, hace que en una sola noche se estrenen ocho piezas. Como aún no está resuelto por completo el problema de la ubicuidad, y los estrenos no pueden aplazarse hasta hallar la solución, el cronista se ve obligado a realizar una prueba deportiva para ir acudiendo sucesivamente a todos los espectáculos del día.

Afortunadamente, hay estrenos en vermouth, en primera, en segunda y en tercera. No está todo perdido.

Primero, al Maipo. Una revista. El cronista sabe lo que es una revista y el público también. Una revista no es como un tablero de ajedrez, en el que sea necesario dominar de un golpe de vista general la situación de las piezas. Más bien, es como un almanaque de pared al que hay que irle arrancando las hojas una a una. Se estrena "Mujeres, flores y alegría", un título como tantos otros, que por no decir nada dice todo lo que hay que decir de una revista. En ésta, hacen su presentación Quintanilla, Dorante y Casaravilla. La sala está llena. Se inicia la revista con un cuadro titulado "Fantasía telefónica", bonito juego de luces, colores, mujeres, vestidos y decorados, todo en esa simpática confusión que sólo se tolera en las piezas de ese género. Bien. Ya está visto. Un nuevo éxito de los que sabe preparar el Maipo. No hace falta ver nada más y el cronista sale mientras el público aplaude con entusiasmo el primer cuadro de la revista.

Al Nuevo. — La titulada parodia de "Doña Francisquita", no lo es en realidad; se trata más bien de una adaptación al ambiente arrabalero, cambiando los versos del libreto español por expresiones típicas en el lenguaje lunfardo. La música ha sido conservada a ratos y mezclada otras veces con trozos de diversas partituras de ópera y zarzuela, cuando no trocado el ritmo original por un tiempo de tango, logrado todo con bastante fortuna. Parece una "Doña Francisquita" soñada por un artista popular. Viene a ser como el "Fausto" de Estanislao del Campo, con relación al del eximio Wolfango teutón. Ada Cornaro, Carmen Fernández, Lea Conti, Calcaño y Gómez Bao, lucieron excelentes cualidades sacando mucho partido de sus respectivos y difíciles papeles. También un gran éxito, que ha de perdurar largamente.

El cronista tiene tiempo para reposarse un poco, cena y ante la ta-

cita de café proyectar su campaña nocturna. Quedan seis estrenos. Seis terroncitos de azúcar distribuidos como dados, van indicando sobre la mesa el orden en que deben ser vistas las obras. El cronista se acuerda de los médicos que forman su itinerario de visitas y de los carteros que acomodan la correspondencia.

La jornada nocturna comienza por el Sarmiento. Otra revista. Mucha gente también en la platea y en los palcos. Se levanta el telón y aparece el primer cuadro titulado "No todos duermen de noche". Por experiencia lo sabíamos y sobre todo, en noches como la de hoy. Se nos presenta en este primer número un pout-pourri de escenas y tipos populares, que dan lugar a que se luzcan muchos de los elementos con que cuenta este elenco. Soledad León, Juana y Abelardo Farías, Ruggero y Giacobino, entretienen al público, quien les tributa abundantes aplausos. La cosa marcha. Como todo va bien, no es necesario ver más. Donde el público aplaude, el cronista está de más. Su juicio puede ser interesante para rehabilitar una pieza injustamente rechazada, pero cuando el auditorio ríe y se divierte, no hay derecho a opinar. "Una hora de alegría" responde bien a su título y entonces, el cronista no tiene nada más que hacer.

En el Ateneo, José Gómez encarna el papel de protagonista en "El actor". Lo encontramos en una escena interesante, que ya conocíamos en su texto original. Gómez está bien. Demuestra que es un actor estudioso y concienzudo. Lamentamos no poder seguirle a través de toda la obra, pero el cronista tiene que continuar su vía crucis por los demás teatros. Ya está visto que Gómez saldrá bien parado y que el público, bastante numeroso para esta época del año y para una obra bella y seria, seguramente premiará al final su labor, por ser de justicia.

Del Ateneo pasamos al Buenos Aires, con la intención de dedicar a Armando Moock un rato largo, porque suponemos que su obra será la mejor de la noche. Nos encontramos ante un viejo conflicto teatral. El marido maduro que está a punto de ser engañado por su mujer, demasiado joven. Un diálogo entre los dos amantes, nos resulta tan trivial que no parece de Moock. Para seducir con esas tonterías a una mujer, tiene que ser ella muy necia. Faltan conceptos y belleza literaria. El programa atribuye la obra a Moock. ¿Dónde estamos? y, sin embargo, esto es "Canción de amor". Decididamente o Moock no es hoy Moock, o nosotros no somos nosotros. Huyamos, pues.

Las calles están llenas de gente. Cometemos la torpeza de tomar por Carlos Pellegrini, previa reposición de esa nafta negra que toma todo cronista para poder caminar de noche. Café, que dicen los ingenios. A empujones y codazos, nos abrimos camino por Corrientes. Entramos al Apolo. Bastante público. Pero, ¿de dónde sale tanta gente? Una pochade de Escuder. Un departamento que está por cambiar de dueños, personajes que entran y salen, tipos cómicos que dicen cosas incomprensibles, encuentros in-

esperados, preguntas que nadie sabe contestar. Bueno, aquí se va a armar un lío espantoso. Cuando entra una suegra iracunda, nos levantamos. Tenemos de las suegras una idea supersticiosa. La gente se ríe y da muestras de interesarse en el enredo. Seguramente no será para más la cosa y como sabemos que al final quedará todo arreglado, a pesar de la presencia de esa suegra truculenta, nos retiramos discretamente mientras Arata, dueño de la escena, hace desternillarse de risa al público con una ocurrencia feliz.

Con los botines pisoteados, el sombrero requintado, unas palabras groseras sumándonos aún en los oídos y salvados milagrosamente de un auto que quería probar nuestra destreza acrobática, le arrebatamos a Pepe Carca nuestra boleta y penetramos en la sala. Un lleno absoluto, anonadante. La linda orquesta ejecuta un tango de moda. Va a comenzar el último cuadro de "La Yuyera". Es tardísimo, pero por suerte esta noche anda todo retrasado. Al levantarse el telón nos encontramos con unos cuantos tipos del arrabal, antiguos amigos del cronista y del público. El ladrón arrepentido, la chica que dió aquel mal paso, la vieja remendona de virtudes, el compadrito farfánton, la gente del pueblo que también tiene su corazoncito y todos esos otros tipos de relleno que aparecen en los sainetes de ambiente arrabalero. Alcanzamos a escuchar un bonito tango, cantando con esa gracia suave y esa voz dulce y confidencial de Libertad Lamarque. El cronista contribuye eficazmente a que la simpática Libertad bise el número. Nos convence, más todavía que la primera vez. Después, el balazo de práctica, la dispersión de los asistentes a la fiesta y las palabritas sentimentales con que se epiloga todo sainete, para dejar una pequeña emoción en el público sensible. Confesamos que sin el tango de la piba Lamarque, este último cuadro no nos hubiera sostenido hasta el final. Contribuyó al éxito y a nuestra permanencia, la labor acertada de Otal, que reaparecía en esta obra después de larga ausencia por razones de salud.

Y henos ya en la última etapa de nuestro record. Estamos en el San Martín. Género picaresco, cuya elasticidad se presta a todas las suspicacias. El malicioso, puede ver gracia intencionada en cualquier frase: el inocente, pasa por alto los más expresivos juegos de palabras. "Mi mujer es fotogénica", tiene esa picardía ágil y traviesa de los "vo-devil" franceses. La vasta platea está casi repleta de un público que ríe de buena voluntad. La Mancini y Consuelo Velázquez son las heroínas de la pieza, poniendo en sus escenas sal y pimienta. El cronista apenas se da cuenta de la situación, porque el cansancio y el aburrimiento le tienen anodado. No se deja contaminar por la alegría de los espectadores y cuando cae el telón la gente lo arrastra como un cuerpo inerte, lo echa a la calle y haciendo un supremo esfuerzo económico toma un auto y aprovecha sus últimas energías para darle la dirección.

El cronista ha cumplido su deber resignadamente.

COMIQUERIAS

Se dice...

— ¡Qué espantosa temporada!
— Nadie ha podido hacer nada.
— Yo no he visto año más malo.
(Cairo oye, no dice nada y sonríe a Carcavallo).

AVISO

"Sin pretensiones, lecciones a señoras y varones por una actriz de valer..."
(¿Actriz y sin pretensiones? ¡Caramba, no puede ser!).

OJEANDO LAS CARTELERAS

— Sensacional. — Extraordinario. — Colosal. — Despampanante. — Todo esto se refiere al próximo debut en el Avenida, de la compañía española de zarzuela de Manolo Fernández.

— En el Buenos Aires, estreno de "Pontevedra", de Octavio P. Sargentí.

— Debió estrenarse en el Apolo una pieza de Julio D. Rodríguez, titulada "Knock-out sentimental". Nos ocuparemos próximamente.

— Para debut de León Zárate, en el San Martín, se anunciaba un arreglo de una pieza francesa con el título de "El sátiro de Vicente López".

— "Mefistófeles", "Bohemia" y "Rigoletto", cantadas en el Marconi, resultaron tres éxitos. Temporada brillante y ruidosa.

— La conocida tiple Steffi Csillag ha debido debutar en el Politeama con "Scugnizza", opereta de Lombardo. Nos ocuparemos.

— Se preparaba el estreno de "Viejo Lindo", pieza de Alejandro Berruti, en la sala de los Ratti.

— En el Mayo, siguen las represas de las viejas zarzuelas españolas de más éxito, mucho público y muchos aplausos.

— Para desternillarse de risa, no hay como Parra en "El rey de los calaveras"; sitio del hecho, el Argentino.

GRAND SPLENDID

Con todo éxito prosigue el curso de tangos, que tanto interés ha despertado en el público. La orquesta de Osvaldo Fresedo, está demostrando méritos extraordinarios. Esto y los programas del Gran Splendid justifican la gran concurrencia de todas las noches.

CAPITOL

Como siempre, esta hermosa sala ofrece las películas más interesantes del film universal. Las novedades más notables son exhibidas allí como primicias. El cine Capitol goza siempre del favor de un público distinguido.

CINE PARC

La popular sala de Palermo, continúa siendo el punto obligado de reunión para las familias del barrio que gustan del film. Para esta semana se ha preparado un interesantísimo programa, del que forman parte estrenos sensacionales de las más reputadas marcas de todo el mundo.

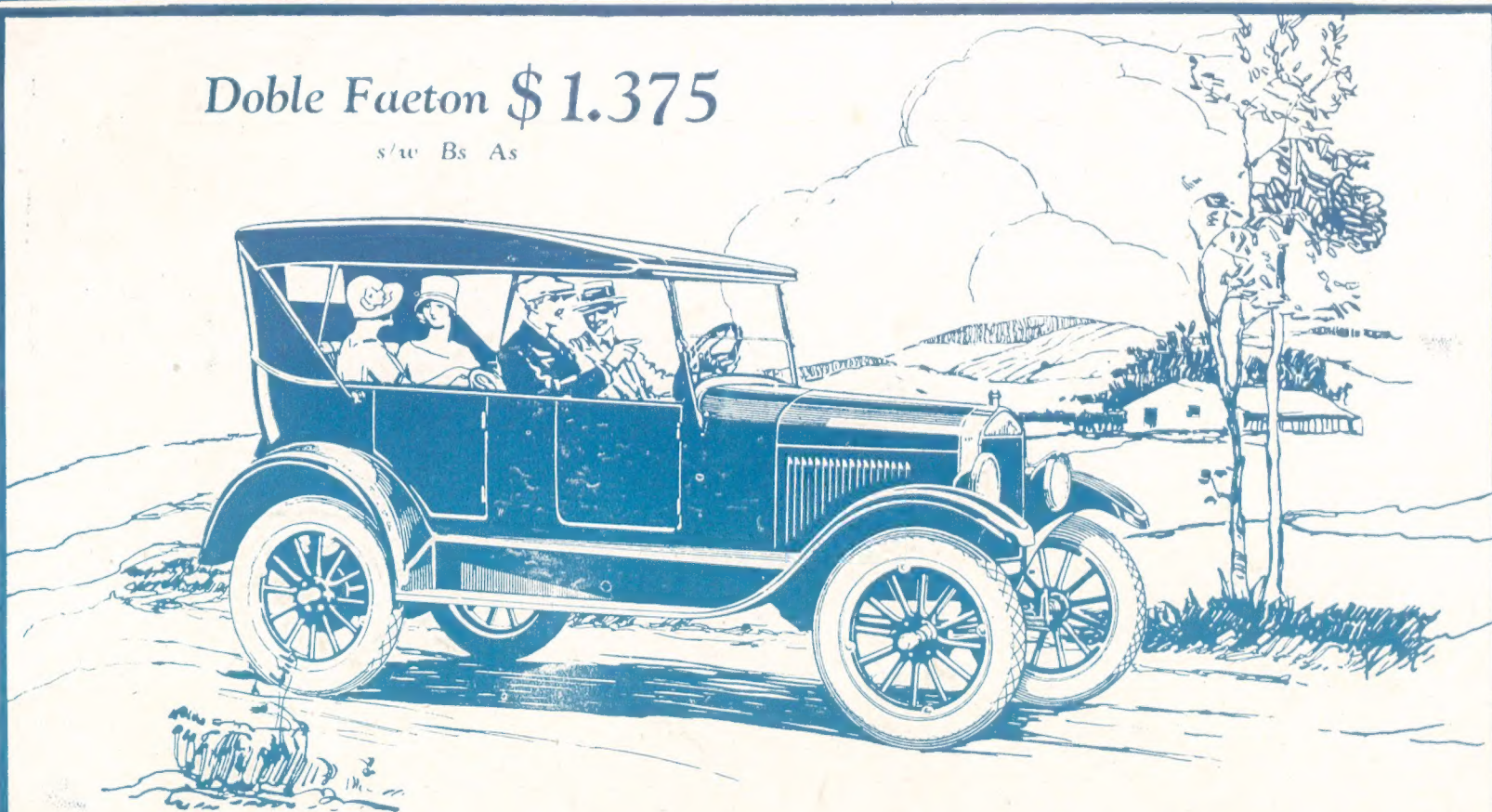
Últimas creaciones de la moda femenina



TRAJES PARA LA TARDE Y LA NOCHE.—1. Modelo Chantal.—Traje para la tarde, confeccionado en crespón Georgette arena, bordado con perlas oro y un papagayo bordado en tono amapola. Simula el cierre una tira de crespón Georgette. — 2. Modelo Itéb. — Traje para la tarde, de crespón de China marina, con bordado de seda azul de rey y hebilla de plata por delante. — 3. Trajecito muy sencillo de crespón de China, trabajado con calados y realzado de crespón Georgette rosa, con cordoncillo de seda del mismo tono.

Doble Faeton \$ 1.375

s/w Bs As



La Calidad es Independiente del Precio

AUN cuando el Ford fuera el más caro de los coches de bajo precio, muchísimas personas lo comprarían lo mismo, porque saben que su bondad no radica precisamente en lo barato de su precio, sino en la alta calidad de sus materiales y en la probada excelencia de su motor.

Un producto malo seguirá siendo malo aún cuando se venda muy barato, y no es lógico pensar que se hayan conseguido vender 14.000.000 de autos Ford en todo el mundo si no fueran realmente coches de calidad.

Su precio tan bajo se explica por los métodos exclusivos Ford de fabricación en serie y en gran escala y porque la gigantesca industria Ford abarca y controla desde las fuentes abastecedoras de materias primas hasta la venta directa del producto terminado. Con razón se ha dicho: "Si otro fabricante pretendiera hacer un Ford, empleando la misma excelente calidad de materiales Ford, tendría que venderlo a un precio doble para salvar sus gastos".

Por eso, los que compran un Ford, adquieren un coche de mejor calidad a precio menor del que tendrían que pagar por muchos otros coches que se venden a precios más elevados.

Ford

AUTOS — CAMIONES — TRACTORES